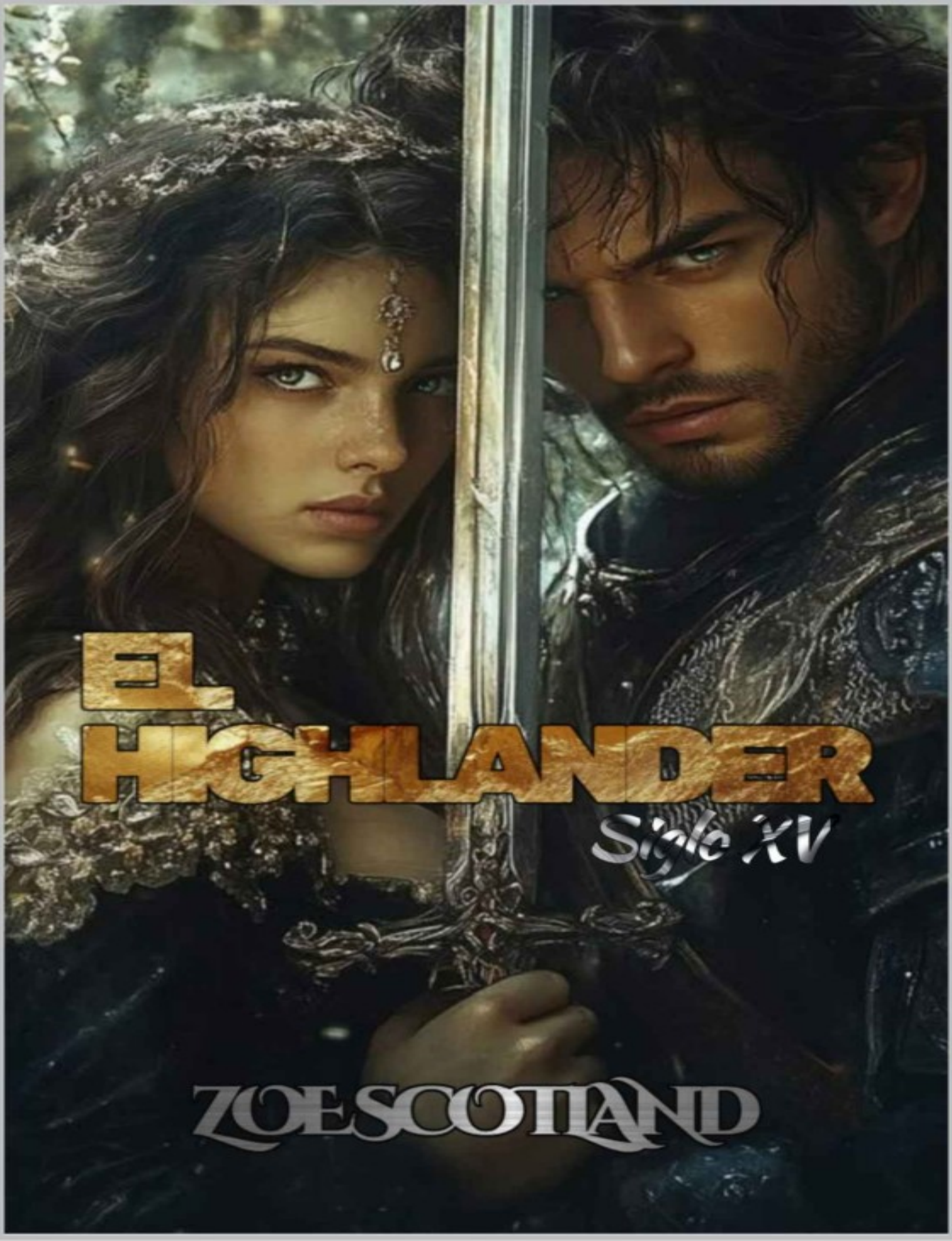

EL
HIGHLANDER
Siglo XV
ZOE SCOTLAND

Copyright © octubre 2025 Zoe Scotland

All rights reserved

The characters and events portrayed in this book are fictitious. Any similarity to real persons, living or dead, is coincidental and not intended by the author.

No part of this book may be reproduced, or stored in a retrieval system, or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise, without express written permission of the publisher.

ISBN-13: 9781234567890
ISBN-10: 1477123456

Cover design by: Art Painter
Library of Congress Control Number: 2018675309
Printed in the United States of America

# Contents

Copyright
EL HIGHLANDER
PRÓLOGO
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
FIN

**Título:** *El Highlander siglo XV*
**Autora:** Zoe Scotland
**Fecha de publicación:** Octubre 2025
© 2025 Zoe Scotland. Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros, sin el permiso previo por escrito de la autora.

# EL HIGHLANDER

*Siglo XV*

*Zoe Scotland*

# PRÓLOGO

## Ailis

—Hermana, continúa por favor, ¿qué pasó? —preguntó Finlay con los ojos muy abiertos, curioso y apretando la manta contra su pecho.

—Shhh… ten paciencia, pequeño —dije, tomando su mano—. Te contaré toda la historia, y debes escuchar hasta el final, ni se te ocurra dormirte, eh. No quiero que olvides nada.

Me acomodé al lado de mi hermano y mientras le acariciaba el cabello con una mano con la otra empecé a retorcer una esquina de la manta debido a lo que sentía al pronunciar mis palabras.

—Hace muchos años, antes de que yo naciera, los McKinnon atacaron nuestro castillo. No vinieron con palabras de buena fe a convencernos de nada que no quisiéramos hacer, solo nos invadieron con fuego y acero. Quemaron las puertas, derribaron los muros… y muchos hombres de nuestro clan murieron defendiendo lo que era suyo. Protegiendo a mujeres y niños.

—¿Murieron todos? —preguntó Finlay, con los ojos muy abiertos.

—No todos —respondí suavemente—, pero muchos sí. Y los que sobrevivieron nunca olvidaron el miedo y la rabia que sintieron aquella noche. Las antorchas iluminaban el cielo como demonios bailando, y el humo se enredaba en los árboles y en las nubes. Los gritos de nuestros antepasados se enlazaban con el rugido del fuego. Los que intentaron proteger el castillo fueron derribados uno a uno, y gran parte de nuestro hogar quedó hecho cenizas.

—¿Y las mujeres, hermana? ¿Y los niños? —dijo, temblando un poco.

—Escucha, Finlay —lo interrumpí suavemente, apretando su mano—. No quiero que tengas miedo de la historia, sino que recuerdes que nuestro clan siempre se levantó. Cada nombre, cada gesto de coraje vive en nuestra sangre, y por eso debes aprender a ser fuerte. Y sí, a mujeres también mataron esas bestias, incluso a niñas violaron sin un mínimo de decencia. Nunca olvides lo que hicieron los McKinnon. Nunca dejes que se borre de tu memoria. Que esta historia te enseñe a cuidar a los tuyos, a proteger lo que amas, y a no permitir que la injusticia quede impune.

—¿Tú crees que siempre lo recordaré? —susurró él.

—Te lo prometo —dije, abrazándolo—. Yo me encargaré de que no lo olvides. Ahora duerme, Finlay.

Salí de la alcoba de mi hermano con el candil en mi mano, y esa rabia que apretaba mi pecho como una piedra que empujaba desde la garganta. Los pasillos del castillo olían a leña quemándose y a brea, a la vida que sobrevivía entre el presente y nuestro pasado.

Mis pasos eran cortos y silenciosos, no quería que nadie me oyese; pero a cada paso mi pecho latía más alto, como si quisiera arrancarse de cuajo.

La noche me envolvía y yo me permití volver a ver la escena que no viví, pero que mi cabeza y mi boca repiten como si fuera suya por todas esas veces que la he escuchado de la boca de mi padre.

*Veo las antorchas cortar el cielo —esas lenguas hambrientas— y oigo la madera ceder, crujir como huesos débiles. Veo al laird de aquel tiempo —mi sangre, mi nombre— clavando la mirada en la puerta mientras todo se desploma alrededor. Veo a los nuestros caer y a los desconocidos abrir ventanas con miradas cargadas de odio.*

Siento primero un calor que no es del fuego; es rabia. Me dibujo en la piel el mapa de las afueras del castillo de esa noche: cada casa que ardió, cada escudo pisoteado, cada estandarte que cayó. Mi mano se cierra en torno al pomo de la puerta de mi alcoba. No quiero hablar con nadie. No quiero explicaciones tratando se ocultar los verdaderos motivos. Quiero un nombre al que colgarle la culpa y que arda con justicia. Pero mi padre, el *laird*, fue claro cuando me dijo: «No podemos vivir en el pasado, Ailis», mientras barría sobre el fuego de los rescoldos. «El rencor nos encadena. Construimos sobre lo que quedó, no sobre lo que ardió. Ese es el camino».

Su argumento era razonable para hombres que piensan en granjas y en plantar cereales para dar de comer a su familia, en canteras y acuerdos con la vecindad. Pero a mí la razón no me llenaba el pecho de motivos; no me devolvía nombres ni siquiera eran bálsamo para mis heridas. ¿Cómo podía decirme que olvidara? ¿Cómo preferir vivir en un lugar donde algunos de los huesos de los tuyos siguen sin sepultura porque otros lo desearon así? Su calma me dolía lo mismo que aquella batalla perdida.

Empujé la puerta de mi alcoba con más fuerza de la prudente. La madera chirrió —un gemido de cansancio a la vez salió de mi boca— y la estancia me recibió con la misma penumbra de siempre.

Me dejé caer sobre el borde del lecho y apoyé la cara en las manos, notando las uñas clavarse hasta que la piel ardió. Respiré hondo y el aire me faltó, como si cada inhalación trajera consigo el humo del pasado.

Cerré los ojos y dejé que las imágenes vinieran, una detrás de otra, como si cada una quisiera morderme los ojos. Sí, había llegado a poder imaginar aquella batalla como si hubiese formado parte de ella de tantas veces que la había escuchado.

«Cobarde», dije en voz baja. Fue un susurro hacia las sábanas. «Cobarde», repetí, y la palabra rebotó en las paredes de piedra de mi alcoba.

Me levanté de un salto y empecé a andar. La habitación era pequeña, pero hice el recorrido con furia de un extremo a otro como si aquella distancia pudiera bastar para calmar la tempestad que sentía en mi interior.

Miré mi reflejo en la pequeña ventana: mi cara estaba pálida, y los ojos demasiado despiertos. Mis dedos temblaban cuando me acerqué al cofre y saqué la daga que mi madre me dejó como regalo antes de morir. No la había tocado desde su funeral; hasta entonces aquello había sido un recuerdo sin más, nunca antes la había visto como un arma. Ahora la tenía entre las manos y el frío del acero fue como la promesa de algo cortante, inevitable. La sostuve por la empuñadura, la lengua de metal brillaba con el reflejo de la vela.

«¿Qué esperas, padre?», hablé al silencio. «¿Que vivamos tan sumidos en la prudencia que el nombre de los nuestros se borre de nuestra memoria? ¿Crees que la paz se compra con silencio? ¿Crees que con resignación alzaremos a los que cayeron?»

Mi voz era dura y a la vez medio rota; un hilo de llanto quería asomarse pero lo tapé con rabia.

Me apoyé en la ventana y miré afuera. La noche ofrecía su tapiz más conocido y, a lo lejos, una figura parecía moverse con la seguridad de quien no teme. Parecía llevar un tartán recogido en la cadera, el andar ancho de los que conocen el peso del acero, un *highlander*. Por un segundo mi corazón cesó: la figura tenía ese perfil que tantas veces había nombrado con furia. El de un McKinnon.

El aire me faltó. No fue una metáfora. Sentí el pecho comprimirse como si alguien me apretara con manos frías y fuertes la garganta. Quise vomitar la rabia, lanzar la daga por la ventana,

abalanzarme y gritar su nombre hasta que el pueblo entero supiera que en nuestro interior la memoria seguía viva, y que nunca íbamos a olvidar. Pero me quedé muda, la daga tembló un instante en mi mano, y después la solté.

«Miserables», salió de mis labios sin pensar. No era un insulto dirigido a alguien, sino a todos ellos. Me acerqué a la ventana de nuevo; lo observé con la precisión de quien busca una señal. ¿Era un jefe de clan? ¿Un guerrero sin más? ¿Era, Alastor el hijo del *laird*?

Caminé hasta la chimenea y apoyé la frente en la piedra. Sentí la aspereza, la frescura a la vez; hablé al vacío pero con rabia a mi padre: «Te equivocas, viejo. No entiendes que olvidar es someterse. No entiendes que el olvido es como darle al enemigo una segunda vida».

Golpeé la piedra con la palma de mi mano una vez, con fuerza. No para romperla, sino para demostrarme a mí misma que yo también podía causar daño.

Recordé las voces de los ancianos cuando me contaban aquella historia sin suavizarla, y sus nombres: Lachlan, Morven, Hamish. Nombres que ahora nadaban en mi boca como guerreros que fueron derrotados. Imaginé las manos que los sostenían, las manos de hombres que lucharon y sangraron por un clan, por una familia. ¿Cómo podía mi padre vivir con la paz cosida sobre esas vidas? «¿De qué sirve la paz», pronunció mi lengua con desprecio, «si está tejida por la renuncia?»

Me coloqué la daga en el regazo y la sostuve mirándola. «Prometo que no seré como vosotros», dije, ya sin mirar a la calle, sin ver si el McKinnon se había ido. «Prometo que si el *laird* no alza la mano, yo la alzaré; si su palabra es blanda, mi mano será de hierro».

El calor de la emoción me subió a la garganta y, sin saber por qué, empecé a reír. Salió como una risa corta, amarga, que se

deshilachó en un sollozo. Me di cuenta entonces de algo que hasta ese momento no había querido admitir: no solo odiaba a los McKinnon. Odiaba la paz que ignoraba la deuda de sangre. Odiaba la posibilidad de vivir en un mundo donde la memoria se volviera cómoda.

Apreté la daga hasta que los nudillos me palidecieron. La dejé sobre la mesa, a la vista, como si fuera una lección para la mañana siguiente. Si mi padre no despertaba la venganza de la casa, yo la alimentaría.

Antes de acostarme, miré una última vez hacia el exterior. La figura había desaparecido entre la neblina baja, como si las sombras se la hubieran tragado. Respiré despacio, intentando que el ritmo volviera a un compás humano. Me arropé y cerré los ojos, pero la imagen de las antorchas siguió viva, y la voz de mi padre, ahora en mis oídos, se mezcló con mi juramento.

«No se puede vivir en el pasado», había dicho él. «Quizás», pensé con sarcasmo, «pero no se puede vivir sin memoria». Y con esa contraposición clavada en el pecho me dormí, con la daga cerca y la rabia como almohada.

# Capítulo 1

## Ailis

Nunca había entendido por qué mi padre insistía en que permaneciera encerrada en el castillo. Demasiado joven, decía, demasiado vulnerable. A mis dieciocho años, la palabra vulnerable me dolía más que cualquier herida. Y hoy, como muchas otras veces, decidí que era momento de demostrar que no necesitaba vigilancia.

Las cocineras del castillo iban a bajar al mercado y regresar con sus cestas y carretas repletas de provisiones. Yo las seguía siempre, observando desde la ventana… hasta hoy.

Hoy, la ventana ya no bastaba.

Con sigilo, esperé el momento en que la carreta se detuviese para cargar las cajas. Antes de que alguien lo notara, me deslicé entre las tablas, y me escondí entre los sacos vacíos que se acumulaban.

En cuanto se puso en marcha el traqueteo de las ruedas comenzó a mecer mi cuerpo, pero mi corazón latía con la emoción que me generaba la desobediencia. Cada golpe de madera contra piedra eran música para mis oídos, aunque no tanto para mi cuerpo: por fin estaba fuera del castillo, aunque nadie supiera que yo viajaba allí.

—¡Ailis! —susurró una de las cocineras aunque en realidad quería gritar mi nombre cuando me vio entre los sacos—. ¡Sal de ahí!

Hice un mohín de fastidio. No me movería hasta llegar al mercado. Si mi padre se enteraba, podía maldecirme todo un año, pero habría valido la pena. La adrenalina me daba alas.

Cuando por fin la carreta se detuvo frente a los puestos, salté ágilmente entre los sacos y me encontré de pie en la plaza, respirando aire nuevo para mis pulmones, allí todo olía a hierbas, carnes y maderas. Las cocineras no me dieron tregua y me riñeron de inmediato:

—¡Muchacha imprudente! —chilló la más vieja—. ¿No temes que te roben o que te pase algo peor?

—No pienso escucharos —bufé, ignorándolas.

Mientras tanto miraba los montones de fruta que brillaban frente a mis ojos. Tropecé cerca de un puesto tratando de esquivar a las dos mujeres que seguían hablando de castigos, y varias manzanas cayeron rodando por el suelo.

Salí corriendo tras una de ellas y cuando se detuvo me incliné para recoger la manzana que había llegado bastante lejos. El mercado estaba lleno de voces y ruidos, de vendedores que gritaban precios y los niños que corrían entre las piernas de los compradores hacían que todo fuese un magnífico caos. Sí, era un caos maravilloso que estaba sucediendo ante mí.

Y con algo de esfuerzo traté de coger la fruta. Pero alguien se adelantó al notar que chocaba contra su bota. Él estaba de pie frente a un puesto de verduras, con el sol iluminando su rostro, el tartán recogido a la cadera y una postura que gritaba poder. Y, por un instante, me paralicé al verlo de tan cerca.

—¡Ay! —exclamé, porque nuestras cabezas chocaron con un golpe seco. El pequeño mareo me obligó a incorporarme, tambaleándome.

—¡Perdón! —dije, apartándome un mechón de cabello que me caía sobre los ojos.

Nuestros rostros quedaron uno frente al otro. Un silencio se instaló entre nosotros al reconocerle. Entonces mi actitud cambio.

—Veo que al mercado dejan entrar a cualquiera —bufé con fuerza, un poco furiosa.

Y para subrayar mi desprecio, escupí a un lado, cerca de él.

Él arqueó una ceja y, para mi sorpresa, soltó una risa baja. Tan baja que casi se perdió entre el bullicio. No parecía ofendido, ni siquiera molesto. Solo… ¿divertido?

—Parece que causas tú más problemas que yo —dijo, recogiendo la manzana con una mano y me la tendió—. Al menos alguien logró cogerla del suelo.

Mi mirada se tensó; mis dedos temblaron ligeramente al tomarla, aunque no podía apartar los ojos de él. Por un instante, sentí un calor extraño en el rostro, que no tenía nada que ver con la rabia que siempre me recorrió al pensar en los McKinnon.

—No esperes que te dé las gracias, yo también la pude haber recogido —dije, con un hilo de voz más bajo que mi habitual bufido.

—Ya lo creo que sí, aunque si nadie la hubiese tirado, nadie debería recogerla.

Mientras me incorporaba por completo, las cocineras me agarraron de los brazos, reprochándome de nuevo que me hubiese alejado de ellas.

—¡Ailis! —susurró una de las cocineras, arrastrándome hacia la carreta—. ¿No temes que tu padre se enfurezca si se entera de que estás aquí?

—Que se enfurezca todo lo que quiera —respondí, mientras dejaba que la adrenalina corriera por mis venas—. Hoy, al menos, he

visto un poco de vida fuera del castillo.

Pero mientras nos alejábamos me giré con disimulo y pude ver que aquel guerrero de los McKinnon, Alastor, se quedaba en la distancia, con su figura alta y serena entre la multitud observándome. No podía apartar de mi mente la sensación que me había dejado: un hombre que no sabía quién era yo, pero que sin saberlo había invadido mi mundo en el pasado.

# Capítulo 2

## Alastor

Me alejé unos pasos, ajustando el tartán sobre mi hombro y tomando el aire como quien intenta ordenar pensamientos que ya no obedecen a la razón. La joven… la muchacha… había sido insolente, descarada, osada. Había bufado y escupido a mi lado, y aun así, en lugar de provocarme ira, se volvió interesante.

—¿Quién es ella? —pregunté a mi mano derecha, Fer, mientras mis ojos seguían su figura que se mezclaba entre la multitud del mercado.

Fer se encogió de hombros frunciendo el ceño.

—No lo sé, mi señor. Jamás la he visto por aquí. No parece de este pueblo, ni parece hija de alguna familia cercana.

—Averígualo —gruñí, hundiendo los dedos en la empuñadura de la espada que colgaba de mi cadera—. Quiero saberlo pronto. No puedo dejar que algo así pase sin entenderlo.

Fer asintió, pero vi cómo sus ojos me miraban con esa combinación de respeto y preocupación que siempre le acompañaba. Era joven, pero sabía leerme como nadie. Mi amigo Fer, a la vez mi mano derecha, y el hombre en el que siempre confiaría sin ponerlo en duda.

—Debes ser… cuidadoso —dijo finalmente, con voz baja—. No es prudente dejar que una mujer cruce la línea así sin que sepamos quién es.

Golpeé mi frente con el puño, cavilando en silencio, y un destello de frustración me atravesó. ¿Era un estúpido? Sí. Absolutamente. Después de lo que pasó con la última mujer que

amé, prometí no volver a acercarme a ninguna otra. No más pérdidas, no más traiciones, no más debilidades por las que el corazón pudiese quedar roto como si fuera un simple objeto.

Pero esta muchacha… tenía fuego en los ojos, y un descaro que me arrancaba la respiración sin que yo pudiera detenerlo. ¿Qué era lo que me empujaba a pensar en ella? Su insolencia, su mirada demostrando que no parecía temerme… o la manera en que había estado allí, retándome sin saber quién era yo. Porque no lo sabía, ¿no?

—No sé todavía si dejaré que se acerque—gruñí, más para mí que para Fer—. Pero… —cerré los ojos y respiré hondo, maldiciéndome—. Tengo que saber quién es.

El mercado bullía a nuestro alrededor, con vendedores gritando, cestas llenas de fruta, caballos que relinchaban y niños corriendo entre los pies de los adultos. Yo caminaba entre ellos como alguien más. Pocos sabían que era el *laird* recién nombrado del clan McKinnon.

—Está bien, señor, como usted desee. Averiguaré quien es la muchacha.

Me apoyé en un puesto de verduras, dejando que la multitud pasara a mi alrededor, mientras mis pensamientos se agolpaban, uno tras otro. Recordé a la mujer que amé, aquella que me enseñó que incluso un guerrero no puede controlar la pasión de su corazón. La traición, la pérdida, la rabia… y ahora, frente a mis ojos, la posibilidad de repetir la historia con otra persona.

—Hazlo rápido —le pedí.

Él asintió.

Golpeé otra vez mi frente con la mano. Estúpido. Siempre estúpido cuando el corazón se mete en medio del acero y la sangre.

Pero esta vez, prometí que no habría distracciones. No permitiría que la curiosidad se convirtiera en un descuido.

Y aun así, mientras me alejaba del mercado, no pude borrar la imagen de sus ojos azules, de su bufido saliendo de sus labios, de aquel roce de su piel cuando le entregué la manzana. Y de pronto volví a sentir que mi mundo se había vuelto imprevisible.

Me aparté de la animación del mercado y dejé que mis hombres se movieran entre la gente para conseguir información. Fer volvió a mi lado con la calma de quien guarda noticias que pueden incendiar un clan. Le hice un gesto con la mano para que comenzara a hablar.

—Mi señor —dijo, bajo, sin alzar la voz—. He seguido a la muchacha. Su nombre es Ailis. Tiene dieciocho años. Vive en el castillo Campbell. Su madre murió hace diez años; tiene un hermano, se llama Finlay. Y —miró a sus hombres antes de volver a mirarme—. Lo más importante: es hija del *laird* Campbell.

La tierra se vació un poco bajo mis pies para engullirme. La palabra Campbell era un hierro vivo y candente. Durante años la sangre de los nuestros nos había contado historias de asedios, de humillaciones, de noches en que nuestras gentes habían levantado a los muertos con lamentos. Había jurado que mi apellido no dejaría a medias ese tema, que la memoria se pagaría con honor. Fer esperaba a que dijera algo más, y lo único que salió de mis labios fue un gruñido.

—¿Dijiste dieciocho? —pregunté, más para confirmar, y que no me engañara la furia que sentía.

—Así es, mi señor.

Me llevé la mano a la frente y sentí la dureza de la piel allí, como si pudiera aplastar los pensamientos que me asaltaban. Al principio lo que latía era orgullo: la posibilidad de usar una unión

como arma política era antigua como los clanes. Pero a esa posibilidad se le añadió algo más oscuro: la idea de borrar lentamente a los Campbell del mapa del poder, de dejar que su nombre se marchitara sin vástagos que lo sostuvieran.

—Llévame frente al *laird* —dije despacio—. Quiero ver si el hombre aún tiene el orgullo suficiente para creer que puede mirar a un McKinnon a los ojos. ¿Dónde puedo verlo?

Fer me dio detalles, nombres de capataces, horarios. Yo escuchaba y, aunque mi voz era calmada y serena, mi interior bullía; trazaba posibilidades como quien dibuja mapas de batallas. Mi plan no necesitaba violencia abierta; la mejor venganza se disimulaba bajo trajes de matrimonio y sellos. Si me casaba con la hija del *laird*, si la llevábamos al corazón de nuestras tierras, los Campbell perderían poco a poco su poder: herederos que no nunca llegan, alianzas que se deshacen, rescoldos de orgullo que no se reavivan. No había nada más devastador que ver un nombre extinguirse por falta de descendencia.

—Ve al castillo Campbell —ordené—. Habla con su padre. Pide su mano en mi nombre.

Fer abrió la boca como si quisiera objetar. Leía en mi rostro lo que muchos habían leído ya: esa mezcla de deber y locura que nos hace peligrosos.

—¿Estás seguro? —musitó—. Pedir la mano… eso es una afrenta pública. Los Campbell...

—Lo sé —dije, y mis palabras bastaron—. Si lo desean, que luchen. Pero que lo hagan en el marco que yo marque. Que lo hagan contra una propuesta que ofrezca honor y obligación. Les ataré a un contrato que pesará más que su ira.

Fer vaciló un segundo, y entonces me recordó algo que ya había mencionado antes, y que esperaba que me descolocase por

completo.

—Hay un niño, mi señor. Un hermano menor. Finlay. No podrá detener la descendencia solo con casarse con la joven y no darle hijos.

Sonreí sin alegría. El nombre del niño no cambiaba el objetivo; lo reconfiguraba. Si la idea era extinguir el linaje, un hijo menor podía ser soplo de vida para ellos. Pero yo ya veía soluciones: traer al niño también a mi castillo, quitarle el mundo de los lazos que le enseñarían a liderar, aislarlo, moldearlo, privarle de las oportunidades de engendrar a otro Campbell.

—No hay problema —dije—. Cuando me case con su hermana, Finlay vendrá a vivir con ella aquí también. Vivirá bajo mi techo, con la educación que yo decida y la compañía que yo elija. Jamás conocerá mujer que pueda albergar vida en su vientre, ni formará una familia mientras yo viva.

Las palabras salieron sin misericordia. No pretendía humillar al muchacho, sino borrar su porvenir como líder del clan rival. La idea era terrible, eficaz y clara. Fer tragó saliva, pero no objetó. Mis hombres guardaron silencio, como si hubieran entendido que ya no era una estrategia cualquiera, sino una sentencia.

—Ese clan debe desaparecer —dije, y mis manos se cerraron en puños—. Por la gloria de los McKinnon. Por el daño causado a mi sangre. Por el honor de este apellido.

Fer inclinó la cabeza y se marchó con rapidez a ejecutar la orden, dejándome solo entre el bullicio del mercado y la calma forzada que ponía la nobleza ante los curiosos.

Caminé entre la gente, con la mirada perdida, pronunciando en voz baja los nombres de los muertos que aún me tiraban del alma. No habría prisa para la sangre innecesaria; habría paciencia, medidas y matrimonios como jaulas.

Sabía que casarme con ella requeriría diplomacia y espectáculo, promesas engañosas, pero sobre todo paciencia: la paciencia con la que un *laird* rompe la columna vertebral de su enemigo sin mancharse las manos.

# Capítulo 3

## Ailis

La sala principal del castillo estaba iluminada por la cálida luz de cientos de velas que se mecían suavemente sobre las paredes de piedra. Ailis entró con Finlay a su lado, ambos nerviosos, como si fueran a ser arrastrados por un río de acontecimientos que no podían controlar. Allí frente a ella, y cerca de su padre, se encontraba un hombre que vestía los colores que más odiaba en Escocia. Su padre le hizo un gesto para que no interrumpiese la conversación, pero no la mandó irse, así que tanto ella como Finlay se quedaron a escuchar que era eso que un McKinnon había ido hacer a su castillo.

Fer, con el ceño fruncido, habló primero, con voz medida:

—Señor, *laird* Campbell, vengo a solicitar la mano de su hija Ailis en matrimonio en nombre del *laird* McKinnon.

El silencio se instaló como una losa sobre la mesa. El *laird* Campbell, un hombre acostumbrado a medir cada palabra y cada gesto, permaneció inmóvil un segundo antes de reaccionar. Su mirada se posó en Fer con incredulidad, y luego recorrió la sala hasta quedarse clavada en Ailis y Finlay.

—¿Cómo? —dijo con una voz grave y cortante—. ¿Acaso habéis perdido la cabeza? ¿Estáis seguros de lo que decís? —dijo Ailis.

La muchacha sintió que su corazón se detenía. Palideció. Todo en su interior se rebelaba contra esa idea. Después de lo que los McKinnon habían hecho a su clan, no podía comprender cómo alguien podría siquiera contemplar aceptar semejante unión.

—Padre… —dijo con voz temblorosa—. ¿Cómo puede siquiera considerarse esto?

El *laird* Campbell suspiró, intentando mantener la calma que la situación demandaba.

—Bueno, imagino que puede ser una forma de firmar la paz del todo, Ailis. De cerrar heridas que llevan décadas abiertas.

—¡No! —exclamó ella, mirando a su hermano—. Recuerdas lo que te conté de nuestro pasado… pues es justo como no se resuelven las cosas. No puedes obligar a alguien a casarse con la persona que más odia en el mundo.

Finlay asentía a su hermana.

—No lo conoces —respondió su padre, con la paciencia de quien intenta razonar con alguien testarudo—. No sabes si lo odias o no.

—¡Claro que lo conozco! —gritó Ailis, levantando la voz con una furia que la hizo temblar—. Lo he visto en muchas ocasiones. El viejo camina como si fuera el hombre más poderoso de Escocia… y hasta su hijo actúa como él.

El *laird* frunció el ceño, su paciencia estaba alcanzando el límite.

—¿Cómo sabes que tiene un hijo?

—Lo sé —respondió ella con firmeza—. Me he escapado decenas de veces del castillo, he ido al pueblo y allí todos saben quién es Alastor… el hijo del *laird* de los McKinnon.

El rostro del padre de Ailis se tornó rojo como la brasa de la chimenea. Estaba furioso. Dio un golpe sobre la mesa que hizo temblar las velas, y se levantó de un salto acercándose a ella con

pasos que resonaban en la sala de piedra. La ira le hacía temblar los hombros.

—¡Has desafiado a tu padre! —gruñó, con cada palabra llena de enfado—. Has desobedecido cada una de mis normas, y aun así te crees lista. Pues deja que te diga que te equivocas en todo: Alastor no es el hijo del *laird*. ¡Es el *laird*!

Ailis se quedó sin aliento. La revelación cayó sobre ella como un balde de agua helada. Todo lo que pensaba saber, todo lo que había sentido en esos segundos de ira y miedo, parecía ahora un juego macabro que estaba más allá de su control. La mezcla de furia, incredulidad y temor la paralizó un instante; sus ojos se encontraron con los de su padre, buscando allí alguna protección o consuelo, pero solo halló temor y un poder que no podía discutir.

Finlay, pequeño y silencioso, la miraba con los ojos muy abiertos, comprendiendo sin entender. Ailis cerró los puños, su respiración se aceleró, y sintió que la rabia no se apagaba, solo se transformaba: ahora debía enfrentarse no solo a su enemigo fuera del castillo, sino a la autoridad que intentaba manejar su destino dentro de él.

—¿Cómo… cómo puede pretender esto? —susurró, con la voz quebrada, casi para sí misma. Pero su mirada seguía fija en la figura que dominaba la sala, firme y altiva.

El padre la observó con gravedad, y Ailis supo que aquel momento marcaría el rumbo de su vida: no había marcha atrás, y la lucha que se avecinaba no sería solo contra Alastor McKinnon, también iba a ser contra ella misma.

# Capítulo 4

## Ailis

Me marché sola a mi habitación y cerré la puerta, las velas ardían con la misma violencia que mi corazón golpeaba en mi interior, y yo acerqué mis manos para ver si ese calor era suficiente para calentarme. El golpe de voz de mi padre todavía reverberaba en las paredes; sus palabras —¡Es el *laird*!— me perseguían como si fueran sacudidas sobre mi cabeza, palabras que escuchaba una y otra vez.

Me apoyé en el tocador y pensé en lo que quería. Y enseguida una palabra se vino a mi boca. Venganza. No era una palabra bonita; una bien dura y fría.

Al principio, la fantasía era simple y torpe: verlo caer, verlo pagar por lo que sus antepasados habían hecho con los míos. En la cabeza todo se volvían imágenes que no perdían lógica: él doblado, su orgullo hecho polvo, el nombre McKinnon destruido. Me sorprendí a mí misma sonriendo con rabia. Fue una sonrisa corta, amarga. Pero en seguida esa imagen se hacía hueca, y mi cabeza ya buscaba cosas prácticas, no sólo deseos.

Barajé ideas. No me detuve en cómo herirle el cuerpo —esa clase de pensamientos no son lo mío—. Pensé en otras maneras de quitarle lo que más valora: su control, su apellido, su influencia. ¿Qué le haría daño de verdad? ¿Qué le dolería más que cualquier golpe?

Se me vinieron varias cosas a la cabeza: dejar que su nombre se llene de rumores que lo debiliten; que aliados se alejen y que quienes le debieran respeto se vuelvan fríos; casarme y convertir ese matrimonio en una jaula que le quite aliados y recintos de poder; encontrar pruebas de decisiones que lo hagan perder prestigio;

hacer que sus hombres duden de él, que la lealtad tiemble. Cosas que no necesitan sangre para romper lo que un linaje construyó.

Pensé también en la paciencia, en las pequeñas venganzas que se administran gota a gota: minar su reputación en cenas y reuniones, negociar con los vecinos, sembrar dudas donde antes había seguridad asegurándome de que los McKinnon pierdan voz y peso con los años. La historia enseña que una casa puede morirse de sed sin que nadie le dé un golpe directo. Eso me pareció, también por un instante, la forma más precisa de pagar lo que nos hicieron: devolverles el vacío.

Mi mente, sin embargo, no solo calculaba; también se movía por la rabia pura. Me vino la imagen de mí misma clavándole una daga en su cuerpo. Una señal para los que vendrían después: que no se puede pisotear a nuestra gente y esperar que todo siga igual. Eso de repente alimentó las ganas de unirme a él en matrimonio.

Respiré hondo. Me obligué a calmarme. La ira puede ser fuego que abrasa al que la usa también. No podía regalarle mi destrucción sin luchar. Si quería venganza que valiera, debía ser inteligente: usar bien las cartas que me habían tocado en este juego de matrimonios, pactos, y tratar de usar bien las influencias en mi favor. Casarme, si hacía falta, sería una herramienta. No por amor ni por sumisión, sino para entrar como un veneno: con mi presencia, mi vigilancia, y sin obstáculos.

Al final no decidí una acción violenta. Decidí una dirección. Si el destino quería que me colocaran en aquel lugar, lo usaría. Si la mano del clan me ataba a ellos, yo convertiría esa atadura en una celda con ventanas por las que yo miraría y dirigiría todo. No sería esa niña que ellos esperan y que sufre un berrinche; sería alguien que aprendiera a vengarse. Aprendería a moverme con la calma de quien espera el momento justo.

Así que me tumbé en la cama, con la daga de mi madre sobre mi vientre —la miré, no por impulso, sino como recordatorio: tenía herramientas, pero prefería las que dejan más que sangre. La rabia seguía ahí, ardiente, latente, pero ahora con una forma: paciencia y plan. Vengarme desde dentro, paso a paso. Que mi padre estuviera furioso no me preocupaba. Que Alastor creyera que me rompía con su sola presencia sí que me inquietaba. Iba a convertir esa inquietud en arma.

Cerré los ojos y juré, en voz baja que no lo haría por esta rabia que me invadía ahora, lo haría por venganza.

Mañana sería el primer día de mi venganza desde dentro.

# Capítulo 5

## Ailis

Salí de la sala con la sangre todavía hirviendo en las venas. Había hablado con mi padre, y aunque le había prometido obedecer su orden de casarme, le había dejado claro lo único que podía jurarle: que nunca, jamás, le obedecería en el corazón. Él lo oyó y se enfureció; dijo que sería trabajo de Alastor conseguir que yo aceptara mi papel como esposa. Me clavó la mirada y yo lo maldije.

Me fui porque no podía quedarme más allí, con la rabia vibrando en mi interior.

Salí al patio con pasos largos, como la niña que se escapa cuando no le dan la razón. Tenía el corazón golpeando como un martillo y las respiraciones eran cortas. No pensaba más que en lo injusto de todo. Iba dándome golpes pequeños en el costado con la palma como si eso pudiera arrancarme de encima aquella sensación de rabia que no se marchaba.

No miré por dónde iba. El mundo se me había vuelto una línea recta hacia el vacío: fuera, lejos, correr hasta que el ruido del castillo se diluyera. Ese era mi único objetivo por el momento. Y en ese instante, sin avisar, el carro de los McKinnon apareció doblando la esquina: un carro ancho, hombres con capas, y esa bandera con los colores de su tartán recortado contra el cielo. El susto mi hizo pisar en falso. No tuve tiempo de esquivar. Mi pie tropezó contra una piedra y frené con las manos en la madera de una de las ruedas.

—¡Maldita sea! —solté, levantando la vista con una mezcla de furia y vergüenza—. ¿Qué buen demonio baja de un carro con esas prisas?

El hombre bajó la mirada y entonces lo reconocí. Alastor. Estaba ahí, frente a mí, vestido como él acostumbraba a hacer, con medio pecho al descubierto, como si aquello hiciese que el que se cruzaba con él sintiese terror al ver esos músculos.

Por un instante la rabia y la sorpresa pelearon dentro del McKinnon.

Mi primer impulso fue mirar a los hombres del castillo, los que guardaban la entrada serenos a cada lado de la puerta, a quienes habría insultado sin dudarlo si hubiese chocado con alguno de ellos; luego me di cuenta de que Alastor me hacía contener mi lengua.

No lo pensé y cuando él bajó del carro pisé con ganas su pie. Fue seguramente insignificante para él.

—Esperaba una disculpa en lugar de un pisotón.

—¡De eso nada! —le dije de inmediato—. No creas que obedeceré una sola de tus órdenes. Soy una Campbell y jamás me doblegaré ante un McKinnon. Antes prefiero colgarme de una soga.

Él arqueó una ceja, y una sonrisa, al principio imperceptible, le curvó la comisura de los labios. La sonrisa me irritó aún más; era como si todo lo que le había dicho no consiguiera molestarlo bastante.

—Vaya —dijo con voz tranquila—. Parece que a la Campbell no le enseñaron a comportarse. Una lástima, pero no te preocupes sé cómo hacer que te comportes como debes.

La cara se me puso roja. Di un paso hacia él con la intención de decir algo más hiriente, algo que lo dejara sin salida, pero la forma en que me miró me dejó clavada en el sitio.

—No creas que me impresionas —continué, sintiendo que la rabia me empujaba a ser más cruel—. No te temo, Alastor

McKinnon.

Su sonrisa se amplió.

—Debo reconocer que me sorprenden tus gustos —replicó—. Te imaginé atada a mi cama, pero si lo que prefieres es que te sujete por el cuello, tú mandas.

Intenté volver a darle un pisotón, esta vez con mucha más fuerza que la anterior. Pero él sin embargo, fue más rápido. Esquivó mi pie.

—Demasiado lenta —dijo.

Y entonces yo aprovechando que estaba distraído jactándose de su habilidad para esquivar mi pisotón, le di un golpe seco en el estómago con el puño.

No fue un golpe pensado para dejarlo en el suelo, sino para demostrarle quién tenía la rapidez y el control de la situación.

Él se dobló incapaz de mirarme a la cara.

—¿Demasiado lenta? —murmuré—. Eres un arrogante —le dije, intentando que mi voz no temblara, pues estaba cagada de miedo por si se atrevía a devolverme el golpe—. Y no te equivoques: nunca seré tuya ni por obligación ni por complacencia.

—Siempre puedes convencer a tu padre para que no te entregue a mí.

—Eres muy listo eh, o eso es lo que crees. Pues te diré algo. Cuida bien tus espaldas cuando estemos casados.

—¿Me amenazas con intentar matarme?

Su burla me cargó de toda la rabia que podía sentir, pero en lugar de volver a acercarme a él, miré hacia delante y me marché

clavando mis botas en el camino.

—No me subestimes —le dije, ya en voz baja. —Recuerda que las campanas también pueden sonar por tu muerte.

Me di la vuelta para ver si miraba.

Y me lanzó un último vistazo, con la mitad de la cara ensombrecida. Había algo en ella que no había visto antes: una calma tan fría como su sonrisa.

Mientras se alejaba castillo adentro, me quedé inmóvil en el camino. El aire volvió a entrar en mis pulmones como si no hubiese ocurrido nada.

Puse mi mano sobre la daga que siempre llevaba oculta en el cinturón. No la saqué; solo la acaricié, recordándome a mí misma que aquel arma serviría para acabar con su vida.

‹‹Si este es el hombre que pretende que me case con él›› pensé, ‹‹entonces sabrá que no me tendrá tan fácil››. Y fue cuando supe que tenía que aprender a mirar, a escuchar y a esperar. No porque tuviera miedo de él, sino porque no dejaría que un McKinnon gobernara mi vida ni la de los míos sin pelear con todas las armas que tuviera.

# Capítulo 6

## Alastor

Entré en la sala de reuniones del *laird* Campbell sin prisas. No me hacía falta correr; sabía que él me estaba esperando, y eso ya era suficiente ventaja. El fuego rugía en la chimenea, pero el ambiente estaba frío, más de lo que esperaba. El hombre me miró con esa expresión dura que tienen los que creen que todavía gobiernan con solo alzar la voz.

—Mi hija es terca —fue lo primero que dijo, sin siquiera saludar—. Ingobernable. A veces parece que nació solo para llevarme la contraria. No será fácil para vos someterla.

Me lo dijo como si me estuviera advirtiendo sobre un animal salvaje. Yo mantuve la calma, apenas un gesto en la cara, sin mostrar nada.

—Entonces decidme, *laird* —respondí, con la voz grave—, ¿por qué entregáis a vuestra hija a mi clan si sabéis lo que es?

Él apoyó las manos en los brazos de su silla y se inclinó hacia delante, como si quisiera dejarme claro que no se arrepentía de la decisión tomada.

—Porque es la única manera de poner fin a lo que llevamos arrastrando demasiado tiempo —dijo—. Y porque a Ailis le hace falta aprender obediencia. Vos podéis darle eso que aquí nunca quiso aceptar.

No supe si reírme o despreciarlo. En ese momento lo vi: no estaba pensando en su hija, ni en lo que ella quería. Solo buscaba deshacerse de un problema y disfrazarlo de alianza. Egoísta, calculador… y cobarde.

Lo observé un momento en silencio, y cambié el rumbo de la conversación.

—Hace años —dije despacio— hubo una batalla en estas tierras. Hombres de mi clan quedaron tendidos aquí. Decidme, ¿fueron enterrados?

El *laird* sonrió, y luego soltó una carcajada que me heló la sangre.

—¿Enterrarlos con los nuestros? —repitió, divertido—. No. Algunos fueron quemados, y otros… arrojados al mar.

La risa seguía resonando en mi cabeza cuando yo apreté la mandíbula para no dejar escapar lo que me hervía en las venas. Inspiré hondo, obligándome a mantener el control. No era el momento de mostrar la furia, pero dentro de mí hice una promesa: ese hombre pagaría por esas palabras.

Clavé los ojos en él.

—Sois rápido para hablar de paz, *laird* —le dije con calma—, pero olvidáis que la paz no se regala. No se encuentra en el camino como una piedra. Se gana.

Él no contestó, solo me sostuvo la mirada como si todo estuviera decidido ya. Y quizá lo estaba. Al fin y al cabo, estaba entregando a su propia hija como quien entrega una oveja para cerrar un trato. Era como una ofrenda para él.

Cuando salí de aquella sala lo entendí más claro que nunca: ese hombre no buscaba la paz. Buscaba liberarse de un peso. Y lo peor de todo es que había usado a su propia sangre para lograrlo.

Mientras entraba de nuevo en el carro, mis pensamientos eran un torbellino: los Campbell creían que una boda bastaría para

enterrar el pasado. Lo que no sabían… es que los McKinnon no olvidamos. Jamás.

Al llegar a mis tierras me quité el barro de las botas y cerré la puerta después de que Fer pasara con un gesto corto. No quería espectadores para lo que iba a decir; debía quedar entre nosotros.

Le miré un momento, dejando que adivinara que aquello ya estaba decidido en mi cabeza.

—Voy a casarme con la Campbell —dije sin preámbulos.

Fer no parpadeó, pero sus labios se torcieron queriendo hacer una pregunta. Era un hombre que conocía mis gestos y mis silencios; entendió al instante que no era una decisión conducida por mis impulsos.

—¿Y qué queréis hacer con ella? —preguntó al fin, directo. —¿Encerrarla? ¿Hacerla obediente...?

Lo paré con la mirada. No tolero dudas tontas en mis hombres, y menos cuando se trata de planes que deben ejecutarse con cabeza.

—No la voy a encerrar —contesté—. No voy a romperla ni a humillarla. Eso sería estúpido. Tampoco será un matrimonio de caricias. Voy a seducirla. Lento. Con la clara intención de hacerla rebelarse contra su clan.

Fer abrió la boca en una mueca que no pude decidir si era aprobación o alarma. Me alegró que se preocupara; el plan necesitaba cuidado.

—¿Seducirla? —repitió—. ¿Eso no es dejar demasiado a la suerte?

—No —dije—. Hay diferencia entre suerte y estrategia. Seducir no significa forzar. Significa ganarte su atención, que confíe, que te escuche. Es un trabajo que tendré que lograr con paciencia, llevará su tiempo: conversaciones largas, gestos medidos, mostrar capas que no esperaba ver. Quiero que venga a nosotros curiosa, no rendida. Quiero que el orgullo le obligue a aceptar y luego a cuestionarse cuál es el clan enemigo.

Fer se acercó y apoyó los codos en la mesa. —Entonces, ¿qué haréis exactamente? —preguntó—. ¿La haréis sentir valorada? ¿Os haréis amigo suyo? ¿O jugaréis al juego del romance?

Le dejé hablar. Necesitaba que entendiera los pasos sin detalles torpes.

—Primero: conocerla —dije—. No con espías que traigan datos sobre ella, sino yo mismo. Hablaré con ella. Le daré motivos para pensar que tiene algo que ganar con nosotros. Nada físico; conversaciones, paseos al atardecer, pequeños favores que no humillen. Hablaré con ella, escucharé sus quejas, permitiré que su rabia se exprese y le recordaré que la oigo.

—Segundo: espacio y pruebas —continué—. Le daré espacio suficiente para que crea que mantiene poder. Pero pondré pequeñas pruebas: decisiones que la lleven a depender de mí en asuntos. No para controlarla, sino para que vea que su voz cuenta aquí, aunque con el tiempo eso la ate a nosotros.

Fergus frunció el ceño.

—Suena a manipulación.

—Suena a política, y terminará siendo adoctrinada —le corté—. Y a menudo la política es menos cruel que la espada. Prefiero ganar con palabras y presencia que perder hombres en un barranco. Además, la manipulación implica romper la voluntad. Mi

intención es otra: quiero que ella se cuestione. Que se dé cuenta de que, quizá, tengo algo que ofrecer aunque lo odie.

Se notó en su cara el conflicto; conocía a Ailis: terquedad, fuego, orgullo. La última cosa que quería era encontrar en esa terquedad un amor que lo cambiara todo, y sin embargo esa posibilidad me rozó como un frío inesperado.

—Y tercero —añadí, bajando la voz—: paciencia. No intentaré poseerla la primera noche ni la primera semana. Si surge atracción, la haré desaparecer.

Fer inclinó la cabeza.

—¿Y si termina cayéndote bien? ¿Y si no logras hacer desaparecer lo que sientes por ella? —preguntó.

La pregunta era una trampa mortal. Saber que podía gustarme era la verdad que nadie quería oír porque implicaba perder control. Fingí que no me afectaba.

—Entonces soy un hombre con problemas —respondí con frialdad—. Pero problemas calculables. No actuaré como un aprendiz. Eso no.

Le di órdenes claras, porque las piezas tienen que moverse seguras sobre el tablero: vigilar, tener discreción, preparar cenas donde la conversación pueda fluir, organizar que la gente del pueblo hable bien de nosotros sin parecer sumisos; facilitar que Ailis vea en mí algo distinto a mi apellido. Nada de sobornos; pequeñas concesiones de honor. Ningún gesto que humille. Ninguna presión.

—Y si se resiste —dijo Fer—. Si te ridiculiza en público o deja claro que no la queréis cerca.

—Si se resiste —respondí—, dejaré que lo haga. La fuerza forzada despierta hostilidad permanente. La paciencia, en cambio,

hace que la defensiva se canse o mutile. Además, su temperamento puede ser un aliado después: una mujer que conoce su fuego es peligrosa en la guerra, útil si está a tu lado. Quiero que su fuego mire hacia mí, no contra mí.

Fer se mordió el labio, midiendo la ética del plan y la eficacia.

—Habrá quien lo llame jugar sucio —murmuró—. Tú lo llamas estrategia.

—Lo llamo hacer lo que hay que hacer —dije—. No busco amor fácil ni victorias rápidas. Quiero que nos dé pie para destruir al clan Campbell sin incendiar nuestras propias tierras. Si entre medias algo real nace… ya veremos si es enemigo o tropa.

En su silencio sentí el peso de la verdad: esto podía convertirse en algo más. Y esa posibilidad me asustó por dos razones: porque aún sangraba mi interior por esa mujer que no se había podido borrar del recuerdo, y porque perder el control era una debilidad que no quería regalar a nadie. Pero también comprendí que la mejor arma a veces es la que no se ve: la constancia y, la atención que se ofrece en el momento justo.

—Tú también debes hacerlo con cuidado —le dije a Fer—. Que parezca natural. Que nadie piense que tomamos lazos como piezas desechables. Y sobre todo: que nadie la dañe. Si hay un hombre entre mis gentes que cruza la línea, lo sabré. Lo sabré y no dudaré.

Fer asintió, y por un instante pude verlo en su mente. Tenía claro que era estrategia, no pasión. Para mí, por ahora, lo mismo. Pero mientras se marchaba, la imagen de Ailis me vino otra vez a la cabeza: sus ojos ardiendo, su orgullo intacto, el modo en que me había retado sin conocerme bien.

No me sorprendió que me pesara la decisión. Si uno quiere seducir, debe estar dispuesto a que la seducción devuelva la

moneda. Y yo… no estaba todavía seguro de estar dispuesto a pagar el precio. Pero sí estaba seguro de algo más: no iba a dejar que nadie me dictara el ritmo. Iba a escoger el ritmo. Y sería lento.

# Capítulo 7

## Alastor

El *laird* Campbell había fijado la fecha. Dos lunas más y Ailis sería mi esposa. Lo querían anunciar en el salón de su castillo, entre brindis de hidromiel y música de gaitas, como si fuera una celebración alegre y no un acuerdo frío entre clanes. En mi cabeza, la palabra alianza pesaba más que boda. Pero eso cambiaría. Yo me encargaría de que cambiara.

Después de la cena me topé con el pequeño, el hermano de Ailis. Tenía los ojos igual de fieros que ella, aunque apenas pasara de la edad en la que un niño aprende a empuñar una espada de madera. Se plantó delante, sin miedo.

—No dejaré que te lleves a mi hermana —dijo, plantado frente a mí, sin un titubeo en su voz.

Sonreí por costumbre, y me agaché para quedar a su altura.

—¿Y cómo piensas impedirlo, muchacho? —pregunté.

—Si hace falta pelearé —respondió sin vacilar.

Se llamaba Finlay. Un nombre corto. Le palmeé la cabeza con suavidad, más por divertimento que por otra cosa. Tenía agallas, y esas cosas me gustaban.

Entonces me hizo la pregunta que ya esperaba, la que todos quieren saber en una sala donde los apodos corren como el vino:

—¿Por qué te llaman «el Maldito»?

Me quedé un segundo sin contestar. No porque no supiera qué decir, sino porque hay verdades que conviene pronunciar

despacio, dejando que el rumor haga su trabajo antes de limpiar la herida. Finlay me miraba a los ojos, serio, y yo no quería mentirle.

—Dicen muchas cosas —respondí, calmado—. Historias que arreglan la culpa ajena. Que la muerte me sigue, que la mala fortuna se pega a quien me toca.

Finlay abrió los ojos, no entendía todo, pero la palabra le llegó como un recado. Fue entonces cuando la vi: Ailis, medio escondida tras la puerta, escuchando con la cara pálida. No había oído el rumor completo; había escuchado sólo el final, y su palidez fue la confirmación de que allí se encendía algo peligroso.

Me gustó que me oyera. Sonreí sin darme prisa. Un hombre que provoca miedo con su sola mención tiene ventaja, pero preferí usar otra arma: la curiosidad. Me acerqué con calma, sin invadirla, dejando que la distancia fuese algo que deseaba acortar y no una amenaza.

—¿Queréis oír la verdad, Campbell? —dije en voz baja—. ¿O preferís que el rumor siga haciendo el trabajo sucio?

Ella dejó que su barbilla se elevara, con postura desafiante. Vi cómo la rabia luchaba con la sorpresa en su cara. Me acerqué un paso más, lo bastante para que mi sombra la tocara, y noté cómo sus manos se apretaban en los pliegues de la falda.

—Tendréis que ganároslo —añadí, y mi voz se hizo aún más contenida—. No doy mis historias a quien no las merece.

Finlay resopló, cruzado de brazos, sin quitarme ojo. Ailis me miró de frente, y en esa mirada había fuego listo para quemar. Me gustó. Me gustó lo que vi: una mujer que no se dejaba comprar con palabras. Eso haría el juego más entretenido.

Me retiré entonces, con la lentitud de quien deja una puerta entreabierta para que el otro entre si quiere. Mientras me apartaba,

pensé en la ventaja: el rumor corría, y el rumor asusta. Poco a poco, sin prisa, empezaría a tirar de aquello. Y si Ailis quería escuchar el final de la historia, tendría que acercarse por voluntad propia.

# Capítulo 8

## Ailis

Me giré para salir de ese pasillo, con el corazón todavía golpeando fuerte por lo que había escuchado de sus labios. Pero él fue más rápido. Su sombra me cubrió antes de que pudiera dar un paso, y cuando levanté la cabeza lo tenía frente a mí, demasiado cerca, con esa sonrisa ladeada que me hervía la sangre.

—¿A dónde vais tan deprisa, Campbell? —su voz era un susurro grave que me acarició la piel.

Quise responder con alguna impertinencia, pero mi garganta se cerró cuando sentí el roce de su mano en mi brazo. No era un gesto brusco, sino lento, seguro, como si conociera la forma exacta de mi cuerpo incluso a través de la tela.

—Suéltame —murmuré, aunque no hice el menor esfuerzo en apartarme.

—¿Eso queréis? —preguntó, inclinándose hasta que su aliento rozó mi mejilla. Su nariz apenas rozó la mía, y el contacto fugaz de sus labios con los míos me arrancó un gemido bajo, involuntario, que me traicionó.

Su mano descendió, de mi brazo al costado, y de ahí al vientre, posándose firme, como si reclamara lo que aún no era suyo. Sentí el calor atravesar la tela de mi vestido, y mi cuerpo, en vez de retroceder, se arqueó apenas hacia él.

—Estáis temblando… —dijo con una sonrisa peligrosa, rozando mis labios otra vez, más despacio, saboreando la tensión que había entre los dos.

Cerré los ojos un segundo, atrapada. Todo lo que había jurado odiar en él se deshacía bajo la fuerza de un roce. Su pecho duro contra el mío, su aliento caliente, el peso de su mano sobre mi vientre… No era miedo lo que sentía. Era otra cosa, algo que me consumía desde dentro y me hacía olvidar dónde estaba.

Reuní fuerzas para abrir los ojos, para recuperar el orgullo que siempre me salvaba.

—No os equivoquéis, McKinnon… —susurré, aunque mi voz sonaba insegura—. Podréis arrancarme un suspiro, pero jamás tendréis mi rendición.

Él sonrió, pegando su frente a la mía.

—No necesito vuestra rendición, Ailis. Prefiero vuestra resistencia. Es mucho más interesante. ¿No te lo parece?

Su pulgar trazó un círculo lento sobre mi vientre antes de apartarse, como si lo hiciera a propósito, dejándome arder en esa mezcla de rabia y deseo. Cuando se alejó, apenas con un paso, sentí frío en la piel donde había estado su calor, y mi cuerpo, contra toda lógica, lo extrañó.

Me quedé allí, clavada al suelo, con la respiración agitada y la cara encendida por el fuego que había sentido junto a él. Él, en cambio, se marchó con esa seguridad arrogante, como si supiera exactamente el efecto que había dejado en mí.

Lo odiaba por eso. Lo odiaba porque me conocía demasiado rápido. Y lo odiaba porque, pese a todo, una parte de mí deseaba volver a sentir su mano.

Paralizada en mitad de aquel pasillo me había permitido cerrar los ojos, y sin esperarlo regresó de nuevo.

—Creo que te quedaste con ganas de más, aunque con lo testaruda que eres no serás capaz de reconocerlo —dijo en un murmullo desde atrás que me recorrió la espalda y sentí un escalofrío—. Y eso me gusta.

Mi boca estaba lista para responderle con algún insulto, pero se me borró todo cuando sus manos, en esta ocasión las dos, se ciñeron a mi cintura. Solamente las mantuvo quietas, pero fue suficiente para hacerme contener el aire. Se detuvo allí, como probando hasta dónde podía llegar, y luego bajó despacio, firme, hasta situarlas en la parte más baja de mi vientre.

Me mordí el labio, odiando que mi cuerpo reaccionara antes que mi cabeza.

—No… —intenté protestar, pero lo único que salió de mis labios fue un suspiro roto.

—¿No qué…? —susurró él, acercando su rostro al mío por un lado, hasta que casi nos separaba un aliento—. ¿Que no me detenga… o que no siga?

Lo miré a los ojos, y la sonrisa que esbozó me desquició. Mi orgullo me obligaba a apartarme, pero sus dedos, trazando círculos lentos sobre mi vientre, me mantenían clavada al suelo. No sabía si quería huir o derretirme en ese calor que estaba sintiendo.

Cuando creí que iba a retirarse, inclinó la cabeza y rozó mis labios con los suyos. Tan despacio que pensé que lo estaba soñando. Mis pestañas se cerraron, y ese primer contacto me arrancó un gemido bajo, casi inaudible, que me avergonzó tanto como me estremeció.

Me hizo girar sobre mis pies. El beso fue lento, ardiente, como si tuviera todo el tiempo del mundo. Sus labios se movieron sobre los míos con una suavidad peligrosa, como si supiera que cuanto más despacio me atrapaba, más me quemaba por dentro. Sentí

cómo mi mano, por puro instinto, buscaba su pecho, y mis dedos se aferraban a su jubón como si necesitara sostenerme para no caer.

El mundo entero se redujo a ese roce: su boca, el calor de su cuerpo, el pulgar que aún descansaba sobre mi vientre como una marca oscura.

Iba a responderle, a devolverle el beso con toda la rabia y el deseo que me estaban consumiendo. Iba a hacerlo, cuando él se apartó. Sin prisa, sin brusquedad, simplemente me dejó con los labios húmedos y abiertos, y la respiración desordenada.

Retrocedió un paso, mirándome con esa sonrisa maldita, y dijo:

—Demasiado fácil, Campbell.

Y se marchó. Simplemente se dio la vuelta y se fue, dejándome allí, temblando en mitad del pasillo, con el corazón desbocado y la piel encendida.

Me quedé apoyada contra la pared, odiándome por lo que acababa de sentir. Odiándome porque, en lugar de pensar en cómo clavarle un cuchillo, mi cuerpo aún ardía por un beso que jamás debería haber ocurrido.

Salí corriendo antes de que nadie pudiera encontrarme allí. Llegué a mi alcoba y me dejé caer sobre la cama con el corazón todavía acelerado.

Me cubrí la cara con las manos y solté un grito intentando ahogarlo con la ayuda de mis manos y el colchón.

—¡Estúpido *highlander*! —escupí entre dientes, levantándome de golpe y empezando a pasear de un lado a otro de la habitación—. ¡Condenado, maldito seas tú y tus manos!

Me miré en el espejo y casi no me reconocí: mejillas encendidas, labios hinchados… todavía podía sentir el calor de su boca sobre la mía, su sabor, y eso me revolvió las tripas.

—No volverá a pasar —me dije, clavando el dedo contra mi propio reflejo—. No. Vol-ve-rá-a-pa-sar.

La rabia me subía como un veneno hasta llegar a mi boca. ¿Cómo había podido perder el control así? Yo, que siempre había jurado que nadie iba a manejarme, que ningún hombre iba a someterme… y sin embargo, bastaba con un roce suyo para que me olvidara de quién era. De quien era él.

Me tumbé boca arriba en la cama, apretando los puños contra las sábanas.

—No pienso volver a dejar que me toque —susurré, como si fuera un juramento sagrado—. Que se crea que me tiene rendida… ¡ja! Antes me corto la lengua que volver a gemir por su culpa.

Y sin embargo, cerré los ojos y la maldita escena volvió a mí: sus labios sobre los míos, su mano en mi vientre, el calor recorriéndome hasta lo más hondo. Gemí, sí, pero ahora de pura frustración, y me escondí bajo la manta como si así pudiera ahogar el recuerdo.

# Capítulo 9

## Ailis

El gran salón estaba lleno de voces, copas que chocaban entre ellas y el chisporroteo del fuego daba una calidez falsa a lo que verdaderamente ocurría allí dentro. Todos esperaban la noticia: la fecha de la unión entre los Campbell y los McKinnon. Yo estaba sentada junto a mi hermano, con la espalda recta y el rostro aparentemente tranquilo, aunque por dentro tenía un nudo en el estómago.

Alastor entró más tarde, estaba claro que quería que todos supieran quien ponían los tiempos. Su figura llamó la atención de toda la sala: alto, con la piel dorada por el sol y el pelo oscuro cayendo en ondas hasta los hombros. Se inclinó ante mi padre el *laird* y ocupó su lugar en la mesa junto a él. Yo aparté la mirada, decidida a ignorarlo.

—La fecha ha sido acordada —anunció mi padre, levantando la copa—. Será en la luna llena de la próxima estación.

Quedaban seis días.

Las copas chocaron, la gente sonrió, pero yo apenas escuchaba. Notaba los ojos de Alastor fijos en mí, como si me atravesaran la piel. Como si quisieran leer lo que se me pasaba por la cabeza en aquel momento.

Me forcé a sonreír y murmuré algo a mi hermano, pero él, travieso como siempre, me delató en voz alta:

—Hermana, te has puesto colorada como una cereza. ¿Acaso El Maldito te da miedo?

Las carcajadas aparecieron pronto en el salón. Yo abrí la boca para protestar, pero Alastor se inclinó hacia adelante, apoyando un codo en la mesa y sin apartar esos ojos que parecían leerme por dentro le dijo:

—No la llaméis miedosa —dijo con calma sobre el bullicio—. Si algo tiene, es que sabe plantar cara incluso cuando tiembla por dentro.

El silencio fue casi inmediato. Yo sentí cómo me ardían las mejillas de nuevo. Quise contestar algo mordaz que lo dejara en ridículo, pero lo único que salió fue:

—No tiemblo jamás.

Él sonrió, despacio, como si hubiera ganado otra vez.

—Entonces quizá soy yo quien tiembla, *lady* Campbell.

La mesa entera estalló en risas y brindis, mientras yo me quedaba con el corazón disparado y los labios haciendo fuerza entre ellos para no mostrar cuánto me enfurecía cada palabra suya.

# Capítulo 10

# Alastor

La música de gaitas y el olor a carne llenaban nuestros olfatos mientras el *laird* de los Campbell había anunciado la boda entre los Campbell y los MacKinnon, y aunque muchos brindaban con entusiasmo, a mí me parecía que en el aire tenía a su vez un silencio oculto, como si todos estuvieran esperando que algo ocurriese.

Y estalló. De otra manera a la que pensaba pero lo hizo.

Las puertas se abrieron de golpe y un hombre entró corriendo, despeinado, con las botas llenas de barro. La música se detuvo en seco. Todos los ojos se volvieron hacia él.

—¡*Milord* Campbell! —gritó con la voz agitada—. ¡Debéis venir al instante! Dos hombres de la aldea casi se matan en la plaza. ¡Todo por el grano de una de las tierras que usted les arrendó!

Los cuchicheos se esparcieron como un viento helado. Campbell, rojo de ira por la interrupción, se levantó pesadamente de su asiento.

—¿Qué desatino es ese? —rugió.

El hombre tragó saliva.

—Dicen que uno tuvo mala cosecha y que el otro sacó el doble… y ahora el que perdió exige que le dé la mitad de lo suyo, porque su familia no tendrá con qué sobrevivir este invierno. No le hubiese molestado de no ser porque su nombre salió en mitad de la discusión. El que perdió cosecha dio a entender que las tierras que le arrendó el *laird* a su vecino son más fértiles que las que le arrendó a él.

—¿Me acusa de favoritismo? —Levantó la ceja el *laird* Campbell burlón.

La sala se llenó de murmullos, cabezas moviéndose de un lado a otro. El *laird* hizo un gesto brusco para que todos se callaran.

—¡Traedlos aquí!

Al cabo de pocos minutos los dos campesinos entraron al salón empujados por guardias. El primero, Angus, estaba flaco, con el rostro hundido, la piel arrugada y quemada por el sol y los ojos cargados de ojeras por no dormir. El segundo, Hamish, más robusto, caminaba con la cabeza erguida, como si tuviera razón de sobra en todo aquel asunto.

Campbell los miró con desdén.

—Explicaos.

Hamish fue el primero en hablar, señalando al otro con desprecio.

—*Milord*, todos saben que trabajé mis tierras como se debe. Sembré al mismo tiempo que él, puse mis manos y las de mis hijos día y noche, y el cielo nos favoreció. Mi grano está fuerte y es abundante. ¿Qué culpa tengo de que este desgraciado no sepa ni plantar una semilla?

Angus dio un paso al frente, temblando de rabia y dispuesto a abalanzarse sobre aquel otro hombre aunque supiese desde el principio que saldría perdiendo.

—¡Mentís, Hamish! —casi gritó—. ¡Todos en la aldea saben que el terreno donde siembro es pedregoso y pobre! Hice lo que pude. También yo planté con mis manos junto con las de mis hijos e

hijas, pero la cosecha apenas alcanzará para dos meses. Mis hijos morirán de hambre este invierno si no recibo ayuda.

Hamish bufó con una sonrisa en su boca.

—No es mi culpa que el destino os haya dado mala tierra. Pedidle a Dios la ayuda que necesitáis, no a mí.

—¡Sois un perro sin alma! —Angus trató de lanzarse sobre él, pero los guardias lo detuvieron.

El murmullo en la sala creció. Algunos asentían con Hamish, otros cuchicheaban a favor de Angus. Campbell levantó la mano y el silencio reinó.

—Basta ya. —Su voz hizo el resto—. No voy a perder el tiempo con pataletas de campesinos. Cada cual que se quede con lo suyo. Eso es lo más justo.

—¡Pero *milord*! —Angus se arrodilló en el suelo, suplicante—. Mis hijos…

Campbell lo miró como quien mira un insecto.

—Si tanto lo deseas, pelea por ello. —Se dirigió a ambos. Sabiendo que el pobre hombre que suplicaba era la mitad o menos que su contrincante—. Un combate justo. El que gane se quedará con todo el grano. El que pierda, pues… que se las arregle como pueda.

Un murmullo de horror recorrió la sala. Angus palideció; Hamish sonrió satisfecho, pues él estaba en clara ventaja.

Fue entonces cuando me levanté. No podía quedarme callado escuchando aquella solución.

—No.

Todas las miradas se giraron hacia mí. Sentí cómo la tensión se partía en el aire.

—¿Qué significa ese no? —gruñó Campbell, molesto.

Caminé hasta ponerme entre los dos campesinos.

—Significa que no permitiré que dos hombres pobres se despedacen por algo que tiene solución. Además de que no es justo para uno de ellos, y eso a la vista de todos está. Sería como batallar sin armas ante un rival con cañones y lanzas.

Hamish me miró con recelo. Angus con esperanza.

—Vosotros dos —les señalé—, sembrasteis al mismo tiempo, ¿cierto?

—Así es, *milord* —respondió Hamish con tono agrio.

—Bien —dije con calma—. Entonces, lo que podéis hacer es recoger esta cosecha juntos y repartirla entre ambos de forma justa. Después, el año próximo, trabajáis juntos esa tierra, la más fértil, y cuando llegue la nueva cosecha, será para el dueño original de la parcela. Solo para él.

El murmullo en la sala se hizo más intenso.

—¡No! —protestó Hamish—. ¿Por qué he de compartir lo que es mío? Él tiene sus tierras.

Lo miré fijo, sin parpadear.

—Porque nadie sabe cuándo será vuestra familia la que pase hambre. Hoy sois fuerte. Mañana podríais ser vos quien ruegue ayuda. ¿De verdad piensas que Dios siempre te favorecerá?

Hamish bajó la mirada, incómodo. Angus me observaba con los ojos brillantes.

—Y vos —me volví hacia él—, aprended a guardar siempre un poco de grano. No se trata solo de trabajar, sino de pensar en el invierno. No es más rico el que más tiene, sino el que sabe guardar para cuando llegan los días duros.

Un silencio profundo se extendió en el salón. Y entonces, como un trueno, comenzaron los aplausos. Los campesinos que habían llegado con el problema daban palmadas animándolos, hombres y mujeres asentían emocionados. Angus rompió en lágrimas. Incluso Hamish, cabizbajo, murmuró un lo siento a su vecino. Y acercándose Angus alcancé a escuchar que le decía que su hija le ayudaría todo el invierno a la esposa del otro con las tareas del hogar en agradecimiento.

Todos aplaudían… todos, menos Campbell. Sus hombres de confianza habían empezado a palmear, pero en cuanto su mirada gélida se posó sobre ellos, callaron de inmediato.

El *laird* me observaba como si quisiera atravesarme con los ojos. Yo solo le sostuve la mirada.

Sabía que en ese instante había quedado marcado un antes y un después.

Los aplausos se fueron apagando poco a poco, pero no en los ojos de Ailis. Desde su sitio, junto a una columna de piedra, observaba a Alastor con una mezcla de desconcierto y orgullo que no sabía explicar. Había esperado ver al temido *highlander* Maldito actuar con brutalidad, demostrar que era tan salvaje como contaban las historias. En cambio, había visto a un hombre hablar con calma, sin alzar la voz, sin necesidad de imponer miedo. Y eso, de algún modo, la desconcertaba más.

Sus labios se curvaron, traicionando el gesto que intentó ocultar. Una sonrisa leve, casi invisible, pero que Alastor captó al instante.

Desde el otro extremo del salón, él levantó una ceja, sorprendido. No esperaba encontrar simpatía —ni un destello de ella— en los ojos de la hija del *laird* Campbell.

Ailis se recompuso enseguida. Bajó la mirada hacia su copa de vino, molesta consigo misma. No debía mostrar nada. No debía sentir nada.

—Sacadlos —ordenó entonces el *laird* Campbell con un tono que le devolvió el peso de la autoridad que al parecer Alastor McKinnon le acababa de robar—. Que los campesinos regresen a sus tierras y que no vuelvan a interrumpir mis celebraciones con sus miserias.

Los guardias se apresuraron a escoltar a los hombres fuera del salón. Alastor los observó marchar con el ceño fruncido, sin decir nada. Se quedó pensativo, pues su padre por su pueblo hubiese hecho algo más. Estaba seguro de que una vez irrumpido en una celebración hubiera invitado a los hombres a quedarse, pero bueno, eso quizá era demasiado para un hombre vil como lo era Campbell, que había sido capaz de asesinar a mujeres y niños de noche como venganza por el ataque a su castillo.

Campbell se inclinó ligeramente hacia sus hombres de confianza, que permanecían de pie tras él.

—Tened cuidado con el MacKinnon —murmuró en voz baja, lo justo para que los suyos lo oyeran—. Parece que quiere hacerse con todo antes de tiempo.

Los hombres asintieron con rostros serios. El *laird* se recostó en su asiento, tomó la copa y la alzó.

—La reunión ha terminado. Que sigan las celebraciones, pero ya fuera del castillo. —Su voz sonó hueca, forzada, pero nadie se atrevió a contradecirlo.

La música volvió a llenar el aire, aunque más tenue. Los hombres y mujeres allí presentes comenzaron a levantarse con el leve cuchicheo de lo que había ocurrido antes con el problema de los campesinos y de cómo lo habían tratado de revolver cada uno de los *lairds*.

Ailis se movió por el borde del salón, intentando pasar desapercibida, pero no lo consiguió.
Alastor se acercó despacio, con su andar firme y sereno, sin apartar la mirada de ella.

—¿Y tú? —preguntó al detenerse a su lado. Su voz era grave y la envolvió sin necesidad de alzarla—. ¿Qué te ha parecido la solución del Maldito *highlander*?

Ailis tragó saliva, pero no lo miró. Fingió observar a un grupo de damas al otro extremo del salón jugando con la copa entre los dedos.

—Supongo que sabrás muy bien cómo fingir ser un hombre justo —respondió con tono cortante—. Lo has hecho para que todos piensen que eres un buen hombre.

Alastor ladeó la cabeza, divertido.

—¿Y tú no lo piensas?

Ella se giró entonces, enfrentándolo por fin. Sus ojos brillaban con rabia.

—No me engañas, Alastor MacKinnon. Puedes tener modales y palabras suaves, pero eso no cambia lo que eres. —Su voz se

rompió, pero se mantuvo firme—. Eres un MacKinnon, y por tus venas corre la misma sangre maldita que arrasó mi hogar hace años.

Alastor no apartó la vista de ella. Sus labios se curvaron, sin burla, solo con una calma tan peligrosa como aquellas palabras que se había atrevido a decir.

—Quizá —dijo al fin—. Pero no siempre la sangre dice quién es uno… a veces solo quién fue su enemigo.

Ailis respiró hondo, intentando mantener el control. Quiso responder algo, pero no encontró palabras. Lo odiaba. Odiaba su voz, su serenidad, la manera en que no parecía afectado por nada.
Y más que nada, odiaba esa parte de sí misma que, por un segundo, había creído ver nobleza en sus ojos.

Se apartó de él con un movimiento brusco, dispuesta a no volver a mirarlo.

Pero Alastor, todavía la observaba mientras se alejaba, pensó que por primera vez en mucho tiempo una mujer no le había temido, ni lo había deseado… sino que lo había desafiado. Y eso, resultaba infinitamente más atrayente para él.

# Capítulo 11

## Alastor

El salón quedó medio vacío cuando la música se apagó. Las velas parpadeaban ya consumiéndose en los candelabros. Algunos criados recogían los restos del banquete mientras los invitados se marchaban poco a poco.

Yo seguía de pie, junto a una de las columnas, con la copa intacta entre los dedos. No había probado ni una gota.

Fer se acercó en silencio. Su sombra se proyectó en el suelo, ancha y firme.

—¿Qué te parece, *laird*? —preguntó con ese tono cansado que usaba cuando ya sabía la respuesta.

—El viejo Campbell no me gusta —dije sin apartar la vista de la puerta por la que había salido Ailis—. Es terco y orgulloso, y no confía en nadie. Pero tiene miedo. Lo vi en sus ojos cuando hablé a su gente.

Fer resopló.

—Le dolió que los campesinos te escucharan a ti más que a él. No creo que lo olvide. A mi parecer has cometido un error. No entiendo por qué lo hiciste.

—No espero que lo haga nadie—respondí. Dejé la copa sobre la mesa y crucé los brazos—. Un buen general no puede dejar que sus hombres terminen matándose por orgullo. Recuerda eso.

Fer dudó un segundo antes de preguntar lo que de verdad le quemaba en la lengua.

—¿Y la muchacha?

Mi mandíbula se tensó.

—Ailis Campbell. —El nombre me sabía dulce pero sabía que iba a acabar doliendo, había algo en ella que no iba a ser fácil de ignorar—. Tiene fuego en la mirada. No es como otras hijas de la nobleza.

Fer soltó una carcajada breve.

—‹‹Fuego en la mirada››. En mi tierra eso suele acabar con hombres ardiendo por dentro.

Lo miré sin sonreír.

—Quizá. Pero no es cualquier mujer. —Hice una pausa—. Y yo no soy como cualquier hombre.

Fer me observó con atención, sin entender del todo.

—¿Qué vas a hacer con ella? —preguntó al fin.

—Lo mismo que haría con un enemigo que lleva una espada oculta bajo la falda —dije despacio—. Desarmarla.

Fer arqueó una ceja.

—¿Y cómo piensas hacerlo? No creo que sirva con darle órdenes.

—No —murmuré, mirando la puerta vacía del salón, como si aún pudiera verla marcharse con esa rabia ardiendo en los ojos—. Las órdenes no bastan con una mujer así. Hay que ir despacio.

Fer se cruzó de brazos, expectante.

—¿Despacio?

—Sí —respondí—. Dejar que crea que tiene el control. Que piense que me reta y que puede ganar. Y cuando baje la guardia… —Di un leve golpe con los nudillos sobre la mesa—. La tendré justo donde quiero.

—¿Y dónde es eso, mi *laird*? —preguntó, medio en broma.

Lo miré de reojo.

—En mis manos. Bajo mi cuerpo. La haré mía y terminará creyendo que soy el mismo Dios que le dio vida.

Fer soltó un silbido bajo.

—No sabía que tenías tanta paciencia para el juego.

—No es un juego —le corté con voz baja—. Es una venganza.

Fer frunció el ceño.

—Recuerda que la venganza es algo peligroso, y como ya dije, podemos acabar derrotados de nuevo.

Asentí despacio.

—Por cada hombre que el clan Campbell quemó vivo. Por cada cuerpo de los nuestros que arrojaron al mar sin nombre. —Mi voz bajó un tono, más grave—. Si tengo que casarme con uno de ellos, al menos me aseguraré de que su linaje se apague conmigo.

Fer me miró un momento, en silencio.

—¿Y si te equivocas con ella? —preguntó al fin—. Si no es como los demás Campbell.

No respondí.

Porque, en el fondo, había algo en esa pregunta que no quería escuchar.

Fer suspiró y me dio una palmada en el hombro.

—Entonces el juego empieza. Pero cuidado, *laird*… los fuegos que uno enciende a veces no se apagan cuando uno quiere.

No dije nada. Solo me quedé mirando la copa, imaginando el rostro de Ailis Campbell, esa mirada altiva que me desafiaba incluso sin decir palabra.

Si quería guerra, la tendría. Solo que no con espadas. Con paciencia. Con deseo. Con todo lo que ella juraba no sentir.

# Capítulo 12

## Ailis

El alba ya estaba despuntando cuando me vistieron. Mi madre ya no vivía, así que fueron las mujeres mayores de la casa quienes me peinaron y se ocuparon de todo: mi vestido bordado con hilo dorado, el emblema de los Campbell en un hombro clavado sobre la tela, flores silvestres entrelazadas en el cabello. Sentí el peso de sus miradas: damas, criados, parientes, todos al tanto de que ese día no solo unía clanes, sino destinos.

El gran salón de celebraciones estaba preparado para la ceremonia. Tapices con los escudos de nuestro apellido Campbell y de los McKinnon colgaban de las paredes. Alfombras gruesas cubrían el piso de piedra. Se habían colocado bancos de madera, decorados con hojas de acebo y ramas de pino, y al frente un altar frente al gran fuego de la chimenea, cuyas llamas parecían gritar como si conocieran el drama que aquel día traería para mí.

Músicos tocaban gaitas y el laúd. El viento que entraba por las ventanas amplias olía a tierra húmeda, a bosque y a brebajes dulces preparados la noche anterior. Se sirvió cerveza, pan negro, carne de venado asada, ternera estofada, nabos, guisantes, queso duro, manzanas al horno con miel. Durante la mañana se alzaron trompas anunciando la llegada de invitados.

El ritual del *handfasting* se iba a realizar justo después de los votos. Los padrinos besarían el cordón de tartán de ambos clanes, se atarían las manos de Alastor y las mías, para simbolizar nuestra unión. Eso bajo los ojos de ancianos, sacerdotes, y todos los invitados clave. Era una costumbre antigua en las Highlands, una forma de mostrar el juramento públicamente,

Cuando Alastor entró, el ruido de las gaitas pareció agigantar su figura. De nuevo esa piel dorada, ese cabello oscuro y ondulado hasta los hombros hacía que mi cuerpo se estremeciera sin poder evitarlo. Esta vez se veía diferente, portaba jubón de cuero, piernas fuertes, espalda grande. Todo en su porte era autoridad. Mi corazón golpeó fuerte, pero cerré los ojos un instante para recordarme que iba a casarme, no a perderme en ese cuerpo que me hacía temblar.

Mi padre tomó la palabra. Dijo unas palabras para que todos los allí presentes supieran que esa boda ya había sido anunciada con tres semanas de antelación como la iglesia exigía, y después de aquellas palabras junto al sacerdote, me miró a mí, después a Alastor, y dijo:

—Que esta unión sea vista como paz. Que los Campbell y los McKinnon sean uno a partir de hoy. Que los lazos de sangre se aten con respeto, no con espada.

Entonces, Alastor se acercó. Tomó mi mano derecha. Las cuerdas del tartán estaban listas. Los invitados quedaron en silencio. Las manos de Alastor y las mías se ataron suavemente con la cinta del tartán McKinnon mezclado con el Campbell. Había flores pequeñas, musgo verde, ramitas de brezo entre la cinta, como los adornos que uno encuentra en los bosques húmedos de Las Highlands. Su pulso, firme; el mío, un tambor sin ritmo.

—Juráis —dijo el sacerdote—, frente a vuestros clanes, hablar verdad, proteger vuestros hogares, cuidar del honor y no quebrantar lo que hoy unís.

Alastor me sostuvo la mirada, aquellos ojos eran tan oscuros que vi reflejada mi propia rabia, mi propia resistencia. Yo juré silencio de corazón si hacía falta, juré obediencia de palabra, pero no de alma.

Después del *handfasting*, las copas se alzaron en brindis: hidromiel para los ancianos, vino suave para quienes prefirieron,

cerveza fuerte para campesinos. Se comió carne asada, se cortó pan, se compartieron platos de pescado de río, pasteles de avena. Los tambores y las gaitas llamaron a bailar a todos. Bailes tradicionales en círculo, risas, pasos torpes de quienes no bailaban con frecuencia.

Mi hermano Finlay estaba cerca, vestido con su túnica simple, observando con orgullo, pero también con preocupación. Vi cómo su mirada se cruzaba con la de Alastor cuando este me acercaba un vaso de hidromiel con la mano. Sonrió desde la lejanía como si quisiera animarme.

Allí todo vibraba con el sonido de las gaitas y el repiqueteo de los tambores. Las copas tintineaban, los hombres bebían y las mujeres cuchicheaban entre sí, comentando lo bien que había salido la unión. Entonces mi padre, el *laird* Campbell, avanzó con paso decidido entre los invitados hasta acercarse a mí. Llevaba el rostro rojo por todo lo que había bebido, la frente perlada de sudor y la copa alzada como si fuera el rey de toda Escocia.

Se detuvo frente a mí y de Alastor. El silencio fue cayendo en torno como una pesada manta.

—Hija mía —dijo mi padre, y alzó la voz más de lo necesario—. Ahora ya no me perteneces. Desde este día eres de los McKinnon. Sé lo que tienes que ser: obediente, callada cuando tu marido hable y alegre en la cama cuando él lo reclame. Ese será tu honor como mujer.

Los hombres a nuestro alrededor rieron. Un par de mujeres desviaron la mirada, incómodas de escuchar aquellas palabras que un padre pronunciaba a su hija. Sentí el estómago encogerse, la sangre subir a mis mejillas. No era la primera vez que me humillaba,

pero hacerlo en público, de esa forma… Me mordí el labio para no soltar un grito.

Volví los ojos hacia Alastor, esperando, deseando que dijera algo, que frenara aquella crueldad. Pero él se mantuvo de pie, firme como una muralla, con esa expresión impenetrable que me exasperaba. Nada. Ni una palabra.

—¿Y tú? —le espeté, con la voz quebrada de rabia—. Mi marido, ¿piensas quedarte callado mientras él me trata como a una yegua de cría?

Todos los que estaban cerca se quedaron esperando respuesta. Alastor giró levemente la cabeza, y sus ojos los clavó en mí. Apenas pude ver una chispa de interés, de provocación.

—No confundas mi silencio con aceptación, Campbell —replicó él en un murmullo grave—. Escucho más de lo que crees.

—Pues escúchame bien —le corté con dureza—: ni sueñes que seré esa mujer sumisa que mi padre espera. Si pretendes tomarme, tendrás que hacerlo a la fuerza, porque yo no me entregaré nunca a ti.

Mi padre bufó como un toro. Dio un paso adelante y me sujetó el brazo con fuerza, haciéndome girar hacia él.

—¡Cállate, desvergonzada! —escupió entre dientes—. ¿Así agradeces que tu clan haya evitado más guerra? ¡Con insolencia! Harás lo que se espera de ti, quieras o no.

Intenté soltarme, pero su mano me apretaba como un hierro fuerte. Fue entonces cuando Finlay se abrió paso entre los invitados, pequeño pero decidido, con los puños cerrados y los ojos encendidos.

—¡Suéltala! —gritó, aunque mi padre no cedió—. No dejaré que la humilles más.

Mi padre lo miró de reojo, con esa mezcla de desdén y fastidio que siempre usaba con él.

—Tú cállate, mocoso. Esto no es asunto tuyo.

—Claro que lo es —replicó Finlay, y se plantó delante de mí, como un escudo para intentar protegerme—. Es mi hermana. Y no dejaré que nadie, ni siquiera tú, la obligue a hacer lo que no quiere.

Los murmullos crecieron. Algunos invitados sonrieron divertidos por la osadía del niño. Otros meneaban la cabeza negando lo que se había atrevido a hacer.

Alastor observaba, con los brazos cruzados sobre el pecho, como si estuviera disfrutando del espectáculo frente a sus ojos. Finalmente dio un paso al frente, inclinándose hacia Finlay.

—Vaya… —dijo con un tono grave, pero cargado de ironía—. Un pequeño guerrero.

—No me importa lo que digas de mí —escupió Finlay—. No dejaré que le hagas daño a mi hermana.

El salón contuvo el aliento. Esperaba que Alastor lo apartara de un empujón, que lo ridiculizara. Pero no. Bajó un poco la voz y lo miró directamente a los ojos.

—Si lo que quieres es protegerla, entonces ven con nosotros —dijo despacio—. Estoy seguro de que desde lejos no podrás hacerlo.

Finlay se quedó rígido, con la boca entreabierta. Su bravura tembló un instante, pero no se apartó.

Yo miraba a Alastor, incrédula. Era como si me hubiera robado de un golpe no solo a mí, sino también a mi hermano, a mi único aliado. Pero en cierto modo era algo bueno para ambos, seguiríamos juntos.

—¿Eso es lo que quieres? —le dije—. ¿Robarle a los Campbell lo último que les queda? ¿Usar a un niño como parte de tu juego de poder?

Alastor me sostuvo la mirada sin pestañear.

—No lo subestimes, Campbell. Tiene más valor que muchos hombres que he visto en batalla. Quizá contigo no, pero conmigo aprenderá lo que significa proteger a alguien.

Mi padre, satisfecho con aquella propuesta, levantó la copa otra vez y dijo con tono triunfal:

—¡Así se habla! Que aprenda disciplina de una vez. Y tú, hija mía… —me clavó los ojos, con un gesto duro—. Deja de desafiar. Desde hoy eres de los McKinnon. Y si no sabes cómo comportarte, será tu marido quien te doblegue.

Yo me quedé helada, clavada en el suelo, con el brazo todavía doliendo por la presión de mi padre.

No dije nada más. Pero dentro de mí, lo juré. Jamás me doblegaría. Ni por mi padre, ni por Alastor.

Salí a la galería de piedra, con el aire frío de la noche golpeándome en la cara, intentando que borrara el calor que me quemaba por dentro. Caminé hasta apoyarme en un pilar, y allí me dejé caer, con los brazos rodeando mis rodillas.

Unos pasos menudos sonaron detrás de mí. No necesité mirar.

—Ailis… —la voz de Finlay era suave.

Me pasé la mano por el rostro, intentando que no me viera llorar.

—Vuelve dentro, Finlay. No quiero que te metas en problemas por mi culpa.

—No pienso dejarte sola —contestó sin titubear. Se sentó a mi lado, cruzando los brazos igual que yo, imitando mi gesto. Luego añadió—: Si tú te vas con los McKinnon, yo voy contigo.

Giré la cabeza hacia él, con el corazón en un puño.

—Eres un niño. No sabes lo que dices.

Él alzó la barbilla con una dignidad que me desarmó.

—Claro que sé. No voy a dejar que ese Alastor te haga daño. Si intenta obligarte… yo estaré allí.

Tragué saliva, sin poder evitar que se me escapara una risa amarga. Era valiente, pero demasiado niño para entender ciertas cosas.

—¿Y qué harás? ¿Plantarte frente a él como hoy en el salón? Te sacaría del suelo de un manotazo.

Finlay frunció el ceño, apretando los puños.

—Entonces me levantaré una y otra vez. No importa lo grande que sea, no importa lo fuerte que pegue. Soy tu hermano, Ailis. Y mi sitio está donde estés tú.

Me quedé en silencio, mordiéndome el labio para no soltar un sollozo. Al final lo rodeé con los brazos y lo apreté contra mí, escondiendo la cara en su pelo rubio, el mismo que nuestro padre había lucido de joven, pues ahora era canoso.

—Eres tan terco como yo —susurré—. Y eso me asusta, porque temo que te rompan por mi culpa.

—No voy a romperme —replicó él enseguida, como si odiara mostrar debilidad—. Y si lo hago, pues qué mejor que sea peleando por ti.

Me aparté un poco para mirarlo a los ojos. Esa valentía infantil, ese fuego puro, me atravesaron como un cuchillo.

—Entonces prométeme una cosa, Finlay —dije con seriedad—. Pase lo que pase, no dejes que nadie apague ese fuego que llevas dentro. Ni siquiera tu clan.

Él asintió, muy serio.

—Lo prometo.

Nos quedamos un rato en silencio, oyendo a lo lejos la música y las carcajadas del salón.

Apenas habían pasado unos minutos desde que las hogueras del salón se encendieron y los invitados alzaron las copas en brindis, cuando el sonido de cascos retumbó en el patio. Aquello ya no era música, ni celebración: eran los hombres del clan McKinnon. Llegaron con la urgencia de quien obedece órdenes innegociables, vestidos de tartán oscuro y con las espadas bien visibles al cinto.

—Es hora de partir —anunció el mayor de ellos con voz seca, mirando directamente a mi hermano.

El mundo se me vino encima, pues yo sabía que la marcha estaba cerca, pero en el fondo, no era un deseo. Mi padre se acercó detrás de aquellos guerreros, se quedó mirándome a mí y también a Finlay como si quisiera asegurarse de que comprendíamos lo inevitable. Me tomó del mentón con rudeza, un gesto que pretendía ternura y sólo logró humillarme.

—Id con ellos —dijo—. Es vuestro deber. Y tú, hija, recuerda lo que te he dicho: sé sumisa y dale alegrías en la cama a tu esposo.

De nuevo otra vez hizo que me ardieran las mejillas, más por la rabia que por la vergüenza. Finlay dio un paso hacia adelante, interponiéndose entre mi padre y yo, con esa valentía que siempre le nacía del corazón.

—¡No habléis así a mi hermana! —protestó con los puños cerrados.

El silencio se rompió solo por la respiración de los caballos que aguardaban en el patio. Yo apreté los labios para no gritar y me giré hacia Alastor, que observaba la escena sin pronunciar palabra desde una esquina del lugar. Sus ojos oscuros no pestañeaban, como si quisiera que yo misma descubriera la verdad de quién era mi padre. Esa pasividad me dolió aún más.

—Ni sueñes que seré la mujer dócil que él espera —le escupí otra vez para dejar claro que lucharía por mi cuerpo, mirándole de frente—. Imagino que lo sabes: no soy de esas. Si pretendes tomarme, deberás hacerlo por la fuerza.

Alastor inclinó levemente la cabeza, como si aceptara el reto sin sorpresas.

El McKinnon que había hablado primero asintió. Entonces nos empujaron con decisión hacia el carro que aguardaba. Otro, más adornado y sólido, esperaba detrás: era el del *laird*. Y fue ahí,

mientras subía con Finlay al nuestro, cuando comprendí que no viajaríamos juntos.

# Capítulo 13

## Ailis

El carro avanzó, el nuestro delante, el del él detrás. El polvo del camino nos envolvía, y mi mente se llenaba de preguntas sin respuesta. ¿Por qué me separaba de él en ese primer trayecto? ¿Era un gesto de desprecio? ¿O, peor aún, buscaba distraerse con otra mujer en su carro mientras yo me marchaba como un simple objeto de mi clan?

La duda me heló por dentro, pero pronto descubrí algo aún más perturbador: me ardía la idea de que pudiera reír con otra. Me sorprendí a mí misma… celosa.

El carro crujía bajo el peso de la madera mientras avanzábamos por el camino polvoriento. Finlay se acomodó a mi lado, dejó los pies colgando casi tocando las ruedas, y me miraba con ojos enormes, llenos de curiosidad y un poco de miedo.

—Hermana… —empezó a hablar con su voz tímida pero impaciente de saber—. ¿Dónde está… Alastor? ¿Por qué no va con nosotros?

Me mordí el labio, intentando contener la rabia y la confusión que me ardían por dentro. Miré hacia el carro que nos seguía a cierta distancia: allí, iba el *laird* McKinnon. No lo veía del todo, pero mi imaginación no necesitaba más.

—Está en el carro de atrás, Finlay —respondí, con voz fría—. Va con sus hombres.

Finlay frunció el ceño, intrigado. —¿Y eso… es normal? ¿Por qué no vamos todos juntos?

Me pasé la mano por la frente y respiré hondo, intentando que mi frustración no se me notara demasiado. Mientras más lo pensaba, más oscura se volvía la sensación en mi estómago.

No respondí porque no tenía la respuesta a su pregunta.

Finlay no dijo nada, pero sentí cómo su mano buscaba la mía, aferrándose con confianza.

—Hermana… —volvió a susurrar—. ¿Estás bien?

Lo miré y me obligué a sonreír débilmente. —Sí… sí, solo estoy pensando.

Pensar no ayudaba. Cada golpe de las ruedas contra alguna piedra me hacía imaginar escenas que no quería. Escenarios donde Alastor besaba a otra, con un brillo en los ojos que no era para mí, y yo atrapada en este carro, inútil para detenerlo. Me sorprendí a mí misma con una sensación que no había sentido antes: celos. Celos de algo que quizá ni siquiera existía.

—Hermana… ¿crees que él… me querrá alguna vez? —preguntó Finlay, con la ingenuidad de quien cree que las respuestas son sencillas.

—No lo sé, pequeño —contesté con sinceridad—. No lo sé. Pero sé que él… él es de otro mundo, Finlay. Y yo… bueno, yo no sé si quiero que me mire de la forma que todos esperan. Así que tú tampoco deberías esperar nada parecido por su parte, hermano.

Finlay asintió lentamente, como si entendiera más de lo que dejaba ver. Se recostó contra mi brazo y añadió, con su habitual valentía que me conmovía:

—No te preocupes. Si alguien intenta hacerte daño… yo estaré allí.

Mi corazón se encogió y un calor extraño me subió por la garganta.

—Eres muy valiente… más valiente de lo que yo era a tu edad —dije, y me sobresalté a mí misma con el tono casi maternal que salió de mis labios.

—No, hermana —dijo él—. Soy solo como tú me enseñaste. Fuerte. Nunca dejaré que te hagan daño.

De nuevo lo que decía me golpeaba el interior de una forma que no esperaba. Me apoyé en el respaldo de paja del carro, dejando que el viento me despeinara el cabello y el polvo del camino cubriera mi vestido. Por un instante, todo lo que me había quemado por dentro se calmó.

Pero detrás, en el carro de Alastor, seguía la sombra de su presencia, esa sombra que me hacía palpitar de miedo, de duda… y, sin querer, de un fuego que no había sentido antes.

—Hermana… —volvió a decir Finlay, con voz suave—. ¿Te asusta?

—Sí —admití, dejando escapar un suspiro—. Pero él jamás lo sabrá. Él me miró, extrañado, y yo añadí en mi cabeza para que nadie más lo escuchara: *Me asusta perderlo… aunque aún no me pertenezca.*

Finlay apretó mi mano, y su calor me hizo recordar que no estaba sola. No del todo. Mientras el carro seguía su trayecto entre colinas y bosques, sentí cómo el miedo y los celos se mezclaban con otra emoción nueva: la anticipación. Anticipación de lo que vendría en Dunnottar, de lo que Alastor esperaba de mí, y de lo que yo empezaba a darme cuenta de que podía querer… incluso si no quería admitirlo.

El sol bajaba, tiñendo de rojo las nubes, y al mirar hacia atrás, hacia el carro de Alastor, un pensamiento inesperado me cruzó: tal vez no me desprecia. Tal vez me está poniendo a prueba. Tal vez… estaba empezando a jugar conmigo.

Y mientras el paisaje cambiaba, y los árboles se cerraban, supe que este viaje sería el primero de muchos desafíos. Pero también supe, con un escalofrío que me recorrió la espalda, que algo en mí comenzaba a cambiar, algo que ni siquiera Finlay podría proteger del todo.

El viaje se convirtió en un lento arrullo. El traqueteo del carro, el vaivén de los caballos, y la voz tranquila de Finlay murmurando cuentos imaginarios me arrastraron al sueño sin que me diera cuenta. Cuando abrí los ojos, el paisaje había cambiado: los bosques y colinas habían quedado atrás, y ante nosotros se extendían las tierras de Dunnottar, con el río que serpenteaba alrededor del castillo y pequeñas casas de campesinos pegadas a sus márgenes.

El carro se detuvo suavemente y, antes de que pudiéramos bajar, escuché la voz de Alastor, de nuevo firme y controladora:

—¿Ha sido cómodo el viaje? —preguntó, con esa autoridad que imponía hasta sin alzar la voz—. ¿Tenéis hambre? La cocinera os preparará algo rico antes de que os vayáis a dormir.

Finlay asintió con entusiasmo y yo solo pude asentir, sintiendo que mi estómago se encogía un poco ante la cercanía de Alastor.

Cuando cruzamos la puerta del castillo, un escalofrío me recorrió. La oscuridad nos recibió de inmediato: cortinas corridas que no dejaban pasar la leve luz de la luna, candelabros escasos que apenas iluminaban los escalones, y un aire frío y triste que se pegaba a las paredes. Todo parecía sumido en una melancolía silenciosa.

El *laird* desapareció tras una puerta cercana al salón, dando órdenes escasas, y nos dejó a solas un instante. Entonces una doncella se acercó, con un andar muy ligero y voz amable:

—Síganme, por favor —dijo—. Les llevaré a la cocina, donde en segundos podrán llenar sus estómagos para dormir plácidamente. Las habitaciones ya están listas. Y si necesitan cualquier cosa, mi nombre es Roberta; estaré siempre dispuesta a ayudarles.

Miré alrededor, absorbiendo cada resquicio del lugar, y no pude contener la pregunta que me quemaba la garganta:

—¿Qué ha ocurrido entre estas paredes? —pregunté, transformando la voz casi en un susurro—. Hay tanta tristeza… ni siquiera en mi castillo, tras la muerte de mi madre, se respiró tanta desesperación.

Roberta me miró por un instante, con un brillo extraño en los ojos, pero de repente negó con la cabeza y se apresuró a dar un paso hacia la cocina:

—Voy a por la sopa, ya debe estar lista —dijo con rapidez.

Y se desvió, dejándome con Finlay, y con la duda latiendo fuerte en mi pecho. La sensación de vacío que había percibido al entrar se intensificó, mezclada con un ligero miedo: algo en Dunnottar no estaba bien, y no sabía si los muros del castillo nos aceptarían o nos rechazarían por haber entrado.

Finlay me tomó de la mano, como intentando darme seguridad, y me preguntó:

—¿Te asusta, hermana?

Asentí sin mirarlo, tratando de aparentar firmeza, aunque en el fondo sentía un frío que no venía del aire: venía de la historia que aquel castillo guardaba con recelo.

Mientras descendíamos por un pasillo que olía a piedra húmeda, escuché la voz de la cocinera que nos llamaba y sentí cómo la comida, el calor de la cocina, el aroma de la sopa empezaba a desplazar un poco el nudo en mi estómago. Pero la pregunta seguía allí, clavada, ¿qué había hecho que Dunnottar respirara tanto pesar?

Y supe que no tendría respuesta por un tiempo.

La cocina estaba cálida, un contraste abrumador con el frío y la oscuridad del castillo. El fuego en la gran chimenea iluminaba los rostros de la cocinera, y Roberta, y el aroma de la sopa recién eran más que suficientes para aquella noche. Finlay se dejó caer en un banco de madera con un suspiro de alivio, mientras yo me sentaba frente a él.

—Tranquilos, la sopa está lista —dijo Roberta, colocando un par de cuencos humeantes delante de nosotros—. Comeréis bien antes de ir a dormir.

Finlay se inclinó hacia mí.

—Hermana… ¿crees que estaremos bien aquí?

—Sí —mentí para darle seguridad, pero no estaba segura—. Por ahora… sí.

Empezamos a comer en silencio. Finlay sorbía la sopa con hambre, mientras yo apenas tocaba la mía, absorta en los sonidos lejanos del castillo: pasos que resonaban, puertas que se cerraban, una extrañez en aquel lugar que parecía guardar secretos. Cada dibujo que proyectaba el fuego me hacía recordar la oscuridad del pasillo que habíamos dejado atrás.

—Tú… —dijo Finlay de repente—, ¿sabes algo más de Alastor?

Tragué un poco de sopa, intentando mantener la calma. No quería que el pequeño advirtiera mis pensamientos más oscuros y confusos.

—No lo sé —respondí, tratando de sonar segura—. Pero no significa nada, Finlay. Solo… ya lo veremos.

Él frunció el ceño, insatisfecho, pero decidió no insistir. Se inclinó sobre su cuenco y comenzó a comer más rápido, como si el acto mismo de alimentarse le diera seguridad.

Entonces, escuchamos el sonido de pasos sobre la piedra del suelo del pasillo. Mi corazón se aceleró. La puerta de la cocina se abrió lentamente y apareció Alastor. Su presencia llenó el espacio inmediatamente: la luz del fuego iluminaba su piel dorada, su cabello oscuro y su porte era imponente, incluso cuando decidió sentarse sobre uno de los bancos de la cocina.

—Espero que la sopa esté a vuestro gusto —dijo.

Finlay se levantó de inmediato, casi protegiéndome con su pequeño cuerpo. ¿Qué le piensas hacer a mi hermana?

Alastor lo miró, evaluándolo, y una ligera sonrisa curvó sus labios, como si encontrara diversión en la audacia del pequeño.

—Nada que no quieras que ocurra —dijo con calma.

Finlay me lanzó una mirada preocupado, y yo le agarré la mano con fuerza. No iba a dejar que el miedo lo dominara, pero tampoco podía tranquilizarlo del todo.

—No te preocupes, pequeño —dije—. Todo estará bien.

Alastor se inclinó un poco hacia mí, quedándose demasiado cerca, y mi cuerpo reaccionó sin que pudiera controlarlo: un

estremecimiento recorrió mi espalda.

—¿Qué opinas de la sopa? —preguntó, y su mirada se clavó en la mía, tan intensa que me hizo olvidar la oscuridad y mis miedos por un instante.

—Está… —comencé, pero no pude terminar. Sus ojos me atraparon y el calor de su presencia me hizo titubear—. Está bien.

No dijo nada más, solo observó, y la tensión creció, densa entre nosotros. Sabía que sus pensamientos eran tan complejos y peligrosos como él mismo, y esa certeza me hizo arder de miedo.

Finlay me miraba, curioso, intentando entender por qué me quedaba tan rígida. —Hermana… —susurró—. ¿Te encuentras bien?

—¡Claro! —respondí, y sentí cómo mi corazón se aceleraba solo con estar cerca de él.

Alastor finalmente se incorporó, se alejó un paso y dijo:

—Las habitaciones están listas. Dormid bien. Mañana comenzaremos con el recorrido por Dunnottar y… recibiréis algunas instrucciones importantes.

Se giró y salió, dejando tras de sí un silencio. Finlay y yo nos miramos, compartiendo un mismo pensamiento: éramos sus prisioneros.

Finlay suspiró y empezó a comer otra vez, mientras yo me apoyaba en la pared de piedra, dejando los pensamientos salir y girar en torno a Alastor, a Dunnottar, y a lo que significaba ser una McKinnon. La sombra de lo que vendría nos esperaba, y no había escapatoria.

Roberta nos condujo hasta nuestras habitaciones separadas, y nos dejó con un simple gesto de mano. La alcoba era austera:

paredes de piedra desnuda, un par de candelabros con velas encendidas y un lecho con sábanas limpias y un camisón sobre una butaca. Finlay cerró la puerta tras de sí y se volvió hacia mí, con el ceño fruncido y ojos suplicantes.

—Hermana… ¿puedo dormir contigo esta noche? —preguntó con algo de miedo a mi respuesta—. No quiero estar solo.

Lo miré, y un nudo me subió a la garganta. Si le decía que sí, sería más fácil para él, sí, pero más difícil también cuando tuviese que marcharse de mi lado. Así que decidí imponer ahora mi decisión para evitarle sufrimiento después.

—No, Finlay —dije, con voz suave—. Esta noche dormirás en tu cama. Es mejor así.

Sus ojos se llenaron de decepción, y yo sentí un pellizco en el corazón.

—Pero… —empezó, y me incliné hacia él, tomando su rostro entre mis manos—. Pero estarás bien, te lo prometo.

Asintió con un suspiro resignado y se alejó hacia su alcoba. Lo acompañé y le ayudé a acomodarse entre las sábanas con cuidado. Lo miré un instante más, asegurándome de que estaba tranquilo, deposité un beso en su frente y regresé a mi alcoba para descansar.

Me desvestí con cuidado y me coloqué aquel camisón que Roberta había dejado para mí, sintiendo la frialdad del castillo en mi piel al dejarlo caer sobre mi cuerpo. Me senté en la orilla de la cama un momento, respirando hondo y dejando que la soledad me envolviera por completo. El silencio era pesado.

Un golpe suave en la puerta me hizo dar un respingo.

—¿Quién es? —pregunté, y el corazón comenzó a palpitar más rápido de lo que hubiera querido.

—Soy yo —dijo la voz grave y profunda de Alastor—. Venía a darte las buenas noches… a mi esposa. Y a saber si necesitas algo para poder descansar.

Un hormigueo recorrió mi estómago desde la base del cráneo hasta la coronilla. Me giré de espaldas a la puerta, conteniendo un temblor, y dije con un hilo de voz:

—Pasa…

# Capítulo 14

## Ailis

La puerta se abrió lentamente, y el sonido de sus pasos al entrar llenaron la habitación. Cada movimiento suyo parecía medir el espacio, y yo sentí cómo mi respiración se aceleraba. No estaba segura de qué iba a ocurrir, solo sabía que ese hombre no había venido solo a desearme buenas noches.

Mi corazón latía con fuerza mientras él se acercaba, y por primera vez en todo el día, sentí que la distancia entre lo que yo quería y lo que él podía provocar se reducía peligrosamente. Yo seguía dándole la espalda.

Y así quedó la habitación: yo con aquel camisón tan fino, con el corazón enloquecido, y él, imponente y seguro de sí mismo, de pie a pocos pasos, seguramente observándome con una intensidad que hacía que todo mi cuerpo se erizara hasta sin poder verlo.

Antes de que pudiera darme cuenta, sentí sus manos posarse sobre mis hombros. Un escalofrío recorrió mi espalda y dejé escapar un suspiro involuntario. No podía negarlo: había estado esperando algo así y, al mismo tiempo, temía cada centímetro de su cercanía.

—Ailis —dijo, su voz baja, ronca—, no puedo negarlo. Te deseo… y ahora mismo podría tomarte.

Un nudo se formó en mi estómago, y mi mente luchó entre la rabia y la fascinación. Me giré un poco, intentando mantener cierta distancia, pero mi cuerpo respondía por sí mismo.

—¿Y por qué no lo haces? —pregunté, con un hilo de voz, mirando a sus ojos—. ¿Tienes otras mujeres para saciar tu hambre? ¿Es por eso por lo que puedes contenerte conmigo?

Alastor negó con la cabeza, sin apartar sus manos de mis hombros. Su mirada era intensa, penetrante, como si pudiera leer cada pensamiento que intentaba ocultar.

—No es necesario tener a otra mujer para contenerme —dijo con calma—. Se llama autocontrol, y digamos que de eso tengo mucho.

Sentí un estremecimiento recorrerme. De pronto lo vi mirar fijamente mis pechos y automáticamente los cubrí con mis manos, pero él me las apartó y las colocó sobre su pecho. Lo miré a los ojos, y mi respiración se aceleró todavía más sin que pudiera evitarlo. Su altura, su robustez, la fuerza que aparentaba cuando mirabas cada músculo de su cuerpo… todo él era peligroso, y ahora sentir aquello que estaba bajo las palmas de mis manos... Su corazón latía también desbocado.

Lo sentí, y no pude evitar que mis ropas finas dejaran traslucir ni la forma de mi pecho ni mis pezones endurecidos.

En ese momento supe que lo siguiente sería querer besarme, y me humedecí los labios con la ayuda de mi lengua para prepararlos.

—Mi cuerpo reacciona ante ti, mujer —dijo en voz baja—. Lo sientes, ¿no?

Su voz también hizo que me estremeciera y de nuevo volví a emitir un pequeño jadeo.

Alastor dio un paso más cerca, acortando la distancia entre nosotros. Pude sentir su respiración cerca de mi rostro, y mi mente comenzó a divagar: ¿me iba a besar ya? Mis labios se humedecieron suavemente de nuevo, en mi estómago algo comenzó a revolotear sin entenderlo bien.

—Buenas noches —susurró él finalmente, después de unos instantes que parecieron eternos—. Descansa, esposa mía.

Y entonces, se giró y se marchó.

Me quedé en medio de mi alcoba, con las mejillas ardiendo por la cercanía, con el corazón acelerado, y un sentimiento extraño: mezcla de alivio, frustración y deseo.

Me recosté sobre la cama, con las manos temblando ligeramente, y respiré hondo. Sabía que lo que acababa de pasar no había sido casual, Él había hecho todo aquello adrede para que yo sintiera rabia. Era un recordatorio de la fuerza que tenía sobre mí, de que podía dominarme en cualquier momento, y de la lucha que tendría que mantener si quería conservar mi independencia.

Y, sin embargo, no podía negar el fuego que había encendido en mi interior, ese cosquilleo que se negaba a desaparecer. Cada palabra, cada contacto mínimo, cada mirada penetrante de Alastor había dejado una marca en mí. Sería una guerra silenciosa de voluntades, de deseo y de control.

Cerré los ojos, intentando calmar la mente y el corazón, pero las imágenes de sus manos, de su mirada, de su voz… todo eso seguía presente, intenso y perturbador. Su sombra permanecía tatuada en la habitación, invisible pero real.

Esa noche, mientras la luna se filtraba a través de la ventana iluminada por un hilo de luz, supe que nada volvería a ser igual. Y también comprendí algo que me aterraba: Alastor McKinnon había comenzado a trazar su dominio sobre mí, y yo no podría escapar de él, aunque lo intentara.

# Capítulo 15

## Ailis

Me desperté con el corazón acelerado y la sensación de que alguien me observaba. La habitación estaba en penumbra; el fuego de la chimenea se debía haber apagado hacía horas, se sentía el frío, y apenas quedaban brasas que daban un brillo anaranjado en las piedras.

—Ailis… —susurró una voz cerca de mi oído.

Me giré sobresaltada. Finlay estaba junto a la cama, con la manta enredada en los hombros y el rostro pálido.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —murmuré, frotándome los ojos.

—Escuché golpes —dijo en voz baja, mirando hacia la puerta—. Golpes fuertes, Ailis. Vienen de la alcoba que hay cerca de las puertas del castillo.

Me incorporé un poco, intentando escuchar, pero no oí nada salvo el crepitar débil de las brasas.

—Seguro que son imaginaciones tuyas —le dije, aunque una parte de mí no lo creía del todo—. Este castillo es viejo, Finlay. Cruje por todos lados.

—No, hermana, no son crujidos. Son golpes. Como si alguien… como si alguien estuviera golpeando el suelo —insistió, con sus ojos muy abiertos.

Estaba a punto de reírme de su ocurrencia cuando, de pronto, un ruido seco retumbó en la distancia. No era un crujido. Era un

golpe real, fuerte, repetido. *¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!*

Ambos nos quedamos paralizados.

—Por las Highlands… —susurré. Me levanté de la cama, tiré de la manta que tenía a los pies y me la eché sobre los hombros—. Vamos a ver.

Finlay me siguió sin soltarme la mano. Su palma estaba helada.

El pasillo estaba oscuro; solo un par de antorchas iluminaban el camino con un resplandor tembloroso y pobre. A cada paso sentía un poco más de miedo por saber que podíamos encontrarnos.

—No deberíamos bajar —dijo Finlay, tirando de mí hacia atrás.

—Y dejar que algo o alguien golpee así sin saber por qué… no, no puedo —respondí, apretando su mano—. Ven, no me sueltes.

El sonido se hacía más nítido conforme nos acercábamos a la gran entrada. Provenía, efectivamente, de una de las alcobas pequeñas junto a las puertas. La misma que Finlay había mencionado.

De pronto, la puerta de esa habitación se abrió de golpe y salió una de las criadas, con el cabello desordenado y el rostro rojo de enfado.

—¡Por todos los santos, ese hombre me va a volver loca! —mascullaba para sí misma—. Que si más agua, que si menos luz… ¡y esos gritos a mitad de la noche!

Pasó junto a nosotros sin vernos, murmurando cosas entre dientes, y desapareció por el pasillo que llevaba a las cocinas.

Finlay y yo nos quedamos quietos, mirándonos con los ojos muy abiertos.

—¿Crees que habrá alguien herido ahí dentro? —susurró él.

—No lo sé —le respondí, conteniendo la respiración.

La puerta había quedado entreabierta. De dentro salía una luz tenue, amarillenta. Me incliné con cuidado y asomé la cabeza para intentar ver algo. No alcancé a distinguir más que una silueta moviéndose cerca del fuego.

Entonces una voz resonó, grave, firme y sonaba enfadada:

—No espíes, muchacha. Estás en tu casa. Entra de una maldita vez, ya estabas tardando mucho.

Sentí terror al escuchar las palabras.

Di un paso atrás tan rápido que casi tropecé con Finlay. Él me sostuvo del brazo, atónito.

—¿Quién… quién ha dicho eso? —preguntó él, mirando a ambos lados.

Negué con la cabeza. No lo sabía. No lo entendía. Pero aquella voz sonaba demasiado segura, como si supiera perfectamente que yo estaba al otro lado de la puerta.

—¿Entramos? —preguntó Finlay, con un temblor en la voz que intentó disimular sin éxito.

Tragué saliva y lo miré. Parte de mí quería huir y encerrarme tras la puerta de mi habitación, pero otra parte —esa que mi padre decía que me traería problemas— necesitaba saber más.

—Sí —dije al fin—. Pero despacio.

Empujé la puerta con suavidad.

El interior estaba iluminado por una sola vela. El olor a humedad era más intenso allí dentro. No había nadie a la vista, pero se sentía una presencia.

Finlay me apretó la mano.

—No me gusta esto, Ailis.

—A mí tampoco —susurré.

Un nuevo golpe resonó, esta vez tan cerca que sentí el suelo vibrar bajo mis pies.

—¡Basta! —grité sin poder contenerme—. ¡Sea quien sea, muéstrese!

El silencio que siguió fue insoportable. Solo se escuchaba el chisporroteo del fuego.

Y entonces, en la penumbra, algo se movió. Una sombra sobre un lecho.

La voz volvió a sonar, más clara ahora, con un matiz de ironía.

—Así que eres más valiente de lo que imaginaba. Acércate, Ailis Campbell. No me tengas miedo.

Mi corazón casi se detuvo. ¿Cómo demonios sabía mi nombre?

—No vayas —dijo Finlay, tirando de mi brazo.

Pero ya era tarde.

Caminé despacio.

La habitación estaba casi a oscuras, iluminada solo por una vela consumida sobre una mesa. Y en el centro de la alcoba, incorporado en el lecho, había un hombre. Muy mayor. La piel se le veía gris, los ojos los tenía hundidos, y una manta cubría su cuerpo. Pero había algo en su mirada… una fuerza salvaje, intacta.

—Así que tú eres la nueva esposa —dijo con una sonrisa—. La Campbell.

No supe qué responder.

—¿Quién… quién sois? —pregunté con voz temblorosa.

El anciano soltó una carcajada que sonó más a tos que a risa.

—No te han hablado de mí, ¿eh? Qué curioso. —Sus ojos brillaron con un destello casi burlón—. Yo soy el *laird* McKinnon. O lo era, hasta que mi hijo decidió que ya no servía para mandar.

Finlay se pegó a mí como un cachorro asustado.

—Pero… dijeron que estabais enfermo —logré decir.

—Enfermo, no muerto —repitió él con desprecio—. Que en realidad es más cansancio de ver este castillo lleno de fantasmas, de ver a mi hijo traer aquí a los descendientes de los hombres que mataron a los míos.

Sentí un escalofrío que me recorrió entera.

—¿Por qué me habéis llamado? —pregunté, retrocediendo un paso.

El anciano sonrió.

—Porque quiero ver si es verdad lo que dicen. Que la hija del Campbell tiene fuego en la sangre. —Su voz bajó de tono—. El mismo fuego que quemó a los míos.

Tragué saliva. No podía apartar la mirada de esos ojos que parecían ver más allá del presente.

—No es cierto lo que dice. Mi clan se defendió, fueron los McKinnon quienes asediaron mi castillo en el pasado.

—Bonito cuento. Id a dormir, niña —añadió al fin, con un suspiro—. Este castillo no es amable con los que no saben escuchar sus muros.

Finlay me tiró del brazo, rogando en silencio que saliéramos.

Lo hice. Cerré la puerta despacio, sin dejar de mirarlo.

Cuando subimos las escaleras, sentía el corazón golpeándome el pecho.

—Ailis —dijo Finlay, temblando—. Ese hombre…

—Lo sé —susurré, sin dejar de mirar al frente—. Es el padre de Alastor.

No podía dormir. La vela se consumía lentamente sobre la mesita de la alcoba, proyectando sombras largas y temblorosas en las paredes. Afuera, el viento golpeaba los aleros del castillo y movía las cortinas, haciendo que la luna solo dejara escapar fragmentos de luz sobre la fría piedra del suelo. Me acomodé en la ventana y apoyé la frente contra el marco, tratando de ordenar mis pensamientos, pero la voz del anciano *laird* McKinnon resonaba en mi cabeza:

*El mismo fuego que quemó a los míos...*

Eso no podía ser cierto. Mi clan solo se defendió. Nunca quemamos a ningún hombre, ni violamos a mujeres, ni arrasamos

aldeas. Eso nos contaron siempre, generación tras generación. Siempre supimos quién era el agresor. Y, sin embargo, algo en esa voz me hizo dudar. Su tono no era solo de hombre viejo; era de alguien que conoce la verdad. Alguien que no necesita pruebas para saber lo que ocurrió.

Finlay dormía plácidamente en la cama que compartíamos, ajeno a la tormenta de mi mente. Lo observé por un instante y sentí un peso en el pecho. ¿Y si mi percepción de los hechos estaba equivocada? ¿Y si había verdades que mi clan ocultaba, que incluso nosotros, los Campbell, nunca nos atrevíamos a enfrentar, a preguntar?

Me levanté y caminé por la alcoba, dejando que la manta cayera de mis hombros. La madera crujía bajo mis pies, y cada sonido me hacía saltar. Me acerqué al escritorio donde horas antes había guardado un cuaderno, y lo abrí, para anotar algo. No podía dejar que aquello que el anciano moribundo había dicho quedase sin respuestas. Las historias de nuestros ancestros, los relatos que me contaban mi padre y los hombres del clan… todo parecía consistente, pero ahora sentía que había un hueco, un silencio incómodo que nunca había notado.

*Ellos vienen a nosotros con sus palabras de justicia, y yo debería creerlo…* murmuré, con rabia. Pero no. No puedo aceptar versiones a medias. No puedo quedarme quieta, me digo.

Sentí un temblor recorrer mis manos. Tal vez era miedo, tal vez rabia. Lo único seguro era que no podía descansar hasta conocer la verdad. Si el viejo *laird* tenía razón, si hubo horrores que mi propia sangre cometió, debía saberlo. Y si estaba equivocado… entonces debía demostrarlo, para limpiar el nombre de mi clan, aunque me costara todo.

Miré la luna otra vez, apenas visible tras las nubes. Las luces de los candelabros en el pasillo eran débiles, pero me bastaban para

decidirme.

*Buscaré la verdad,* me susurré a mí misma, con la voz firme, más firme de lo que me sentía. No me quedaré solo con lo que escucho de boca de hombres. Encontraré los registros. Encontraré los pergaminos. Lo que sea necesario.

Respiré hondo, dejando que el aire frío llenara mis pulmones y calmara, aunque fuera un instante, la ira que bullía en mi interior. Miré a Finlay y sentí que debía protegerlo de esta fiebre de curiosidad, aunque sabía que él seguiría mis pasos. Siempre lo hacía. Siempre confiaba en mí.

# Capítulo 16

## Ailis

Al amanecer, me levanté antes de que el sol pintara con su calor las piedras del castillo con sus primeros rayos. Finlay todavía dormía profundamente, y yo me deslicé sin hacer ruido fuera de la alcoba, procurando no despertarlo. La casa estaba silenciosa, excepto por el ocasional golpe de puerta o el crujido de la madera vieja.

—Roberta —llamé suavemente, encontrando a la doncella en la cocina—. Necesito… necesito información sobre nuestro pasado. Sobre las guerras de nuestro clan. ¿Hay algún lugar donde se guarden registros, documentos antiguos, pergaminos?

Roberta me miró con ojos temerosos. Tragué saliva. Sabía que muchos del castillo temían incluso mencionar la historia de los McKinnon y los Campbell, como si nombrarla pudiera despertar fantasmas.

—Hay… hay pergaminos en la biblioteca del ala norte —dijo finalmente, en un susurro—. Pero nadie entra allí desde hace años. Son antiguos, algunos anteriores a mi memoria. Nadie sabe bien qué contienen.

—Tengo que verlos —aseguré, con la voz más firme de lo que sentía—. Nadie más lo hará por mí.

Ella dudó, luego asintió lentamente.

—Está bien. Pero tenga cuidado, señorita. No todos los secretos deberían buscarse.

—Debo hacerlo —respondí, tomando la manta y recolocándomela sobre mis hombros, con Finlay apareciendo detrás

de mí, esbozando un bostezo y curioso y expectante—. Es la única manera de conocer la verdad sobre mi clan.

Juntos nos dirigimos al ala norte del castillo. El aire estaba viciado de polvo y un olor intenso a papel y madera envejecida nos envolvía. Las sombras se alargaban mientras caminábamos, y el corazón me latía con fuerza. Cada paso me acercaba a los secretos que habían permanecido ocultos durante décadas, y cada sombra parecía esconder algo que quizá no estaba del todo lista para descubrir.

Cuando llegamos a la puerta de la biblioteca nos detuvimos. La madera estaba oscura, desgastada, con tallas que apenas podía distinguir. Respiré hondo y puse la mano sobre el pomo, preparándome para abrirlo.

Sea lo que sea que encuentre ahí dentro, pensé mientras giraba el pomo, conoceré la verdad. Aunque duela. Aunque cambie todo lo que creí saber.

Finlay me miró, con ojos grandes, y yo le sonreí, intentando transmitirle valor. Él asintió, confiando en mí como siempre.

Y entonces, con un último suspiro, empujé la puerta y la biblioteca se abrió, revelando un mundo de pergaminos polvorientos, libros encuadernados en cuero gastado y el eco silencioso de siglos de secretos.

El polvo nos envolvía mientras yo pasaba los dedos por los lomos gastados de los libros. Cada tomo de aquellos libros eran un regalo precioso de sabiduría para quien los leyera, y yo sentía un escalofrío recorrer mi espalda solo por tenerlos allí frente a mí. Finlay estaba detrás, con los ojos brillantes de curiosidad y un toque de miedo.

—¿Qué buscas exactamente, Ailis? —preguntó, con voz baja, casi temeroso de romper el silencio que me rodeaba.

—La verdad —le respondí, aunque mis manos temblaban ligeramente mientras me disponía a abrir un pergamino—. La verdad sobre nuestra historia, sobre nuestro clan, sobre lo que realmente ocurrió durante ese asedio. Todo lo demás son palabras de hombres… y yo no confío ya en ellos.

Finlay se quedó en silencio, observándome. Sabía que esa mañana no sería fácil para mí, y tampoco para él.

Desenrollé las hojas, la primera estaba llena de anotaciones y fechas que parecían haberse escrito con cenizas, o al menos eso parecía al reflejo de la luz mortecina de los candelabros. Algunos nombres me eran familiares, otros me hicieron fruncir el ceño.

—Aquí —susurré, señalando un párrafo—. Dice que la fortaleza de los Campbell fue atacada… pero no menciona que ellos iniciaran el fuego. Solo que hubo saqueo, muerte y destrucción a manos de los McKinnon.

Finlay inclinó la cabeza, absorbiendo cada palabra.

—¿Entonces… ellos no dicen que fuimos los agresores? —preguntó con su voz suave casi como un fino hilo.

—Eso parece —murmuré—. Pero hay más. Debo revisar todo antes de juzgar. No podemos confiar en un solo documento.

Mientras hojeaba otro pergamino, un sonido detrás de mí hizo que me girara de golpe.

—¿Quién…? —comencé, y me quedé paralizada.

Alastor estaba allí, acababa de traspasar la puerta de la biblioteca, con los brazos cruzados y la mirada intensa clavada en mí. No había ni un solo indicio de sorpresa en su rostro; parecía que me hubiera estado observando entrar y moverme entre los pergaminos desde hacía tiempo.

—No esperaba encontrarme con la señorita Campbell aquí —dijo con voz baja, pero firme—. No creí que fuera tan curiosa como para desafiar las normas y explorar sola el ala norte. Mi esposa debe de obedecer mis órdenes.

—No… no estaba desafiando a nadie —respondí, intentando mantener la calma—. Solo busco… información. Sobre nuestro pasado. Si vivo con un McKinnon debo saber a ciencia cierta quien es, qué hizo antes.

—Eso no te lo pondrá ahí, deberías de averiguarlo por tus medios.

Él se acercó un paso, y el aire que desprendía parecía envolver la habitación. Mis manos se tensaron sobre el pergamino que sostenía, y Finlay se pegó a mi lado, nervioso.

—¿Qué información estás buscando? —preguntó y después añadió—. Muy valiente de tu parte. Pero debes saber que no siempre es seguro escarbar en el pasado. Hay cosas que algunos preferirían mantener ocultas.

—No me importa —le dije, aunque el corazón me latía con fuerza y mis piernas temblaban ligeramente—. No voy a aceptar versiones incompletas de lo que ocurrió.

Alastor inclinó un poco la cabeza y me observó de cerca, sus ojos oscuros brillando con curiosidad y algo más que no supe descifrar de inmediato.

—Campbell… —susurró, dejando caer el apellido con peso—. Te he visto antes, y siempre pensé que eras obstinada. Pero nunca imaginé que llegarías hasta aquí sola.

—No estoy sola —le respondí, señalando a Finlay—. Él me acompaña.

—Ya veo —dijo, y entonces un destello de diversión cruzó su rostro—. Tu hermano pequeño es valiente, pero no lo suficiente para detenerme si quisiera.

Finlay frunció el ceño, y yo lo abracé con un brazo, protegiéndolo con la mirada fija en Alastor.

—No busco pelea con nadie —dije—. Solo quiero saber la verdad.

Alastor dio un paso más, tan cerca que pude sentir el calor de su cuerpo. Mis manos se apretaron sobre el pergamino. Por un instante olvidé respirar.

—Entonces déjame ayudarte —susurró—. Puedo ayudarte a encontrar lo que buscas de manera más rápida. Conozco cada palabra que dice ahí.

Mi corazón dio un vuelco. La cercanía de su cuerpo, la intensidad de su mirada… todo en él me descolocaba. Pero no podía permitirme ceder.

—No necesito tu ayuda —respondí, tratando de mantener el tono firme, aunque mis dedos temblaban—. Solo quiero leerlo por mí misma.

Él esbozó una media sonrisa y asintió, pero no se movió. Sus ojos siguieron cada uno de mis movimientos mientras yo hojeaba los pergaminos, y por un instante sentí que me observaba con algo más

que simple curiosidad: ¿deseo? Pues me miraba el cuerpo y no a los ojos.

—Muy bien —dijo—. Hazlo entonces. Pero recuerda… hay cosas que pueden cambiar tu percepción de todo lo que conoces. ¿Estás preparada?

—Lo sé —susurré, sintiendo un hormigueo en el estómago. *No me intimidas*, me repetí, aunque no sonaba convincente ni para mí misma—. Y si lo hacen, descubriré la verdad de todas formas.

Él permaneció allí un momento más, luego se dio la vuelta con calma, dejándonos a mi hermano y a mí en la biblioteca, y la sensación de que su presencia me había marcado de alguna manera imposible de ignorar. Finlay me miró y susurró:

—¿Crees que lo que dice es falso?

—No importa lo que él diga, debemos descubrir lo que sucedió por nosotros mismos —respondí, sin apartar la vista de los pergaminos, sintiendo que cada palabra escrita adquiría un peso nuevo.

El sol de la tarde caía a través de las ventanas del ala este del castillo de Dunnottar. Yo estaba cruzando el pasillo con una bandeja que llevaba té y pan para los sirvientes en agradecimiento por lo buenos que estaban siendo conmigo y con Finlay, cuando de repente, un cuerpo pesado me bloqueó el paso.

—Campbell —dijo Alastor con esa voz grave que siempre me hacía tensar los músculos—. ¿Qué haces con eso?

—Solo llevaba algo a los sirvientes— dije despreocupada—. No sabía que necesitaba permiso para caminar por el castillo.

Él arqueó una ceja y parecía divertido. Dio un paso más y me bloqueó completamente.

—No me provoques, mujer —advirtió—. Sabes muy bien que no me gustan los juegos de niños.

—¿Provocarte? —repliqué, moviendo la bandeja entre nosotros con aire inocente—. Solo estoy… observando el territorio de los McKinnon.

Él suspiró, pero sus ojos reflejaban diversión.

—Muy bien —dijo finalmente—. Debido a lo que intentas hacer creo que deberé imponerte un castigo.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar que me iba a castigar.

—¿Castigo? —pregunté, fingiendo un poco de miedo, aunque mi lengua quería burlarse—. ¿Qué tipo de castigo? ¿Y por qué?

Alastor me miró con intensidad y enumeró, casi disfrutando el momento:

—Escoge, Campbell. Puedes pasar dos días encerrada sola en una habitación… puedes saltarte tu próxima comida… o… —se inclinó un poco hacia mí, y su voz se volvió más baja y peligrosa—. Compartir lecho conmigo esta noche. La mujer del *laird* McKinnon no es la sirvienta de los sirvientes, ahí tienes el motivo.

Sentí que mi respiración se cortaba por un instante. La última opción salió de sus labios con un tono de diversión, como si me retara a decir sí.

—Tú… ¿bromeas? —pregunté sorprendida.

—No —respondió con una seriedad apenas cubierta por un hilo de sonrisa—. Esa es una elección real.

Mis labios se curvaron en una sonrisa traviesa. Por un momento, el corazón me latía como un tambor. Y entonces dije con voz clara:

—Elegiré la última.

Sus ojos se abrieron, sorprendidos, y por un instante perdió el aire que le ayudaba a respirar.

—¿¡Qué!? —exclamó, con una mezcla de incredulidad y diversión—. ¿¡Estás loca!?

—No —respondí, manteniendo la mirada fija en él—. Creo que también será un castigo para ti. Acostarte en la misma cama conmigo… y no poder tocarme. Porque recuerda que prometiste no hacerlo sin mi permiso.

Su mandíbula se tensó, y por un momento, parecía que iba a maldecirme. Dio un paso hacia mí, se quedó tan cerca que podía sentir el calor de su cuerpo.

—Vaya… muy audaz, Campbell —dijo, y su tono cambió a uno más bajo, más seductor—. ¿Crees que no podré resistirme?

—Eso ya no depende de mí —respondí, con una media sonrisa traviesa—. Pero te advierto: no soy fácil de someter.

# Capítulo 17

## Ailis

Se inclinó un poco más, y su aliento se mezcló con el mío. Sentí un cosquilleo recorrerme la columna, y por un instante quise alejarme, pero algo dentro de mí deseaba ver hasta dónde podía llegar esta tensión.

—Entonces será un castigo para los dos —dijo finalmente, con una sonrisa oscura—. Para mí, porque tendré que controlar mis impulsos; para ti… porque tendrás que resistirte a mí.

—Así es —dije, con voz baja—. Tendrás que controlar tus impulsos esposo.

Por un instante, nos quedamos en silencio, mirándonos, midiendo nuestras propias fuerzas y deseos. Sus ojos me estaban empezando a poner nerviosa y tuve que apartar la mirada de ellos, pero fue un error colocar la vista en su boca. Esos labios carnosos que se humedecieron con la ayuda de su lengua. Yo sentía la sangre arder en mis venas, y un hormigueo constante en el estómago.

—Bien —susurró, suavizando un poco su tono—. Esta noche, entonces. Pero recuerda… Campbell, no será un juego sencillo.

—Lo sé, solo espero que se juegue limpio.

Se dio media vuelta y se alejó, dejándome con el corazón latiendo de forma muy acelerada y la cabeza llena de pensamientos. Finlay, que había estado observando desde la puerta, frunció el ceño y susurró:

—Hermana… ¿estás segura de lo que haces?

—Sí —dije, ajustándome la manta que reposaba sobre mis hombros—. Es un castigo… para los dos. Y creo que necesita que alguien le diga hasta dónde puede llegar.

Finlay asintió, aunque no parecía del todo convencido, y juntos nos marchamos de la biblioteca, cada uno con pensamientos propios sobre lo que estaba a punto de suceder esa noche.

# Capítulo 18

## Ailis

La habitación era sencilla: paredes de piedra, una cama amplia, ventanas con cortinas gruesas que apenas dejaban pasar la luz de la luna, y un par de sillas de madera junto a la chimenea.

Alastor ya estaba allí, esperando. No dijo nada al principio. Solo me observaba mientras yo me acercaba, con el corazón latiendo a toda velocidad solo por tenerlo frente a mí, en la cama donde yo iba a dormir y visiblemente desnudo o al menos eso parecía, ya que su torso estaba a la vista bajo las mantas. Cada vez que sus ojos oscuros se posaban sobre mí, sentía un hormigueo extraño, una mezcla de temor y deseo que no podía ignorar.

—Ven aquí —dijo al fin, señalando la cama con un gesto de la mano—. Pero no te acomodes demasiado.

Me senté en el borde, manteniendo la espalda recta, aunque deseaba lanzarme hacia él y ver hasta dónde llegaría este juego de tensión. Él se acercó lentamente, y cuando se sentó a mi lado, rozó mi brazo sin querer… o al menos eso quería aparentar. Mi respiración se detuvo un instante.

—Tus manos… tus brazos… —susurró, y un calor intenso subió por mi columna—. No puedo negar lo que le hace a mi cuerpo tu sola presencia.

—¿Y… eso significa que ahora mismo… me tomarías? —pregunté desafiándolo.

—Ahora mismo, sí —admitió con voz baja—. Pero he prometido que no lo haré hasta que estés lista.

Un escalofrío me recorrió la espalda. Me di cuenta de que quería desafiarlo, provocarlo, pero también sentía miedo y una excitación que me sorprendía.

—¿Has estado con otra mujer recientemente? —pregunté con curiosidad, tratando de mantener un tono casual mientras mi corazón golpeaba fuerte.

Él negó con la cabeza, sin apartar la mirada de mis ojos.

—No… no recientemente —dijo simplemente.

Mi mente comenzó a divagar, y empecé a hablar sin pensar demasiado:

—Entonces es posible… que por esta cama hayan pasado miles de mujeres… —mi voz se llenó de indignación, pero también de nerviosismo—. Me da asco estar aquí sabiendo eso. Nunca imaginé que mi esposo fuera un libertino. Siempre pensé que me casaría por amor, que mi esposo me desearía a mí únicamente y que no sería capaz de mirar a otras mujeres sin sentirse culpable por hacerlo…

Alastor me miraba con una mezcla de paciencia y cuando le miré a la cara también pude ver cierta diversión. Sus dedos rozaron mi mandíbula, y un estremecimiento me recorrió al sentir su contacto. No pude evitar inclinarme ligeramente hacia él, como un imán irresistible.

—Ya basta de decir estupideces —dijo al fin, poniendo su mano sobre mi boca para callarme—. Solo una mujer más ha estado en esta cama. Nadie más. Y de eso hace ya más de dos años.

Me quedé paralizada, sorprendida por la sinceridad de sus palabras, mientras sus dedos seguían tocando suavemente mi rostro. La intensidad de su mirada me desarmó por completo.

—Ahora duerme —susurró con voz serena y calmada, pero cargada de una calidez que me hizo sentir protegida y a la vez excitada.

Me quedé allí, sentada, con su calor a mi lado y el corazón tranquilo, consciente de que lo que me acababa de decir había sido algo inesperado. Además de ese roce, de ese contacto prohibido, y sin embargo inevitable, que había despertado un deseo que ninguno de los dos podría ignorar por mucho tiempo.

Poco a poco, la respiración se calmó y me dejé recostar sobre la cama, con un ojo abierto para observarlo a él. Por su parte Alastor no se movió, simplemente me dejó espacio y me cubrió con la manta, como si protegiera no solo mi cuerpo, sino algo más profundo.

# Capítulo 19

## Alastor

Desperté sobresaltado, el corazón galopaba con fuerza, como si quisiera romperme el pecho. La habitación estaba en penumbra, las cortinas apenas dejaban pasar la luz de la luna y el fuego de la chimenea había disminuido hasta dejar un calor apenas perceptible. Pero dentro de mí, el frío del pasado seguía intacto, como si nunca hubiera dejado esas tierras malditas.

El sueño todavía me tenía atrapado. Volvía a ver aquel camino embarrado, los caballos galopando, el carro avanzando lentamente. Y ella estaba allí, sonriendo, con su cabello suelto y ese precioso vestido que dibujaba su silueta, ajena al peligro que se acercaba. Yo estaba orgulloso, feliz, sintiendo por primera vez que todo podía estar bien… hasta que llegaron los bandidos.

No hubo advertencia suficiente que nos diera las pistas que necesitábamos. Espadas que brillaban al sol, hombres que gritaban y caían atravesados, sirvientas que chillaban, el carro tambaleándose. Intenté moverme, gritar, protegerla, pero no había nada que pudiera hacer. La imagen de su rostro pálido, sus ojos abiertos y muertos, se grabó en mi mente con más fuerza que cualquier marca de espada.

El dolor me despertó, pero el corazón seguía temblando, y un frío profundo se extendió por mis brazos y piernas. Me incorporé en la cama con un jadeo ahogado, intentando separar el recuerdo del presente, pero la memoria me estrangulaba. El sudor pegado a mi piel parecía quemarme más que cualquier llama.

Fue entonces cuando la vi. Ailis, dormida a mi lado. Su respiración era suave, su cuerpo estaba en calma, tranquilo y ahora parecía delicado, ajeno a mi tormento. El contraste entre su calma y

mi sufrimiento me cortó el aliento. Quería gritar, llorar, mandarlo todo a la mierda y desaparecer en la noche, pero no podía. No podía, porque allí estaba ella, y aunque no lo supiera, dependía de mí tanto como yo dependía de este momento de paz.

Me quedé observándola, recordando a mi esposa, a su risa, a la manera en que sus manos rozaban las mías, el calor de su piel contra la mía. Y cómo todo eso se había esfumado en un segundo, víctima de la maldad de otros. Cada recuerdo era como un cuchillo, cada suspiro mío estaba cargado de culpa. ¿Por qué tuve que volver? ¿Por qué no la dejé allí en Inglaterra? ¿Por qué confié en la gente de este lugar en el mundo?

Cerré los ojos y la memoria me devoró de nuevo. La sangre en el carro, los gritos de las sirvientas, la impotencia de mis dos guerreros que cayeron atravesados por espadas. La impotencia… eso era lo que más me mataba. Sentí que aquel día perdí no solo a mi esposa y al hijo que ella esperaba, sino también una parte de mí mismo, la que confiaba, la que podía amar sin miedo.

Abrí los ojos y la vi otra vez. Ailis estaba allí, respirando, con la frente suavemente apoyada sobre la almohada, las manos sobre su pecho. No podía tocarla aún, no quería romper ese momento, pero mis manos deseaban recorrer su espalda, sentirla, protegerla. Cada fibra de mi ser gritaba por acercarme, por tomar lo que siempre creí perdido, y sin embargo… debía controlarme.

—Maldita sea… —susurré, sin mover los labios demasiado, como si las palabras pudieran romper su sueño. Siempre arrastras tu corazón por el barro… y aun así quieres desear algo humano, cuando lo único que soy es un gusano.

Quise llorar. Quise gritar. Quise desaparecer y llorar en la tierra donde había enterrado mi felicidad. Pero no podía.

Mis manos se movieron solas, rozando su mejilla. La sentí estremecerse. Un suspiro escapó de sus labios, y por un momento,

todo el dolor se mezcló con el deseo. Deseo de ella.

—Mi esposa… —murmuré, casi para mí mismo—. Te he perdido… y sin embargo… hay otra aquí en tu cama.

La culpa me aplastaba. Cómo podía sentir algo por alguien más cuando la sombra de mi pérdida aún me perseguía. Pero allí estaba Ailis, real y viva, y la necesidad de sentirla cerca, era tan intensa como el dolor que me consumía.

Mi respiración se calmó un poco, pero mis pensamientos no. Recordé cada detalle del ataque, la mirada de los bandidos, el horror en los ojos de mi esposa. El frío de la traición del destino que no me permitió protegerla. Y luego, la noche interminable en que enterré mi pasado y juré que nunca volvería a confiar, que ninguna mujer volvería a acercarse a mí ni yo a ella.

Y aun así, la tenía allí, frente a mí, dormida. Sus manos pequeñas cruzadas la una sobre la otra, su cabello cayendo sobre la almohada, y esa fragilidad que despertaba mi instinto de protector. La culpa luchaba con la atracción, la memoria con el presente, el dolor con la necesidad. Todo mezclado en un nudo imposible de desatar.

—Debo vengarme… —murmuré, dejando que la mano que rozaba su mejilla cayera lentamente hasta su brazo—. No puedo hacer otra cosa que no sea vengarme.

Cada respiración de sus labios era un recordatorio de que debía mantener la calma. Podría llevar a cabo lo que había planeado desde un principio, debía mantenerme tranquilo y no dejarme arrastrar por mi pasado, por mi deseo, por el dolor que todavía me quemaba. Pero al mismo tiempo… quería tocarla más, quería sentirla, quería que supiera que estaba allí, vivo y dispuesto a hacerla mía de todas las maneras posibles.

Me recosté a su lado, pero esta vez a sus espaldas, dejando que el calor de mi cuerpo la calentase y a mí el suyo. Coloqué mis brazos sobre su cuerpo, rodeándola por la cintura, no había caricias más allá del roce accidental de mis dedos sobre su piel cubierta por un fino camisón, pero incluso eso era suficiente para calmar la tormenta dentro de mí, al menos por un instante. La noche era larga, el pasado seguía vivo, pero en ese momento, junto a ella, sentí que podía soportarlo.

El sol todavía no había asomado cuando finalmente me dormí otra vez, con Ailis durmiendo bajo mi cuerpo, ignorante del peso de mi historia, pero siendo mi razón para seguir adelante en ese instante.

# Capítulo 20

## Ailis

Desperté con una sensación extraña. Un calor que no pertenecía a la manta ni al amanecer que apenas asomaba por la ventana. Tardé unos segundos en entenderlo: el peso sobre mi cintura, el brazo fuerte que me rodeaba, el aliento cálido que rozaba mi cuello.
Alastor.

Mi primer impulso fue apartarme, pero no lo hice. Me quedé quieta, conteniendo la respiración, como si el más leve movimiento pudiera romper aquel instante que, sin querer, mi cuerpo ansiaba conservar. Su olor —una mezcla de cuero, madera y algo que era solo suyo— me envolvía. Me llenaba los pulmones, la piel. Y, sin pensarlo, busqué su contacto.

Deslicé la espalda apenas unos centímetros, buscando el roce de su cuerpo contra el mío. El aire se volvió más intenso. Podía sentir su respiración acelerarse sobre mi piel. Y la mía... se le unió, traidora.

No sé cuándo cerré los ojos, pero lo hice.
Solo quería sentir. El calor, la seguridad de su abrazo, el temblor que me nacía en el vientre y me subía hasta el pecho. Era como si mi propio cuerpo lo recordara antes que mi mente. Y cuando su mano se movió, lenta, explorando mi cuerpo, un estremecimiento me recorrió entera.

Gemí al despertar a la bestia que creía dormida, y de pronto una de las manos de Alastor bajó con mucha calma desde mi bajo vientre hasta el centro de mi sexo, despacio, dejándome que yo pudiese detenerlo si en algún momento lo prefería. Pero eso no iba a ocurrir, sino todo lo contrario,  mis piernas se abrieron para recibir sus dedos cálidos. De nuevo otro gemido salió de mi boca al sentir como dos de sus dedos comenzaron a acariciarme por dentro. Sin pensarlo cogí la mano que todavía me rodea debajo de mi cuerpo y

con mucha clama me introduje un dedo de Alastor dentro de mi boca, comencé chupándolo y dándole pequeños mordiscos, hasta hacerlo enloquecer y escucharle gruñir. En ese instante él me tomó suave pero con fuerza, y me hizo rodar sobre su cuerpo hasta colocarme sobre él, dejando nuestros rostros cara a cara. Mirándonos a los ojos con fuego, el mismo fuego que recorría nuestros cuerpos.

Sentí un enorme bulto crecer entre mis piernas, y me rocé sobre él arqueando el cuerpo debido al placer que sentía.

Alastor agarró con sus manos mis pechos todavía cubiertos por el camisón. Gruñó, suspiró. Yo me acerqué a sus labios para morderle, para lamer su boca, necesitaba más de él. Él susurró cerca de mi oído, y su voz me sonó como un murmullo:

—No sabes lo que me haces, mujer.

Mi corazón pareció detenerse. No era una amenaza, ni una orden. Era una confesión.

Y me dolió lo mucho que quería escuchársela repetir.

Sus dedos rozaron mi mejilla, mi cuello, y su pulgar detuvo el temblor de mis labios.

—No deberías mirarme así —susurró.

—No estoy mirándote de ninguna forma —mentí, con la voz más débil de lo que quise.

Él sonrió apenas, como si conociera cada mentira que yo pudiera inventar.

—Ailis… —dijo mi nombre con una voz tan baja que apenas la oí—. No sabes cuánto deseo romper mi promesa.

—Entonces hazlo —susurré sin pensarlo.

Su cuerpo se tensó, y su mano tembló sobre mi piel. Pero no se movió. En cambio, se apartó despacio, con su respiración aún entrecortada.

—No. No así. —Su voz sonó ronca, casi dolida—. No cuando aún me miras como si fuera tu enemigo.

Y se levantó. La cama perdió su calor.

Me quedé allí, temblando, viendo cómo salía de debajo de mí sin mirar atrás.

Abrió la ventana para calmar su fuego, de eso estaba segura, y de repente el aire del amanecer entró de golpe frío y húmedo. Me cubrí con las mantas, intentando ignorar el hueco que había dejado a mi lado. Pero era inútil. Aquel hueco ardía más que todo mi cuerpo.

Me levanté con rabia, y me desnudé frente a él.

—Detente de inmediato —me dijo.

—¿Y si no lo hago, qué? —respondí acercándome a él ya desnuda por completo.

Sentí que había jugado conmigo, que solo quería llevarme hasta ese punto en el que una mujer es capaz de todo por conseguir el placer que le están negando.

—No lo entiendes, Ailis. No puedo hacerte mía si todavía cuando te miro siento que me odias.

—¿Lo estabas viendo sobre esa cama? —Señalé el lecho vacío.

—Vístete, ahora.

Di un paso más y me acerqué lo suficiente como para poder cogerle la mano. Se dio media vuelta hasta quedarse frente a mí. Los dos estábamos completamente desnudos y al ver su enorme miembro me sobrecogí.

Coloqué su mano sobre mi pecho desnudo, y acaricié mi pezón con sus dedos suavemente. Empecé a notar que su

respiración cambiaba de ritmo, que su mano acariciaba sola mi pecho, y di medio paso hasta quedarme casi pegada a su cuerpo.

Su polla se levantó y acarició mi vientre. Sentí contraerse mi vagina desde el interior y un impulso me animó a clavarme a él, pero de nuevo negó con la cabeza.

—¿No me deseas? ¿Es eso? ¿No te gusta lo que ves?

—Te follaría hasta perder la razón. Eres lo más perfecto que mis ojos han podido ver. No es eso.

Entonces vi que no habría manera de poder hundir su cuerpo en el mío, así que agarré su otra mano y me acaricié el cuerpo con ella. No opuso resistencia, entonces bajé con ella por mi cintura y la dejé sobre mi sexo.

—Si no eres tú quien me da ese placer que ansío que sea parte de tu cuerpo. No me lo niegues. Al menos no esto.

Alastor cerró los ojos y empezó a subir y bajar los dedos acariciando mi entrada, y cuando menos lo esperaba me los clavó hasta dentro, seguía presionando la parte de fuera de mi sexo y rozando, cada vez más rápido, a la vez que sus dedos entraban más y más.

Mi cuerpo se balanceaba al contrario de su vaivén. Hasta que su voz me hizo estallar.

—Imagina que mi cuerpo está sobre el tuyo, que mi polla te penetra hasta el fondo.

Y como instinto una de mis manos le agarró su polla y la apretó con fuerza mientras me besaba con furia y fuego. A los pocos segundos un volcán de placer estalló en mi interior.

Me quedé allí un instante más, con la respiración acelerada y el corazón golpeando en mi pecho como un tambor. La cercanía de Alastor, su mirada intensa, todavía me quemaba la piel.
Rápidamente recogí el camisón que había dejado caer hacía apenas unos minutos y me lo puse, con movimientos torpes, intentando recomponerme. Cada segundo que mis ojos se encontraban con los suyos era un recordatorio del fuego que acababa de recorrernos.

Él no decía nada. Solo me miraba, inmóvil, con ese gesto en su rostro, algo así como deseo y respeto que lo hacía todavía más imponente, más atractivo. Sentí que mis mejillas ardían.

—No… —susurró, incapaz de sostenerme la mirada—. No… no sé qué decir.

Sin decirle nada giré sobre mis talones y salí de la alcoba. Cada paso retumbaba en mis oídos, y sentía que todo mi cuerpo temblaba. Por dentro, una tormenta de emociones me agitaba: vergüenza, confusión, rabia… y algo que no quería admitir: placer, hambre de él, de su presencia, de su piel, de sus manos...

Alastor permaneció allí, quieto, observándome marchar. Sentí su mirada siguiendo cada uno de mis movimientos y, por un instante, una parte de mí deseó mirar atrás, mirar de nuevo sus ojos y… decir lo que sentía. Pero el orgullo me lo impidió.

La puerta se cerró tras de mí con un leve golpe, y me apoyé contra ella, respirando agitadamente, intentando recuperar el control.

«No puedo», me repetí. «No puedo dejar que esto me domine».

Pero en el fondo sabía que cada encuentro con él me desarmaba un poco más.

# Capítulo 21

## Alastor

El olor a heno y cuero me envolvía mientras caminaba por las caballerizas. El crepitar de las lámparas y la respiración de los caballos rompían el silencio de la noche. Fer estaba allí, acomodando un montículo de paja para uno de los corceles más viejos, y me saludó con un gesto de cabeza.

—¿Te has acostumbrado ya a tu cama? —bromeó, intentando romper la tensión que podía sentir incluso en la distancia.

Me apoyé contra una viga, cruzando los brazos, y respiré hondo. No, no me había acostumbrado. Nada de lo que pasaba me parecía normal. Ailis… su presencia, su mirada, incluso su desafío constante… estaba desarmándome. No sabía si podía mantener la compostura, ni cuánto tiempo me duraría el autocontrol que juré tener.

—Fer… —empecé, con la voz más baja de lo que esperaba—. No sé si podré hacer lo que dije. Siento demasiadas cosas… demasiado rápido.

Él levantó la cabeza, mirándome con atención.

—¿Demasiado rápido?, repitió con una leve sonrisa.

—Sí. Todo con ella va demasiado… rápido. —Incliné la cabeza, pasando la mano por el cabello—. No es solo deseo… hay ira, orgullo, miedo… y no sé cómo controlarlo.

Fer dejó de sonreír y me miró serio. Se acercó, apoyando una mano en el marco de la puerta de la caballeriza.

—Sientes lo mismo que sentías por mi hermana, ¿verdad? —dijo con suavidad.

Yo me tensé. No quería admitirlo ni siquiera en voz alta.— Nunca lo hemos hablado… —continuó—. Pero amigo… ya sabes que en algún

momento de tu vida volverás a sentir eso por alguien. Y, ha pasado mucho tiempo. Puedes permitírtelo.

El peso de cada una de sus palabras cayó sobre mí. Quise replicar, decir que esto no era lo mismo, que Ailis no era alguien de quien pudiera enamorarme… pero la verdad me golpeó de lleno. Ella no era como… ni tampoco había sido una amiga de la infancia de la que me enamoré perdidamente… era una Campbell. La hija del clan que nos había hecho tanto daño, que había arrancado vidas, tierras y honor. Cada vez que pensaba en eso, sentía cómo los rescoldos de dolor del pasado ardían en mí, recordándome lo mucho que había perdido mi familia.

—Fer… —dije con voz tensa, mirando a los caballos inquietos—. Ella es hija de un Campbell. No puedo… no sé si puedo permitirme esto. Cada sonrisa, cada gesto… me hace recordar todo lo que mi clan perdió. Me siento tan culpable como los que violaron a nuestras mujeres y mataron a nuestros niños.

Fer me dio un golpe leve en el hombro, fraternal, pero firme.

—O tal vez… —dijo despacio—, es el momento de dar paso a la paz. De cerrar viejas heridas.

Lo miré con incredulidad. ¿Paz? ¿Después de todo lo que nos hicieron? ¿Después de la sangre y el dolor?

—Paz… —repetí, como si la palabra me supiera amarga—. ¿Y qué pasa si confío en ella y la historia se repite?

Fer sonrió, esa sonrisa tranquila que siempre mostraba cuando él parecía ver más allá de lo que yo podía.

—No se repite si tú no dejas que lo haga. Nadie más puede cargar con lo que pasó hace décadas. Ni tú, ni yo. El mundo cambia, Alastor. La vida no espera por nuestra ira. Y tal vez… solo tal vez… esta mujer es la manera de hacer que algo bueno nazca de todo este odio.

Callé, dejándolo hablar. Tenía razón, pero la idea me revolvía por dentro. Mi cuerpo reaccionaba antes de que mi mente pudiera

procesarlo. Su cercanía, su obstinación, su forma de mirarme… todo me volvía loco.

—Aun así… —murmuré—. No confío en mí mismo con ella. No puedo. Y lo sabes.

—Entonces confía en tu juicio —dijo Fer, y por primera vez esa noche, me dio un gesto casi fraternal—. No la lastimes… pero no ignores lo que te hace sentir.

Asentí lentamente. El silencio volvió a caer sobre nosotros, roto solo por los relinchos de los caballos y el crujir de la madera. Pero algo dentro de mí había cambiado. Por primera vez en años, la idea de abrirme, de permitir que alguien entrara en mi vida… ya no parecía completamente imposible.

Ailis Campbell estaba jugando con fuego, y yo… ¿estaba dispuesto a caminar sobre las llamas junto a ella?

Caminaba por las estancias más antiguas de Dunnottar, revisando documentos y registros que había recuperado de las bóvedas del castillo. Algo en mi interior me decía que debía buscar más información sobre lo que encontraron cuando asesinaron a mi mujer. Había piezas que nunca encajaban del todo en la historia que me habían contado de mi mujer y de su muerte. Y la culpa me perseguía por haber caído al primer golpe que me dieron.

Mis manos temblaron cuando encontré un pergamino arrugado, escondido entre otros documentos. La caligrafía era firme, perteneciente a un secretario que había trabajado para los Campbell años atrás. A medida que leía, un frío recorrió mi espalda: los bandidos que habían asesinado a mi esposa, a las sirvientas que la acompañaban y a los dos guerreros que debían protegerlas… habían sido enviados por… No se leía bien lo que estaba escrito. El documento había sufrido daños, parecía que había querido ser destruido, era ilegible.

Todo cobraba sentido. El ataque al carro, la planificación meticulosa… no había sido un acto aleatorio de bandidos, sino un plan frío para desestabilizar a los McKinnon mientras aún éramos vulnerables. La ira me consumió, oscura y pura. Mis puños golpearon la madera de la mesa, rompiendo pergaminos menores que se encontraban a su lado.

—Malditos… —gruñí para mí mismo—. ¿Quién demonios había hecho aquello? El *laird* Campbell… el padre de Ailis… Él era el más interesado.

El odio se mezclaba con la memoria de su risa, de su pelo dorado cayendo sobre mi hombro, de la promesa que nunca llegamos a cumplir. Cada recuerdo ardía en mi interior, y la venganza se dibujaba nítida en mi mente.

# Capítulo 22

## Ailis

No podía dormir esa noche. La oscuridad de la biblioteca me resultaba extrañamente inquietante. Mis pensamientos no dejaban de dar vueltas sobre lo que había escuchado del viejo laird McKinnon y de los documentos que había hojeado en la biblioteca. Me rebelaba contra la historia que me habían contado durante años.

Mientras hojeaba un conjunto de pergaminos más antiguos, mi corazón se detuvo. Las crónicas contaban otra versión: los McKinnon habían intentado asediar nuestro castillo años atrás, pero habían fallado. La venganza de los Campbell no fue heroica ni justa, sino cruel y cobarde. Aprovecharon la ausencia de los hombres de Dunnottar para atacarles, matando mujeres y niños indefensos.

Sentí que mi mundo se tambaleaba bajo mis pies. Todo lo que creí sobre ellos, sobre la valentía de mi clan, estaba teñido de mentiras, y lo que era peor de sangre inocente estaban manchadas nuestras manos. Los McKinnon habían intentado defenderse, y mi familia… había caído en el error de la venganza más cobarde. Un rugido de rabia escapó de mis labios, aunque estaba sola en la penumbra.

—¿Cómo pudimos creer esa versión, por qué nadie lo puso nunca en duda? —susurré—. ¡Nos engañaron!

El choque entre lo que creímos y la realidad era brutal. Mis puños golpearon la madera de la mesa, y un dolor punzante recorrió mi pecho. Durante años, había alimentado un odio que ahora comenzaba a diluirse, dejando un sabor amargo y una confusión que me dejaba sin aliento.

Alastor no sabía que yo había descubierto los documentos que podrían cambiar todo. Pero ambos estábamos siendo moldeados

por verdades a medias. Su odio hacia mi padre crecía, mientras que yo comenzaba a cuestionar todo lo que había aprendido sobre el clan McKinnon. La tensión se volvía insoportable, y en algún momento tendría que pedir explicaciones a mi padre, nuestros caminos se encontrarían de nuevo, con la chispa de la verdad y la sed de justicia lista para estallar.

La puerta de la biblioteca se cerró frente a mí con un golpe sordo que me hizo estremecer. No podía apartar la mirada de Alastor, de su silueta imponente recortada contra la luz mortecina que entraba por la ventana. Cada paso que daba hacia él aceleraba mi pulso, y a cada instante sentía que esa mezcla de odio, miedo y deseo me consumía por dentro.

—¿Qué haces aquí? —su voz era baja, grave, cortante, pero había un temblor en ella que no logró ocultar—. Este no es lugar para una mujer.

—No estoy aquí como una simple mujer, estoy aquí porque necesitaba encontrar algo —dije, con los puños apretados, y el corazón latiéndome en la garganta—. Necesitaba respuestas.

Su ceño se frunció, y un brillo oscuro iluminó sus ojos. Se inclinó hacia mí, la distancia entre nosotros se acortó peligrosamente. Pude notar el calor que emanaba de su cuerpo, y mi respiración se volvió más rápida y errática.

—¿Respuestas? —repitió, y su voz se volvió un rugido—. Cuidado con lo que deseas, Campbell. La verdad puede quemarte.

—¡Quiero saberlo todo! —grité, incapaz de contenerme más—. ¡Quiero saber por qué tu esposa murió, por qué…!

Sus manos se tensaron a mi alrededor, como si quisiera agarrarme, y al mismo tiempo, evitar tocarme. Mi cuerpo reaccionó antes que mi mente. Sentí un hormigueo recorrerme el estómago y, sin poder evitarlo, avancé un paso más hacia él. Sus labios estaban tan cerca que podía percibir la respiración, el calor de su piel.

—Mi esposa… —murmuró, y la voz se quebró apenas—. La mataron. Pero no fueron simples bandidos.

Mis ojos se abrieron de par en par, y la incredulidad se mezcló con el horror.

—¿Qué…? —pregunté.

—Fue un ataque planeado. —Sus dientes apretaron su labio inferior—. Los Campbell… tu padre… estoy seguro de que ordenó que los bandidos nos atacaran, que mataran a mi esposa y a los que la acompañaban. Fue un plan para debilitarnos.

El golpe fue tan brutal que me tambaleé apoyándome contra la puerta. Mis piernas se negaban a sostenerme. —¡No… no puede ser…! —susurré, horrorizada—. ¿Mi padre… mi padre lo… hizo?

Alastor inclinó la cabeza, y vi cómo la ira lo consumía. Sus puños se cerraron, los músculos de sus brazos tensos bajo la camisa de lino se marcaron.

—Lo hizo por poder —susurré, incapaz de apartar la mirada—. Por esa paz falsa que tanto ansiaba. ¡Ha sido capaz de deshacerse de su propia sangre! De sus hijos, incluso… todo para que la verdad nunca se descubriera.

Sus ojos se fijaron en los míos. Vi un fuego que me hizo temblar, y al mismo tiempo, un anhelo que me desarmó por completo. Cada músculo de su cuerpo parecía vibrar con tensión.

—Ailis… —susurró—. Esto… esto no cambia lo que siento por ti.

No pude soportarlo más. Antes de darme cuenta, mis manos estaban en su pecho, y sus brazos me rodeaban. La rabia y el miedo se mezclaban con un deseo que no podía negar. Nuestros labios se encontraron de manera violenta, como si cada beso quisiera borrar años de odio y de silencio. Grité con un suspiro entrecortado, y él me sostuvo más cerca, apretando mi cuerpo contra el suyo.

El olor de su piel, el calor de sus brazos, el latido de su corazón… todo me consumía. Mis manos exploraban su espalda, descendiendo por la curva firme de su columna, sintiendo los músculos tensos, fuertes, endurecidos por la vida de guerrero. Un jadeo escapó de mis labios cuando su boca bajó por mi cuello, y un estremecimiento recorrió todo mi cuerpo al sentir su lengua.

—Alastor… —mi voz salió en forma de susurro—. Esto… esto es peligroso…

—No puedo evitarlo —murmuró entre mis cabellos—. Te deseo, Ailis. Ahora mismo, te tomaría, pero… —sus dientes mordieron suavemente mi hombro—. He prometido esperar hasta que estés lista.

Un gemido escapó de mis labios. No quería estar lista, no quería esperar. Cada fibra de mi ser pedía más, necesitaba más. Pero en su mente se alzaba un muro: ¿aún veía en mis ojos ese odio?. La mezcla de pasión y odio era embriagadora, y me hacía perder toda racionalidad.

—¿Tienes más mujeres para saciar tu hambre? —pregunté, volviendo a dar un paso atrás, pero sin romper el contacto—. ¿Es por eso por lo que puedes evitar tocarme?

Alastor negó con la cabeza, con una sonrisa cargada de deseo y autocontrol.

—No es necesario tener otra mujer para controlarme. Se llama autocontrol, y de eso tengo bastante.

El roce de su mano contra mi espalda me hizo estremecer de nuevo. Alcé mi rostro para mirarlo a los ojos, y fue entonces que vi algo que me dejó sin aliento: la mezcla de deseo, de respeto y de contención que lo consumía. Mi corazón latía con fuerza, y por un instante, olvidé todo: la boda, mi padre, incluso la traición que acababa de descubrir.

—Entonces… —murmuré, con un hilo de voz—. Tú… ¿me deseas… a mí?

Su respuesta fue un suspiro, un acercamiento lento, medido, y otra vez el roce de sus labios cerca de los míos, rozándolos, jugando con mi deseo y mi resistencia. Cerré los ojos y humedecí mis labios, esperando el beso que parecía inevitable.

Pero Alastor se detuvo, y su voz ronca dijo:

—Buenas noches, Ailis.

Y se apartó, dejando un vacío ardiente donde sus brazos habían estado.

Abrí los ojos, desconcertada, respirando con fuerza, sintiendo un fuego que no podía apagar por mí misma. Me quedé allí,

temblando, consciente de que el deseo que me recorría no se apagaría fácilmente.

—¡Maldito McKinnon! —susurré entre dientes, medio riéndome, medio llorando—. ¿Cómo puedes jugar así con mi corazón?

Él no respondió, y mientras se alejaba, una certeza se asentó en mí: nada volvería a ser igual. Ni el odio, ni el miedo, ni el deseo. Todo estaba mezclado ahora, y cada mirada que compartiéramos sería un combate entre pasión y resentimiento.

No podía dormir. Mis pensamientos daban vueltas sin descanso, y la verdad sobre los McKinnon quemaba dentro de mí como un fuego que no podía apagar. Tenía que decírselo a Finlay. Él merecía conocer la historia real, porque había sido yo quien durante años le había repetido lo que creíamos cierto sobre los McKinnon. Si yo no se lo contaba, sentía que lo traicionaba de alguna manera.

Me senté en la cama, abrazando las rodillas, y la oscuridad de la habitación me envolvía. La respiración profunda de Alastor al otro lado de la cama no me dejaba pensar con claridad. Su presencia era abrumadora, incluso dormido, y el simple roce de su brazo rozando el mío me hacía estremecer. Tenerlo tan cerca era el mayor de mis castigos. Tan cerca y tan lejos de mí.

De pronto, un temblor recorrió mi cuerpo cuando se movió, acercándose más a mí. Su mano rozó mi hombro sin intención aparente, y un suspiro escapó de mis labios antes de que pudiera controlarlo. Su calor me envolvía, y mi cuerpo buscaba el contacto que mi mente aún no estaba lista para admitir.

—Ailis… —su voz, ronca y grave, como un murmullo, hizo que mi corazón se acelerara.

—Alastor… —susurré, incapaz de apartar la mirada—. Ya no puedo más. Quiero… quiero que me hagas tuya.

Su mano descendió por mi brazo, rozando mi cintura, pero no cruzó la línea que yo ansiaba. Se detuvo, y eso me confundía,

haciéndome sentir un fuego que me recorría desde el pecho hasta el estómago.

—No puedo —dijo él, mientras nuestras respiraciones se entrelazaban en el silencio de la noche—. Hasta que no deje de ver odio en tus ojos, no haré nada contigo.

Mi corazón dio un vuelco. El odio… aún estaba allí, decía él. Mis ojos se llenaron de un calor mezclado con frustración y deseo, y un gemido escapó de mi garganta. Me moví hacia él, buscando el contacto, rozando mi cuerpo con el suyo, queriendo más.

—Alastor… por favor… —jadeé—. No quiero esperar más.

Él suspiró, pero permaneció firme como una roca, manteniendo su decisión. Sus dedos rozaron mi cuello, bajaron por mi hombro y descansaron sobre mi espalda, provocando que mi cuerpo reaccionara por sí solo. Cada roce era un tormento exquisito, y cada suspiro suyo hacía que mi deseo se intensificara.

—Mírame —susurró, apoyando su frente contra la mía—. Ailis… hasta que no deje de ver rencor en tus ojos, no puedo tocarte de esa manera que buscas, creo que es pronto, démonos un tiempo.

Sentí una mezcla de frustración y excitación que me consumía. Cerré los ojos, aspirando su aroma, dejándome llevar por el calor de su cuerpo junto al mío. Cada músculo suyo estaba tenso, y la forma en que su pecho se movía con cada respiración aceleraba mi propio ritmo cardíaco.

—¿Me estás castigando? —susurré con un hilo de voz, intentando mostrar una sonrisa que no llegó a mis labios—. ¿O es que disfrutas viéndome así?

—No es un castigo —dijo él finalmente—. Es… control. Para ti. Para los dos.

Mi mente le daba vueltas, y un gemido involuntario escapó de mis labios cuando su mano se deslizó por mi cintura hacia mi cadera. Mi cuerpo respondía antes que mi mente. Me apoyé contra él, buscando su calor, su cercanía, y él no retrocedió, pero tampoco cedió.

—Alastor… —susurré, apoyando mi frente contra la suya—. Te deseo… te deseo tanto que duele.

—Lo sé —murmuró, con su respiración caliente rozando mis labios—. Yo también lo siento, pero no puedo… hasta que confíes en mí, hasta que el odio desaparezca por completo. Hasta que todo quede claro.

Sentí cómo su pulso se aceleraba, cómo sus manos temblaban al acariciarme, y un estremecimiento recorrió mi cuerpo. Todo en él era fuerza, deseo, y un amor que no se permitía.

—Entonces, —jadeé, y me di la vuelta arqueando mi espalda contra él, buscando más contacto—, si es un castigo… tú también te estás castigando.

Él sonrió ligeramente, y una curva sutil en sus labios se dibujó quemándome por dentro. Sus manos se apoyaron con firmeza sobre mis hombros, y su aliento acarició mi piel.

—Si esto es un castigo, Ailis… —murmuró, con voz grave—. Entonces sufriré tanto como tú, porque deseo cada parte de ti y no puedo tenerla ahora.

Sentí un escalofrío recorrerme. Su proximidad, su respiración, el contacto de sus manos, todo me hacía perder la noción de mí misma. Mi deseo por él era un incendio que ya no podía contener, y aun así él mantenía la barrera.

—¿Nunca te has preguntado, —susurré, apoyando mi mano sobre una de sus manos—, si esto nos está matando por dentro?

—Sí —dijo, dejando escapar un gemido bajo, apenas perceptible—. Cada segundo sin tocarte es un tormento, Ailis.

Me estremecí, y mi cuerpo se pegó más al suyo, buscando el calor, buscando la sensación de su piel. Nuestros alientos se mezclaban en el aire, nuestros corazones latían con fuerza. Cada caricia era un juego, un roce que nos consumía, y aun así él no cedía, aun así se contenía, como si su fuerza y su autocontrol fueran los únicos que podían salvarnos de la pasión que se desbordaba.

—Alastor… —susurré—. Prométeme algo.

—¿Qué? —dijo, con la voz ronca, mientras su mano apretaba la mía.

—Prométeme que… —mi voz sonó suave y delicada como un susurro—. Que cuando todo esto termine, cuando tu paciencia se acabe… me harás tuya, y nadie más podrá tocarme.

Él se quedó en silencio. Luego, con un suspiro que parecía arrancado de su propia alma, apoyó su frente contra mi nuca y dijo:

—Lo prometo… Ailis. Pero hasta que el odio se disuelva, hasta que pueda mirarte y ver amor y no rencor… nada más pasará. Después te haré mía sin descanso.

Me agité ante la firmeza de su voz, ante la fuerza que podía sentir en todo su ser. Y aun así, el roce de su mano, la cercanía de su cuerpo, y la forma en que me abrazaba me hicieron sentir viva como nunca antes. Cerré los ojos, respirando profundamente, y dejé que su calor me envolviera mientras nos quedábamos allí, entre la línea del deseo y la paciencia, ambos consumidos por un fuego que aún no podía permitirse.

# Capítulo 23

## Ailis

La tarde había caído húmeda y pesada sobre Dunnottar cuando, sin aviso que anunciara su llegada, las puertas del salón se abrieron y entró mi padre. Su figura llenó el umbral con la misma arrogancia de siempre: la capa echada a la espalda, la barba bien peinada, los ojos brillando con el triunfo de quien viene a exponer cuentas pendientes. No había invitados con él; vino solo, como quien viene a inspeccionar una propiedad recién adquirida.

Me quedé de pie, rígida, junto a la mesa. Finlay estaba a mi lado, mordisqueando la punta del mantel quizá debido a los nervios por verlo allí. Noté a Alastor apoyar la espalda contra la chimenea, observando con esa calma tensa que ya conocía. No dije nada de lo que había descubierto en la biblioteca. No era el momento. Mi padre cruzó el salón con paso lento, haciendo que sus botas resonaran con fuerza sobre la piedra. Se detuvo ante mí y me miró con la suficiencia que siempre me había hecho hervir la sangre.

—¿Cómo está mi hija? —dijo, como quien pregunta por una mercancía—. ¿O debo preguntar si debo esperar ya algún nieto fruto de esa unión vuestra?

Su voz era de hielo, pero debajo latía el interés: la alianza, la descendencia, la paz. Lo miré con asco, sin ocultar la risa amarga que me subía a la garganta. No le diría nada. No iba a regalarle el poder de destruir mi palabra.

—Jamás verá un nieto de esta unión —dije, haciendo salir la frase cortante como una espada bien afilada—. No saldrá descendencia de mí con él.

Su rostro se contrajo un instante, me di cuenta rápido, aunque no lo suficiente como para lograr detenerlo. Fue un movimiento instintivo: la mano que se levantó y la palma abierta que se estrelló contra mi mejilla. El golpe sonó en el salón como un

latigazo. El sabor salado de la vergüenza y la rabia me llenó la boca. Eso y la sangre que se acumuló dentro de mi labio inferior. Me agarré la mejilla, notando la sangre caliente que no quería poner en evidencia.

Alastor se quedó inmóvil solo un segundo. Luego la furia lo sacó de su tranquilidad aparente en un gesto tan rápido que no fui capaz de seguirlo con la vista: desenfundó la espada con un único movimiento, y apoyó la punta sobre el cuello de mi padre.

—Si osas volver a poner una mano encima a mi mujer —dijo, con la voz más fría y mortal que jamás había escuchado—, date por muerto. Por muy jefe que seas de un clan mayor que el mío, por muchas alianzas con la corona que te abracen, te mataré antes de que vuelvas a respirar si la tocas indebidamente.

El silencio que siguió a sus palabras fue absoluto. Los criados se agazaparon junto a los bancos, las damas que servían en el castillo se llevaron las manos al pecho, y hasta las llamas de la chimenea parecieron menguar. Mi padre palideció por un segundo, luego la ira le volvió roja la cara. No con movimientos de hombre vencido, sino hostil, como si el insulto fuera una piedra que había golpeado su orgullo.

—¿Tú? —bufó, señalando la espada con desprecio—. ¿Me amenazas, McKinnon? ¿Con qué derecho?

Alastor no bajó la espada ni un dedo. Su mandíbula estaba dura, y la tensión en su brazo decía que no bromeaba. Mi padre dio un paso hacia él, con el orgullo herido, la rabia burbujeando bajo la piel obligándolo a retroceder para no clavarle el arma.

Y de repente todo sucedió en un latido. Finlay, nervioso, con el corazón a flor de piel se coló en medio de ellos dos corriendo, empujando el brazo de Alastor con fuerza, no pensó, solo actuó.

Antes de que alguno de nosotros pudiera gritar, Finlay tiró de la daga que siempre llevaba oculta en la cintura de mi vestido —esa daga que yo misma había llevado por costumbre, y que me protegía—, la alzó con manos decididas y seguras de lo que hacían y, con la convicción absurda y feroz de la infancia, la clavó en el costado de Alastor.

Todo pareció desdibujarse. La hoja entró con un sonido sordo. Alastor emitió un alarido, no de dolor solo, sino de asombro profundo; la espada cayó de su mano y brilló en el suelo entre nosotros. Mis piernas cedieron. No pude articular una sola palabra.

Alastor se llevó la mano al costado, donde la tela se empapó en un abrir y cerrar de ojos. Sus dedos, fuertes y ensangrentados, buscaron la herida con la rapidez de quien conoce la muerte como compañera. Y aun así, alzó la vista y me miró. No había reproche en sus ojos hacia Finlay, ni odio. Había sólo un destello de aquello que siempre había visto en él: la brutal mezcla de amor y fatalidad.

—¡Finlay! —grité, haciendo sonar una voz que no era la mía, rota—. ¿¡Qué has hecho!?

El pequeño se quedó inmóvil, con la mandíbula desencajada, los ojos llenos de lágrimas que no caían. Había actuado sin pensar, con un valor torpe que ahora sembraba caos. Mi padre rugió de alegría adelantándose hacia el niño con la intención de arrancarle la daga de la mano.

Alastor, aun tambaleante, dio un paso hacia delante para interponerse entre mi padre y Finlay. Sangraba, la respiración no era la normal, pero su voz —esa voz que antes prometía muerte si tocaban a su mujer— se quebró entre dientes:

—¡Quieto! —ordenó—. No lo toques.

Mi padre se detuvo, como frenado por la fuerza de la amenaza y por la sorpresa. Nadie en el salón se movía. La escena olía a miedo.

Me quedé de pie, la mano todavía colocada sobre la mejilla enrojecida, con la visión borrosa. Vi cómo Alastor se apoyaba en la mesa, con su cuerpo firme pero herido; vi al pequeño retroceder, temblando; vi a mi padre apretar los puños, conteniendo la ferocidad.

—¡Maldito seas! —escupió mi padre, muérete de una vez.

Alastor soltó una risa corta, amarga, y con la sangre en las yemas de los dedos me tomó la mano con cuidado, como si yo fuera lo único que aún debía proteger en ese salón que se había vuelto campo de batalla.

—Cierra los ojos, Ailis —murmuró, y en su voz no había tregua ni consuelo, solo la urgencia de quien se sabe herido. —Cierra los ojos y no mires lo que venga.

No obedecí a nada de lo que me dijo. Vi a Finlay romper a llorar, cayéndose de rodillas contra la piedra, preguntando en sollozos por qué había hecho eso.

—Creí que Alastor iba a matar a nuestro padre, Ailis. Yo solo quería ser un buen hijo, un buen hermano. Proteger lo que es mío —dijo Finlay entre sollozos.

La sangre caliente en el suelo parecía decirnos que la tregua había acabado, y que la verdad, la venganza, y el destino iban a reclamar sus deudas con intereses.

Fer no perdió tiempo. Antes de que nadie pudiera moverse, el hombre grande y curtido se lanzó sobre Finlay con la agilidad de quien ha visto más batallas de las que le corresponde, lo retuvo con un brazo por detrás de la espalda y usó la otra mano para rodearle el cuerpo. Finlay forcejeó, gritó, luchó con toda la bravura infantil de quien cree estar salvando a su hermana, pero Fer lo inmovilizó con firmeza —aquello no era violencia, sino control— y lo arrastró a un rincón del salón donde lo sujetó como a un pequeño animal que ha mordido sin pensar.

—Quieto —gruñó Fer, apretando la mandíbula—. No es momento de matanzas por instinto. —Sus ojos buscaban los míos, pidiendo que hiciera lo que debía: calmar la situación.

—Fue culpa mía —dije—. Yo fui la que le llenó la cabeza con historias de odio. Si alguien tiene la culpa de esto, soy yo.

Aislé la mirada del salón y vi a Finlay, con la cara blanca y la boca temblando. En vez de reprocharle, se recogió sobre sí mismo como si quisiera hacerse invisible. Me partió el corazón.

En ese momento, un alboroto de voces se desató cerca de la entrada: una sirvienta entró justo detrás de una figura encorvada apoyada en su bastón, con los ojos más vivos de lo que su cuerpo permitía.

Era el viejo *laird*.

Al verlo, un frío me recorrió la espalda. Entró con dificultad, jadeando, con las manos temblando. Al observar la escena, bufó y dio un paso torpe hacia Alastor.

—¿Qué diablos…? —murmuró, y antes de que nadie pudiera impedirlo alzó la mano para intentar taponar la herida en el costado de su hijo.

Alastor, tendido en el suelo, sangrando, dejó que su padre intentara ayudarle. Lo vi presionar con torpeza sobre la tela manchada de rojo; sus dedos eran finos, débiles, pero el gesto era de quien no vacila ante la sangre de su sangre. Luego, con un gruñido, pidió en voz alta:

—¡El curandero! ¡Rápido, a por el curandero!

La sirvienta salió disparada como si la punta de una lanza le quemara las plantas de los pies. La tensión en la sala era eléctrica; nadie respiraba con naturalidad.

Lo que me heló hasta los huesos fue la mirada entre el viejo y mi padre. Los ojos del anciano *laird* se clavaron en él con una dureza que no esperaba ver en alguien de su edad. Por un segundo, el tiempo pareció estirarse: Mi padre que hasta hacía un momento dominaba la sala con su orgullo, retrocedió un poco al verlo. No era solo sorpresa; había temor en aquella mirada. Temor que se le dibujó en el rostro cuando el viejo McKinnon, aún con la mano apoyada sobre la tela empapada de sangre, dijo con voz rota:

—Marchaos. Ahora.

Campbell titubeó al principio, pero después sin palabra, obedeció. Dio media vuelta y salió del salón con la misma arrogancia caída que solo la vergüenza y el miedo pueden provocar.

Mientras me quedaba inmóvil, con la mejilla ardiendo y la rabia suicidándome por dentro, comprendí la magnitud del gesto: algo en ese anciano todavía imponía respeto hasta a mi propio padre.

La puerta se cerró con estrépito y, por un segundo, se oyó solo el latido acelerado de mi corazón en mis oídos. Entonces volví mi mirada a Alastor. Y ahí, en el suelo, vi algo que me quebró por dentro: la sangre en su costado crecía y crecía, la palidez que le iba

robando el color de la cara; y aun así sus ojos se desviaron hacia mí con algo precioso en sus ojos.

—Ailis —masculló—. Vete… vete y no te culpes. Esto no es tu culpa… ni de tu hermano.

—¡No! —le dije—. No voy a huir. —Me acerqué a toda prisa y me arrodillé a su lado, tomando la tela manchada entre mis manos, intentando presionar contra la herida como podía—. Perdóname… por todo.

Alastor me miró y, con un hilo de voz que parecía extraído de sus fuerzas más profundas, dijo:

—Fer… tráemelo.

Fer, que aún sujetaba a Finlay con fuerza, arrastró al niño hasta donde Alastor yacía. Vi la confusión en la cara de mi hermano; no entendía por qué lo acercaban al hombre al que había herido. Entonces Alastor alzó la mano con esfuerzo, con el rostro contraído por el dolor, y, con una claridad que cortó el aire, dijo:

—Muchacho… ven aquí.

Finlay, temblando, se soltó de Fer y se arrastró hasta donde Alastor estaba. Se arrodilló a la altura del costado de Alastor, con unos ojos grandes como dos lunas llenas.

Alastor, con la mano buscó la pequeña y traicionera mano de Finlay y la tomó con la suya, todavía caliente, todavía cubierta en parte de su sangre.

—Cuando mi padre retire su mano —dijo, con la voz cavernosa pero clara—, tu mano será la que tape mi herida. De ti depende que yo sobreviva. Si eres valiente, presionarás y me salvarás para que pueda volver a pelear contigo cuando me recupere. Te daré tiempo para crecer, para ser fuerte; no busco venganza con niños. Pero si eres cobarde… si te niegas… me dejarás aquí, desangrándome, y nunca aprenderás a enfrentarte a lo que eres.

Mi pecho se comprimió. Quise levantarme y abrazar a Finlay, apartarlo. Quise gritar que era absurdo que un niño tuviera que decidir así. Él me miró con determinación, y por primera vez aquello me dejó sin palabras.

—Que así sea —murmuró mi hermano, y con una voz que se endureció en la congregación como una orden propia, pidió al viejo *laird* que retirase la mano. —Señor —dijo con la torpeza que da la juventud en medio del temblor—. Levante la mano.

El anciano asintió, lento, con una comprensión amarga en el rostro, y retiró el apoyo de su palma. Hubo un instante de horror absoluto: la sangre empezó a brotar con más fuerza, y todos los que allí estábamos presentes parecimos quedarnos sin aliento.

Finlay cerró los ojos, apretó la mandíbula y puso su mano pequeña sobre la tela que cubría la herida. La presión era vacilante al principio, pero cuando la sangre no cesó y vio las gotas entre sus dedos, apretó con más fuerza. Fer inclinó la cabeza, la barbilla quedó apoyada en su pecho, y apretó fuerte los ojos dejando que el niño hiciera lo que le pedían.

Alastor miró a Finlay con una intensidad que parecía atravesarle el alma. Entre dientes, con dolor, dijo algo que sonó más a promesa que a orden:

—Si te mantienes ahí, si no te mueves, si aguantas, te prometo que vivirás para ser lo que quieras. Te entrenaré, te haré fuerte. Pero no porque lo desee para mí; porque un McKinnon no se ensaña con niños cobardes. —Había un brillo de rigor en su voz y, por primera vez, sentí que detrás de su ferocidad había también algo parecido al cariño.

Mis manos se apretaron hasta que los nudillos se me pusieron blancos. Miré a Finlay, y en sus ojos vi la mezcla del terror y de osadía. Quise abrazarlo, limpiarle la cara, decirle que no era su culpa; en cambio me quedé inmóvil, con la respiración atrapada en la garganta, observando cómo, poco a poco, la hemorragia se frenaba y la presión de la mano del niño se convertía en un tapón improvisado que trabajaba contra la muerte.

Fer suspiró, como si hubiera liberado una tensión inmensa, y bajó lentamente la mirada. El anciano *laird* permaneció de pie, jadeando, apoyado en su bastón; su semblante endurecido me había dicho lo suficiente: había miedo, sí, pero también algo más viejo: el reconocimiento de que Alastor había encontrado algo por lo que mantenerse con vida.

Cuando, minutos después, el curandero llegó con sus hierbas y brebajes, la tensión empezó a ceder como un nudo que se deshace. Alastor fue atendido con rapidez, y aunque la herida era grave, la mano del niño había hecho la diferencia.

Yo me arrodillé junto a Finlay sin más fuerzas, y él, con la cara empapada en sudor y ternura, me miró y murmuró:

—No te preocupes, hermana, sobrevivirá. Espero que puedas perdonarme.

No tuve valor de responder. Solo apoyé la frente contra su hombro y dejé que el mundo se quedase en silencio por un momento, mientras la sangre se mezclaba con la promesa indeleble de que, a partir de entonces, nada sería igual.

# Capítulo 24

## Ailis

El pasillo era largo, silencioso y húmedo. Ailis había perdido la noción del tiempo desde que el curandero y Fer se encerraron con Alastor. Solo sabía que las llamas de las antorchas parpadeaban en las paredes de piedra como si el castillo respirara con dificultad, igual que ella.

Apoyó la frente en la puerta cerrada, tan fuerte que la madera fría le entumeció la piel. Dentro se escuchaban murmullos, pasos, el tintineo de metal y un gruñido apagado que le arrancó un gemido ahogado en más de una ocasión. Cada sonido la atravesaba por dentro, pero cada silencio era peor.

Finlay se había quedado a su lado, en el suelo, con sus pequeñas rodillas encogidas contra el pecho. Sus manos seguían manchadas de rojo.

Lo miró, y el corazón se le rompió por segunda vez aquella noche. Quiso decirle algo —una palabra, una promesa, lo que fuera—, pero nada le salía. Ni siquiera sabía cómo consolar a un niño que acababa de mirar de frente a la muerte… y a la vez había sido capaz de ayudar a detenerla.

—¿Crees que se morirá? —preguntó él mostrando el miedo que sentía.

Ailis se agachó y le acarició el cabello, con los ojos ardiéndole por las lágrimas que no lograban salir.

—No —dijo, aunque no lo sabía—. No va a morir. No puede permitírselo.

El niño asintió, como si necesitara creerlo para seguir respirando. Luego se abrazó a sus piernas, y Ailis sintió que el temblor que lo recorría era el mismo que ella intentaba disimular.

La puerta permanecía cerrada, y cada segundo pesaba como una hora.

Cerró los ojos. Y los pensamientos empezaron a atropellarse, uno detrás de otro, como olas contra las rocas.

Recordó las palabras de Alastor aquella tarde, la manera en que la había mirado cuando la tocó, la forma en que su voz se había quebrado entre la furia y el deseo. Había algo en él que la hacía sentir viva de un modo que ni siquiera comprendía. No era ternura, ni dulzura, ni nada que pudiera llamarse amor todavía… pero era algo que la quemaba por dentro, algo que no quería perder.

Y ahora podía morir. Podía morirse por su culpa. Se cubrió la boca con las manos, ahogando un sollozo. La vergüenza y el miedo se entrelazaban, confundiéndole el pecho.

*Si no se salva, jamás podré perdonarme,* pensó, y sintió el sabor salado de las lágrimas en los labios.

Finlay levantó la cabeza y, al verla llorar, buscó su mano.

—No llores, Ailis —dijo, y su vocecilla tembló—. Él va a ser fuerte por nosotros, por ti. Me lo dijo antes de que… —se interrumpió, bajando la mirada—. Antes de que yo pusiera la mano.

Ailis tragó saliva y asintió.

—Sí… es fuerte. —Y le acarició la mejilla con ternura—. Y tú también lo fuiste, Finlay.

—No quería hacerle daño. Bueno sí que quería, pero porque pensé que debía defenderos.

—Lo sé. Y él también lo sabe. Por eso te habló así. Porque sabe que lo hiciste porque creíste que debías hacerlo.

El niño la miró con ojos muy abiertos, y por un instante ella vio en ellos el reflejo de lo que Alastor había visto: coraje, lealtad, la chispa obstinada que solo se hereda de los que nunca se rinden.

El tiempo siguió pasando, lento, torturante.

Una sirvienta trajo agua y vendas limpias, entró corriendo en la

alcoba y volvió a salir con las manos manchadas. Ailis se levantó de golpe.

—¿Cómo está? —preguntó, casi sin aire.

La mujer dudó, bajó la mirada y se limitó a decir:

—Aún respira, mi señora.

Aquellas palabras bastaron para que el suelo dejara de moverse bajo sus pies. Ailis soltó el aire que contenía y apoyó la espalda contra la pared, dejando que las lágrimas corrieran por fin, silenciosas, inagotables.

Finlay se puso de pie y la abrazó sin decir nada. Era un abrazo pequeño, torpe, pero lleno de una ternura que dolía.

—Prometo que rezaré por él —susurró el niño.

—Reza también por mí —respondió ella, sin poder evitar una sonrisa amarga—. Porque no sé cómo se vive con tanto miedo.

El chirrido de la puerta la arrancó del trance.

Fer salió primero, mostrando su rostro agotado, y la camisa salpicada de sangre seca. Al verla, hizo un gesto leve con la cabeza, como quien no se atreve a hablar demasiado alto frente a la esperanza.

—El curandero dice que pasará la noche. —Su voz era ronca, pero contenía una suavidad que rara vez se le oía—. Está débil, pero respira con fuerza. No todos lo logran con una herida así.

Ailis se llevó las manos al rostro.

Finlay exhaló un *gracias* tan bajo que se perdió entre las paredes.

Fer se acercó al niño y le apoyó una mano en el hombro.

—Hiciste lo correcto, muchacho. No lo olvides. Todo hombre que defiende a su familia hace siempre lo correcto, solo que esta vez el malo era de tu familia.

Cuando se quedaron solos, Ailis volvió a mirar la puerta. Ya no había miedo, sino una calma diferente, casi sagrada.

En ese momento se sintió diferente, ya no era la hija del *laird* Campbell, ni la hermana que cargaba con culpas ajenas. Era la mujer que había temido perder al hombre que la hacía sentir viva…

y que ahora sabía, con certeza, que no podría alejarse de él sin desgarrarse por dentro. Era la esposa de un McKinnon.

Se arrodilló ante la puerta y apoyó la frente sobre la madera.

—Aguanta, Alastor —susurró—. No te atrevas a dejarme ahora.

# Capítulo 25

## Ailis

El viento golpeaba las contraventanas con la fuerza de un presagio. Ailis caminaba deprisa por el pasillo del ala Este del castillo, envuelta en una capa que no lograba resguardarla del frío ni de las dudas que la atenazaban. Finlay dormía, y ella, incapaz de quedarse quieta, había tomado una decisión que el corazón le gritaba y la razón le condenaba:
iría a buscar a su padre.

Necesitaba ser franca con él, decirle que era un mentiroso y que pronto toda Escocia sabría que había engañado a todos. Que los Campbell eran los únicos culpables del enfrentamiento contra los McKinnon.

Su capa rozó la piedra mientras descendía los escalones que conducían al viejo salón de huéspedes del castillo Campbell. La puerta, entreabierta, dejaba escapar un resplandor anaranjado y un murmullo grave de voces. Iba a llamar, pero algo en el tono de su padre la detuvo.

—…no tardará mucho —decía el *laird* Campbell, con ese acento seco que le caracterizaba en la voz—. El Maldito McKinnon no resiste más de un par de noches, de eso estoy seguro.

—Y cuando muera —respondió otro hombre, que Ailis reconoció al instante: era Tyron, su primo, aquel al que su padre enviaba siempre cuando hacía falta ensuciarse las manos—, todo quedará en manos de su padre de nuevo. Pero el padre está postrado, débil, es un anciano

—Exacto —confirmó el *laird*—. Y su esposa es una Campbell. ¿Ves lo que eso significa, Tyron?

Ailis sintió que el aire se le escapaba de los pulmones.

—Cuando el viejo se apague y el joven McKinnon sucumba a sus heridas —prosiguió su padre con una calma espeluznante—, todo el dominio de las *Highlands* quedará bajo el nombre Campbell. Sin guerras, sin sangre… solo herencia y silencio. Nadie volverá a mencionar lo ocurrido hace dos años. Nadie sabrá jamás que fuimos nosotros quienes ordenamos el ataque al carruaje de su esposa.

Ailis apretó los labios para no gritar.
Sintió cómo se le helaba la sangre en las venas, cómo la rabia y el asco le subían por la garganta hasta hacerla temblar.

Tyron rio por lo bajo, con esa sorna que siempre la había repelido.

—¿Y si mi prima se entera? No parece de las que callan fácilmente.

—Mi hija —respondió el *laird*, alzando la voz— ya ha cumplido su papel. Es una McKinnon de nombre, pero Campbell de sangre. No le queda más que obedecer y cerrar los ojos. O si lo prefiere que mire hacia otro lado. Si intenta interferir, sabrá lo que les ocurre a los que olvidan a quién deben lealtad.

—¿Y si el herido sobrevive? —insistió Tyron.

—Entonces será un cadáver con retraso —replicó su padre, levantándose—. Nadie se alza contra los Campbell y vive para contarlo. Ya lo hicimos una vez, y lo haremos de nuevo si es necesario.

El silencio que siguió fue peor que cualquier amenaza.

Ailis dio un paso atrás, con el corazón desbocado. La madera crujió bajo su pie.
Dentro, el sonido de una silla arrastrándose la heló por completo.

—¿Quién anda ahí? —tronó la voz del *laird*.

Ailis contuvo la respiración y retrocedió, refugiándose en la penumbra del corredor. Su pecho subía y bajaba con violencia, como si el aire quemara.

Acababa de escuchar la confesión que destruía todo lo que creía saber.

Su padre… había mandado asesinar a la esposa de Alastor. Por su culpa, aquel hombre que empezaba a amar había vivido años de duelo y odio.

Por su culpa, ahora estaba al borde de la muerte.

Una mezcla insoportable de vergüenza y furia la recorrió entera. ¿Ese era el honor que tanto defendían los Campbell? ¿Esa era la paz por la que había crecido dispuesta a odiar? Un linaje construido sobre la mentira, el asesinato y la codicia.

Retrocedió sin pensar, bajando esas escaleras que la habían conducido hacia la verdad. Las palabras de su padre se repetían como palabras malditas mientras abandonaba el castillo de los Campbell.

*Cuando el viejo se apague, todo será nuestro. Nadie sabrá jamás lo que hicimos.*

Nadie, salvo ella. Ella sí lo sabía.

Y aunque el miedo le arañaba las entrañas, comprendió que ya no podía callar. No después de ver a Alastor desangrarse por protegerla. No después de escuchar la verdad de labios del hombre que la había criado.

Cuando llegó Dunnottar de nuevo, descendió del caballo de un salto, se apoyó contra el muro de las caballerizas, y cerró los ojos. Hasta el castillo parecía un enemigo, y cada piedra una amenaza.

Por primera vez, no sabía a qué clan pertenecía… solo sabía que debía proteger al hombre que estaba muriendo por culpa de su propio padre.

Unas lágrimas lentas, densas, le corrieron por las mejillas.

*Padre…susurró para ella. ¿Qué habéis hecho?*

El sonido de un trueno sacudió el cielo.
Y Ailis, temblando, levantó la mirada hacia la puerta de la alcoba donde yacía Alastor. Su decisión ya estaba tomada. Si el *laird* Campbell quería borrar la historia, tendría que empezar por silenciarla a ella.

El amanecer se deslizaba pálido sobre las torres del castillo, pero Ailis no lo veía. Llevaba horas sentada en el borde de la cama, con las manos entrelazadas sobre el regazo, y los ojos perdidos en la nada. Había intentado dormir, pero cada vez que cerraba los ojos volvía a escuchar la voz de su padre, fría y cruel, planeando la muerte de los McKinnon como quien negocia un caballo en el mercado.

No podía seguir callando.

Cuando por fin se levantó, sintió las piernas temblar. Y después de pensar durante toda la noche decidió que debía enfrentarse a su padre, debía plantare cara, ser valiente y pedir explicaciones. Porque durante toda su vida le había engañado contándole un cuento inventado sobre su clan. Así que regresó de nuevo al castillo de los Campbell.

El pasillo que la separaba de los aposentos de su padre le pareció más largo que nunca.
Empujó la puerta sin anunciarse.

El *laird* Campbell estaba de pie junto a la chimenea, con una copa en la mano y al verla frunció el ceño. Al mirar a su hija a los ojos su expresión cambió de leve sorpresa a pura molestia.

—¿Sabes qué hora es, hija? —preguntó con voz ronca.

—La hora de que me cuentes toda la verdad —respondió ella, sin titubear.

El hombre arqueó una ceja y dio un sorbo lento a su bebida.

—¿Qué dices?

—Os escuché anoche, padre —dijo ella al fin, sin poder esconder el ritmo que su corazón marcaba—. Escuché vuestras palabras, vuestras risas… escuché cómo confesabais haber ordenado la muerte de la esposa de Alastor McKinnon.

El silencio que siguió fue un golpe seco.

El rostro del *laird* se endureció, las venas de su cuello se marcaron.

—No sabes lo que dices —replicó, con una calma falsa.

—Sí lo sé —insistió Ailis, dando un paso hacia él—. Todo lo que nos contasteis sobre el honor de los Campbell, sobre la gloria del clan… ¡eran mentiras!

—¡Cállate! —rugió él, arrojando la copa contra la pared. El cristal estalló y el vino manchó las piedras como sangre.

Ailis retrocedió, pero no apartó la mirada.

—¿Por qué, padre? ¿Por qué matar a inocentes?

—Porque así se gana poder —replicó él, con una sonrisa torva—. Y tú, muchacha, deberías dar gracias de haber nacido bajo mi nombre, y no bajo el de esos bárbaros de las montañas.

—No habléis así de ellos —susurró ella, temblando—. Ellos son mi familia ahora.

El *laird* la miró con desdén, acercándose hasta quedar frente a ella.

—Eres una Campbell antes que nada. No olvides quién te dio la vida. Si abres la boca, si pronuncias una sola palabra más sobre lo que crees haber escuchado… no tendré reparo en hacer que

desaparezcas de este castillo como desaparecieron otros antes que tú.

Ailis sintió un nudo en la garganta.
Aquella mirada no era la de un padre. Era la de un enemigo.

Sin decir nada más, retrocedió hasta la puerta.

—Os equivocáis, padre. No soy como vos. Y si el infierno existe… ya os está esperando.

Cerró la puerta con un portazo y bajó corriendo las escaleras.

Sus ojos estaban llenos de lágrimas, pero no de miedo, sino de vergüenza. Corría no para huir, sino para hacer lo correcto.

# Capítulo 26

# Alastor

El viejo *laird* McKinnon estaba sentado junto a la ventana de su habitación, envuelto en una manta.
El fuego chispeaba en la chimenea, y a su lado reposaba un libro abierto que parecía llevar días sin tocarse. Cuando vio entrar a Ailis, su rostro arrugado se iluminó con una sonrisa tenue.

—Sabía que vendrías —dijo con voz grave.
Ailis cayó de rodillas a su lado, incapaz de contener el llanto.

—He pecado, creo que he pecado. Voy a traicionar a mi padre… a mi clan.

El anciano le tomó las manos entre las suyas, con un gesto sorprendentemente fraternal.

—No, niña. Has elegido la verdad, y eso no es traición. Es valentía.

Ella lo miró con los ojos enrojecidos.

—Escuché lo que hizo… lo que ordenó. La muerte de la esposa de vuestro hijo… fue culpa suya. Mi padre… el *laird* Campbell.

El viejo asintió despacio, sin sorpresa.

—Lo sé. —Su voz sonó como un suspiro cansado—. Hace años que lo sospechaba.

—¿Y no hicisteis nada? —preguntó Ailis, sin entender.

—A veces, muchacha, la justicia llega más tarde de lo que deseamos. Pero llega. —El anciano la miró a los ojos con ternura—. Tú eres la prueba de ello.

Ailis apretó los labios, entre culpa y alivio.

—¿Qué pasará con Finlay? —preguntó al fin, temerosa—. Él… atacó a Alastor, aunque no sabía lo que hacía.

—Nadie dañará a un niño bajo este techo —replicó el viejo, con una autoridad que aún imponía respeto—. Puedes estar tranquila. Los hombres de honor no buscan venganza en cuerpos pequeños.

Ailis inclinó la cabeza, ahogada por la emoción.
El anciano acarició su mejilla.

—Ahora debes descansar, hija. Has cargado con demasiado peso para un solo corazón.

En ese momento, la puerta se abrió.
Fer apareció acompañado del curandero, ambos con el rostro más sereno que horas atrás.

—Mi señor —dijo Fer, dirigiéndose al viejo *laird*—, Alastor se mantiene fuerte. La fiebre ha cedido.

Luego, sus ojos se posaron en Ailis.

—Y ha preguntado por vos, *milady*. Dice que quiere veros.

El corazón de Ailis dio un salto.
El viejo McKinnon le sonrió.

—Ve —le dijo con suavidad—. Hay heridas que solo el alma puede sanar.

Ella lo miró, asintió en silencio y se levantó.
Con el pulso acelerado, cruzó el pasillo hasta la puerta de la alcoba de Alastor. Se detuvo un instante, apoyando la frente contra la madera. El miedo, la culpa, la esperanza… todo se mezclaba dentro de ella. Inspiró hondo, cerró los ojos y, finalmente, empujó la puerta para entrar.

La habitación estaba en penumbra, iluminada solo por el fuego tenue que ardía en la chimenea.

El olor a hierbas medicinales ocupaban la estancia, mezclado con el del sudor y el olor a sangre.

Ailis cruzó el umbral conteniendo la respiración.

Alastor estaba recostado, llevaba el pecho vendado, y sus ojos estaban entreabiertos. Cuando la vio, la sombra de una débil sonrisa cruzó su rostro.

—Sabía que vendrías —murmuró con voz ronca.

Ailis se quedó inmóvil unos segundos, como si temiera quebrarse si daba un paso más.

—No debería estar aquí —susurró.

—Entonces… haz lo que no deberías —respondió él con un atisbo de humor cansado.

Ella dio un paso al frente. El sonido de su falda arrastrando la piedra fue lo único que rompió el silencio. Cuando llegó a su lado, vio sus labios agrietados, la piel pálida, la venda de su herida que le cruzaba el costado. Sus ojos, sin embargo, estaban más vivos que nunca.

—¿Cómo te sientes? —preguntó ella, en un intento torpe de disimular la emoción.

—Como si me hubiese pasado por encima todo un regimiento… pero supongo que eso es mejor que estar muerto —contestó él, con una débil sonrisa.

Ailis bajó la mirada, apretando las manos sobre el regazo.

—Mi hermano… Finlay… —susurró—. No sabía lo que hacía. Quiso protegerme, pero…

—Tranquila —la interrumpió Alastor, con voz suave—. Lo sé.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Crees lo que digo?

—Sí —asintió él—. Pude verlo en sus ojos. No había odio, solo miedo y amor por ti muy grande. Un muchacho así no se castiga. Se enseña.

—No merecemos tanta comprensión —murmuró Ailis, con un hilo de voz.

Alastor la observó un momento, y luego extendió lentamente la mano.

—Ven.

Ella dudó, pero finalmente la tomó. Su mano era grande, caliente, y pese a la debilidad de su cuerpo, la sujetaba con una firmeza que la estremeció.

—Gracias —susurró ella, rozando con sus dedos los de él.

Entonces sintió un leve tirón. Alastor la atrajo hacia él con cuidado, acercándola hasta que su rostro quedó a solo unos centímetros del suyo. El espacio entre ellos desapareció Los ojos de Ailis brillaron como si fuesen de cristal. Él la miró con un cariño nuevo, casi respetuoso, y en un impulso que ninguno contuvo, la besó.

Fue un beso suave, torpe al principio, pero cargado de todo lo que se debían. De perdón, de miedo, de deseo.

Cuando se separaron, Alastor apoyó la frente contra la de ella y habló en un susurro.

—Perdóname, Ailis.

Ella lo miró confundida.

—¿Por qué me pides perdón?

—Porque fui un necio —respondió, con la voz rota—. Tenía planeado para ti una vida miserable. Quería alejarte de todo lo que amabas, de tu gente, de tu tierra… y dejarte sin descendencia.

Ella lo miró horrorizada.

—¿Por qué haríais algo así?

—Porque pensaba que así acabaría con tu clan. Que al destruir tu futuro, destruiría el suyo. —Sonrió con amargura—. Incluso pensé en hacer lo mismo con tu hermano.

Ailis lo observó unos segundos, y luego una sonrisa leve asomó a sus labios.

—Jamás hubieras conseguido lo que te proponías.

Él ladeó la cabeza, con una chispa de ternura en los ojos.

—Está claro que no —dijo, y volvió a besarla. Esta vez con más fuerza, con una pasión que por fin se liberaba.

El momento se rompió con el sonido brusco de la puerta.

Fer entró sin anunciarse, con el ceño fruncido y el rostro serio. Se detuvo al verlos, cruzó los brazos y soltó con voz seca:

—Si habéis terminado con eso… hay algo que deberíais saber.

Ailis se apartó un paso, con el corazón aún desbocado. Alastor alzó la vista hacia su amigo, y la expresión en el rostro de Fer bastó para saber que las buenas noticias habían terminado.

El silencio posterior a las palabras de Fer se hizo tan denso que podía cortarse. Ailis notó cómo la sonrisa que aún temblaba en sus labios desaparecía por completo.

—¿Qué ocurre? —preguntó, con un nudo en la garganta.

Fer no respondió de inmediato. Miró a Alastor, luego a ella, y finalmente exhaló con pesar.

—Se han llevado al pequeño Finlay.

Ailis se llevó una mano a la boca, y de forma inmediata su rostro perdiendo todo color.

—¿Qué… qué habéis dicho?

—Un grupo de hombres —continuó Fer con voz grave—. Nadie los vio entrar. Cuando nos dimos cuenta, el niño ya no estaba. Dejaron un aviso a una de las sirvientas.

Alastor intentó incorporarse, pero el dolor lo obligó a jadear y caer de nuevo sobre las almohadas.

Fer hizo un gesto, y una joven muchacha cruzó la puerta. Tenía los ojos hinchados de llorar, y el delantal manchado de barro.

—Adelante, muchacha —le indicó Fer—. Diles lo que viste, lo que te dijeron.

La sirvienta avanzó con paso inseguro hasta quedar a unos metros de la cama.

—*M-milord*… *milady*… dijeron… dijeron que el niño morirá si no se les entrega todo lo que haya escrito… todos los documentos de registro que existen sobre ellos —sollozó, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.

Ailis negó con la cabeza, incrédula.

—¡No! No puede ser… —murmuró—. Maldición… —Y luego, con la voz cargada de furia añadió—. ¡Quieren borrar toda prueba de lo que son! Quieren hacer creer al mundo que jamás mancharon sus manos de sangre, que los Campbell fueron víctimas, cuando fueron los asesinos.

Alzó la vista hacia Fer y Alastor, el dejó asomar ese rostro encendido por la ira—. No podemos entregarles esos pergaminos. ¡No podemos! Sería dejar que sigan mintiendo, que sigan manipulando la historia, ¡que sigan destruyéndonos!

Alastor la observó en silencio, mostrando sus ojos oscuros brillando bajo la fiebre y el valor.

Luego, lentamente, alargó la mano hacia ella y le tomó los dedos.

—Ailis… calma —dijo.

—¿Cómo podéis pedírmelo? ¡Se han llevado a mi hermano! —gritó ella, fuera de sí.

—Precisamente por eso —replicó él—. Si pierdes la calma, ya han ganado. Su tono, aunque débil, tenía la autoridad de un líder.

Fer cruzó los brazos y los miró a ambos.

—Entonces… ¿qué vais a hacer? —preguntó, directo, sin rodeos.

Alastor levantó la vista hacia su amigo, con una serenidad en su rostro que solo el dolor puede enseñar.

—Les daremos lo que piden.

Ailis giró el rostro hacia él, horrorizada.

—¡No! No puedes hacerlo, Alastor. Si entregas esos documentos, jamás se sabrá la verdad.

—Y si no lo hago —replicó él con dureza—, tu hermano morirá.

El silencio volvió a caer sobre la estancia. Fer dio un paso hacia adelante.

—¿Estás seguro? Si los Campbell consiguen destruir esas pruebas, nunca podremos demostrar lo que hicieron.

Alastor asintió despacio.

—Lo sé. Pero Finlay es solo un niño. No cargará con la culpa de sus mayores ni con la venganza de los míos.

Ailis lo miró con lágrimas en los ojos.

—¿Vas a sacrificar todo por él?

Alastor le sostuvo la mirada, sin apartarla.

—Voy a sacrificarlo todo por ti. Y él es parte de ti.

Las palabras la desarmaron. Sintió cómo el aire se le atascaba en el pecho. Quiso responder, pero la emoción la ahogó. Solo alcanzó a balbucear:

—No sabes lo que haces…

—Sí, lo sé —respondió él con una leve sonrisa—. Les daré lo que piden, pero antes… que suelten al mocoso.

Fer lo observó con atención, como intentando leerle los pensamientos.

—Espero que no sea ese el plan, amigo. Porque no suena a ti.
Alastor giró lentamente la cabeza hacia él.

—Porque no lo es.
Fer entrecerró los ojos.

—¿Qué estáis tramando?
El *laird* herido dejó escapar una risa seca, amarga.

—Si los Campbell quieren jugar a borrar la historia, tendrán que venir aquí. Y esta vez… —hizo una pausa, mirando a Ailis—, esta vez no seremos nosotros los que sangremos por sus mentiras.

# Capítulo 27

## Alastor

El fuego de la chimenea crepitaba en la esquina de la habitación, pero el frío seguía ahí, metido en los huesos, igual que la culpa. Habían pasado solo unas horas desde que los Campbell se llevaron al pequeño Finlay, y cada minuto que transcurría sin noticias me pesaba como una piedra gigante sobre el pecho.

Fer permanecía frente a la mesa, con los brazos cruzados y la mirada clavada en los pergaminos extendidos ante él. Los mismos documentos que durante años habíamos protegido con la vida. Los mismos que ahora pensaba entregar.

—No puedes hacerlo, Alastor —le repitió en esta ocasión Fer—. Si les das esos registros, ellos ganan. Borrarán la verdad. No quedará nada que demuestre lo que hicieron, ni quiénes fueron.

—No hables en pasado, lo siguen siendo.

Levanté la mirada hacia él. Tenía ojeras profundas y el gesto de un hombre que había visto demasiado dolor en los últimos días.

—Además, ya lo han ganado todo, Fer. —Mi voz sonó más áspera de lo que pretendía—. Lo que guardamos en esos papeles no sirve de nada si no hay quien lo defienda.

Fer golpeó la mesa con el puño, haciendo vibrar las velas.

—¡Sirve, maldita sea! ¡Es la historia de nuestro clan!

—Y también nuestra condena.

Respiré hondo, sintiendo cómo el dolor de la herida me atravesaba el costado.

—Durante años he vivido para vengar lo que nos arrebataron. Creí que si los Campbell sufrían como nosotros, el equilibrio volvería. Pero mira dónde estoy, Fer. —Me señalé el pecho, el vendaje

manchado de sangre seca—. A un paso de la tumba, y con una mujer que no puedo odiar, aunque su sangre sea la del enemigo.

Fer me miró en silencio, y su expresión comenzó a suavizarse poco a poco.

—Entonces… ¿lo haces por ella?

—Sí. —No lo dudé ni un segundo—. Por ella, por el niño, por el futuro. El pasado ya ha hecho suficiente daño.

Fer bufó, girándose hacia la ventana empañada por el humo del fuego.

—No esperaba oír eso de tu boca.

—Ni yo. —Esbocé una sonrisa cansada—. Pero supongo que la vida tiene un modo cruel de recordarnos que el odio no construye nada.

Hubo un largo silencio. Solo el chisporroteo del fuego y el silbido del viento colándose por las rendijas del muro.

Finalmente, Fer volvió a mirarme.

—Aún puedes cambiar de opinión. Podemos preparar una emboscada. O quemar delante de sus narices lo que creen que buscan. No tienen por qué saberlo.

Negué con la cabeza.

—No quiero empezar esta nueva vida con mentiras. Ya engañé demasiado tiempo a Ailis.

Mi plan era mantenerla aquí, lejos de los suyos, sin darle hijos, sin permitir que su linaje siguiera.

Iba a pagar con su vientre la deuda de su padre.

Fer apretó los labios, sin decir palabra.

—Y sin embargo, mírame —continué—. Un solo beso suyo bastó para que todo se desmoronara. Ahora no puedo verla sufrir más. Si debo elegir entre la venganza y su paz… —Hice una pausa, la voz salió baja—. Elijo su paz.

Fer respiró hondo, pasándose una mano por la barba.

—Si eso quieres… entonces yo haré el intercambio.

Lo miré sorprendido.

—No. No pondrás tu vida en riesgo por esto.

—Ya lo está —respondió sin titubear—. Si tú caes, yo caigo contigo. Además, apenas puedes mantenerte en pie. Si los Campbell te ven en este estado, pensarán que tienen la victoria asegurada. Déjame a mí hacerlo.

Mi instinto gritaba que no. Que el líder debía estar al frente. Pero la razón, por una vez, ganó la batalla.

—Está bien —cedí—. Pero prométeme algo, Fer.

—Lo que sea.

—Si algo sale mal, no luches.

Toma los documentos, saca al niño y regresa. No quiero más sangre derramada por mis decisiones.

Fer asintió despacio, aunque su mirada decía que no cumpliría esa promesa.

Lo observé recoger los pergaminos, enrollarlos con cuidado y guardarlos en una funda de cuero.

Su silueta, recortada por la luz del fuego, me recordó a los viejos guerreros que marchaban hacia la oscuridad sin esperar gloria alguna.

—El punto de encuentro será en el cruce del bosque, antes de Dunnottar —dijo, abrochándose la capa—. Iré solo.

—Ten cuidado. Los Campbell no conocen la palabra honor.

Fer sonrió de medio lado.

—Tampoco nosotros, cuando se trata de proteger a los nuestros.

Me quedé callado. Cuando la puerta se cerró tras él, la habitación se volvió demasiado grande, demasiado fría.

Por primera vez en mucho tiempo, no sentí odio. Solo un cansancio profundo… y una sensación que no conseguía borrar de mi cuerpo. La guerra entre los McKinnon y los Campbell no terminaría con espadas, sino con sacrificios.

Quizá ese era el precio de amar a una mujer que debía odiar.

# Capítulo 28

## Fer

El claro del bosque estaba helado de madrugada; el rocío cubría las hojarascas. Yo no era un hombre de muchas palabras en momentos como aquel: tenía los pergaminos enrollados en la funda y la responsabilidad clavada en la espalda como una losa. Frente a mí, a la distancia convenida, se formó la figura de los Campbell: hombres como rocas, quizá ocho en total, con el *laird* a un lado y Tyron que sonreía con suficiencia a su derecha. Tenían al niño atado a un poste y a su alrededor a dos criadas, temblando, las que salieron corriendo tan rápido como pudieron.

Cuando Finlay me vio, sus ojos se abrieron como enormes platos. No perdí tiempo. Acerqué el caballo hasta donde él se encontraba y le dije con voz serena después de desatarlo:

—Súbete. No temas. Agárrate fuerte y no mires atrás. —Le di una palmada fuerte a las ancas del animal y el bruto dio un bote. —¡Suerte, muchacho! —le grité, y vi alejarse a mi caballo entre los árboles con la sensación de que llevaba algo más que un niño: llevaba la última posibilidad de paz.

Me volví hacia los Campbell con las manos vacías y la cara sin rastro de miedo. Tyron me miró desdeñoso, con esa voz que siempre tienen los hombres que creen que la suerte está de su lado.

—¿Qué demonios haces aquí? —se burló—. ¿Piensas volver a Dunnottar a pie? Pobre tonto —Su risa me dio asco.

El *laird* se permitió una carcajada.

*Es un espectáculo*, pensé. No había arreglo que hacer con hombres como esos.

—No tengo esperanzas en regresar —dije, y raspé la funda donde llevaba los pergaminos—. Lo que sí pienso hacer es mataros. A todos.

Su rostro que reflejaba desdén se congeló en un instante, y luego desenvainaron. La pelea no fue heroica ni limpia; fue brutal, precisa, rápida. Yo ya no era el hombre que hacía bromas en los banquetes: cuando alcé la espada, el mundo se redujo a acero, pasos y respiraciones ahogadas.

La primera estocada la di como quien clava una estaca en la oscuridad: entró entre dos hombres que marchaban juntos, y la hoja salió limpia. Cayeron los dos al instante; el resto de hombres al verlos caer titubeó. Vi cómo se bloquearon, cómo la sorpresa borró sus movimientos.

Me atacaron en grupo. Fueron cuatro sobre mí en la primera embestida, hombres grandes, altos, acostumbrados a romper todo lo que se les cruzase en su camino. Una lanza rozó mi costado; un golpe me dejó la pierna coja y me clavaron la punta en el muslo. Sentí el impacto, la resistencia de mis músculos y el calor que no quiero describir; la pierna me falló en parte, pero no me tumbó. La adrenalina me sostuvo.

Respiré y moví la espada con la única calma que me quedaba. Aproveché un hueco, giré sobre la rodilla lastimada y rebané; un brazo me vino sobre la cara: bloqueé con la muñeca y noté un corte profundo que atravesó la carne de mi antebrazo. No fue un detalle bonito: la tela se empapó y mi brazo ardió, pero seguí. Aprendí a pelear con un costado roto y con un brazo casi inútil. La rabia entrena el cuerpo de un modo que la razón no puede prever.

Caí sobre dos de ellos en una sucesión de golpes de acero: uno, otro, y luego un tercero vino tras de mí. Un corte, una subida de adrenalina, una evasión, y la mesa de la ejecución quedó reducida a gemidos y silencio. Miré alrededor: me faltaban fuerzas, tenía la respiración rota y me dolía la pierna, pero quedaba Tyron y quedaba el *laird*.

Tyron era peor que una bestia: era la clase de hombre que no conoce el peso de la culpa. Vi en sus ojos que no esperó que resistiera tanto. Me lancé a él sin estrategia, solo con mi fuerza bruta. Mi *claymore* subió y le atravesó el cuerpo; un gesto limpio y él se hundió. Antes de caer, sus manos buscaron a alguien y la expresión de sorpresa fue instantánea. Cayó. Tyron se quedó rígido

por un segundo, y luego su orgullo se convirtió en furia. Saltó hacia mí, pero yo ya le había visto sus escasos movimientos, me había dado tiempo de sobra a darme cuenta de que siempre daba un paso a la derecha antes de intentar clavarme la espada: una estocada que falló al menos tres veces. Todo lo contrario de la mía, que le atravesó, y lo vi rodar, extinguirse la violencia de su rostro. Después calló.

Quedaba el *laird*.

Tiempo, necesitaba mi tiempo, al menos un segundo para juntar fuerzas. Me tambaleé; la sangre me caía en hilos por la cabeza. Le vi mirar con desprecio y, sin decir palabra, se lanzó. Tenía esa calma peligrosa de los que ordenan matar desde lejos.

—¿Por qué haces esto? —dijo, jadeando, cuando estuvimos a dos pasos. Su voz sonó diminuta ante lo que iba a suceder. Quizá tampoco esperaba preguntas.

Respiré con dificultad. Cada palabra traía con él más rabia, pero mi pregunta fue simple, directa:

—¿Mandasteis matar a la esposa de Alastor hace dos años? —Mi voz tuvo la ferocidad que da la certeza—. Era mi hermana.

Lo vi palidecer al oírlo. La confesión que yo llevaba dentro no era solo mía: había ardor en el recuerdo de mi familia, en la muerte que sufrió la hermana que yo enterré con el nombre de injusticia. Lo había soñado cada noche; el rencor no se cura, se carga.

—Soñé con este momento cada noche —dije—. Y vine a cobrar su vida.

No hubo más tiempo para palabras.

Me lancé con la fuerza que me quedaba. El *laird* alzó el arma; el metal cantó en el amanecer. Mi *claymore* tembló, apunté, clavé el acero con todo lo que era yo: las noches sin dormir, la sangre en las manos, el llanto ahogado en la tierra. La hoja penetró. Sentí resistencia, luego la inmovilidad. Se inclinó hacia adelante, con la expresión de quien no esperaba que la justicia entrara por la puerta en ningún momento de su vida. Cayó hacia delante, y su cuerpo quedó inmóvil.

Respiré con violencia. Estaba herido y agotado; me apoyé en la empuñadura de la espada, dejando que la realidad volviera poco a poco. Delante de mí, Tyron y los suyos yacían donde debían haber quedado años atrás: derrotados, callados. Y de nuevo el bosque pareció recuperar su aliento, su calma.

No celebré la victoria. No hubo júbilo. Solo un peso más eliminado de mis hombros, la confirmación de que el precio de la verdad había sido alto.

Miré la herida en la pierna, el corte en el brazo; me sujeté y vi cómo la sangre manaba de mi cuerpo con lentitud.

Supe que había cumplido con algo más que una venganza: había abierto un camino para que la verdad saliera a la luz sin que ellos la borraran. Y, sobre todo, había devuelto a Finlay su vida.

Me arrodillé un momento, apoyando la frente en la empuñadura. Sentí las palmas de mis manos sobre la hojarasca.

Alcé la vista. La sangre en mis manos me decía que no volvería a ser el mismo. La gloria de la revancha no llenaba la herida; solo la cerraba lo suficiente como para que otros pudieran respirar.

Me quedé allí, sentado, con la espada apoyada en el tronco de un árbol, y esperé.

# Capítulo 29

## Alastor

El estruendo de cascos se cortó a lo lejos como un relámpago. Primero fueron las voces de los criados —un grito que subía de tono y se multiplicaba—; luego apareció la sombra del caballo en la curva del camino, y detrás, con los ojos desorbitados y la capa hecha jirones, Finlay.

—¡Ha vuelto! —alguien chilló, y el castillo entero pareció lanzarse hacia la puerta.

Ailis no se lo pensó. Salió del salón como si el suelo ardiera bajo sus pies, apartando a los que quedaban en el umbral, con el pecho apretado y la esperanza clavada en la garganta. Finlay saltó del caballo y corrió a ella con los pantalones llenos de barro y una sonrisa temblorosa que no podía creer que fuese real. La abrazó con fuerza, como si por sujetarla evitara que el mundo se volviera a desmoronar.

El ruido del gentío llegó a la alcoba donde Alastor yacía. Él no esperó a que nadie le contara lo que estaba ocurriendo. Con la ira y la incertidumbre clavadas como estacas en el pecho, se incorporó como pudo. La venda apretada en el costado le molestó; el mundo daba vueltas nada más incorporarse. Se arrastró hacia la pared, usando la piedra fría como apoyo, y avanzó a trompicones por el corredor.

Sus hombres llegaron a su lado en un momento. Jurgen y Callum lo sujetaron por debajo de las axilas. Con manos expertas y sin tiempo que perder, le ajustaron la venda para que no se abriera la herida de nuevo. Él jadeó, pero no se detuvo.

—¿Qué demonios…? ¿Dónde está Fer? Hay que ir a por él —murmuró, y sus ojos encontraron a Ailis que, ya con Finlay, corría hacia la entrada.

Su padre, el viejo *laird*, avanzó tras él con paso vacilante. Al verle, se detuvo en seco y frunció el ceño; la preocupación asomó bajo la máscara de orgullo.

—Es un error —dijo en voz baja—. Probablemente sea una trampa. Es demasiado fácil. Fer puede estar muerto y nos haríais salir a todos a una muerte innecesaria.

Alastor apretó los dientes hasta que crujieron. El vendaje le apretaba las costillas como si intentase ahogarle. Miró al emisario del temor con la misma dureza con la que miraba al enemigo en el campo de batalla.

—Ninguno de mis hombres quedará solo —dijo, y cada palabra dicha sonó como una orden—. Aun muerto, tendrá sepultura donde los McKinnon entierran a los suyos. Pero si hay un ápice de vida en ese bosque, prefiero no perder un segundo en supuestos y cobardías: iremos a averiguarlo ahora.

Hubo un murmullo de asentimiento entre sus leales. Fer había sido más que un hermano de armas para ellos; renunciar a él no era opción. Alastor, con la voz rasgada, alzó la mano y mandó:

—Que lo traigan aquí. Que lo pongan a cubierto. El curandero debe estar en el castillo para cuando él regrese, y que nadie, ni uno, se mueva sin mi orden.

Ailis apretó a Finlay contra el pecho; su pequeño cuerpo temblaba, pero estaba vivo. Sus lágrimas mojaron la capa del niño y, por un momento, todo lo demás quedó suspendido: el miedo, la furia, la venganza. Solo existía ese abrazo y ese latido de su hermano que sentía contra su cuerpo.

A los pocos segundos dos caballos salieron del castillo con destino al bosque en busca de Fer.

Fer llegó hasta el castillo de los McKinnon sostenido por un caballo y sin fuerzas propias. Callum y dos muchachos lo bajaron con cuidado; lo acostaron sobre una manta extendida en el umbral del salón, y el curandero se arrodilló de inmediato sobre él. A su lado, Alastor avanzó en dos pasos, con el vendaje nuevo mordiendo la piel. Lo miró: Fer tenía la camisa hecha jirones, el brazo inflamado, y la mirada casi apagada.

—Me alegra verte vivo —dijo Alastor sin poder ocultar la emoción—. Maldito seas por no obedecerme.

Fer trató de sonreír y apenas emitió un sonido. Ailis, sin soltarse del niño, soltó una exhalación que fue más oración que palabra. El salón se llenó de movimiento: vendas, hierbas, manos que trabajaban. Afuera, la luz del atardecer se partía entre los árboles.

Todos esperaban a que el curandero hablara. Fer abrió los ojos con dificultad. Al principio solo murmuró nombres sueltos, luego respiró y, con la voz como quien arrastra algo pesado, comenzó a contar.

—Nada más ver al niño atado al árbol… —Tosió.

—No te esfuerces. Primero debes reponerte —dijo Alastor.

Fer lo ignoró y continuó su relato como pudo.

—Supe que no me lo querían poner fácil, y sabiendo eso —dijo, y tosió de nuevo—. Fue una trampa, como pensé. Vinieron seis, más Tyron y el *laird*. Me vi solo y por un segundo pensé en el miedo; luego... luego supe que era mi momento, ese momento que tanto había ansiado en reclamar la venganza que mi hermana merecía. No había opción. —Su mandíbula se tensó—. No me arrepiento. Mi hermana estaba muerta porque ellos lo ordenaron. Yo solo devolví lo que nos dieron.

Contó cómo había matado a Tyron, cómo había atravesado al *laird*, cómo la rabia le había ayudado a clavarle la espada. Lo dijo

con manos que temblaban todavía, con ojos que se cerraban por el dolor que sentía en todo su cuerpo; no había orgullo estallando en su voz, solo la certeza de quien creía que su acto había sido ejecutado con justicia.

Cuando mencionó al *laird* —y los detalles de cómo lo había matado— el murmullo en el salón fue una ola. Algunos hombres cerraron los puños; otros apartaron la vista. Alastor, con la venda aún sobre el costado, clavó la mirada en Fer. No hubo reproche en sus rasgos; había un reconocimiento frío y feroz. Fer había pagado la ofrenda que su pueblo necesitaba pagar. Que él mismo hubiera querido cobrarse.

Ailis no supo si debía llorar, gritar o quedarse muda. La verdad la golpeó en la cara con la fuerza del viento. Al pensar en el rostro del hombre que había ordenado aquel crimen —su padre— sintió que el mundo le daba vueltas. Y, sin embargo, cuando miró a Fer, vio algo que la desmontó: ahí, en la agonía del guerrero, había una especie de paz. No por la muerte que había causado, sino porque había vengado lo que a él le importaba.

Se acercó con pasos que le costaban. Se arrodilló junto a él y tomó su mano surcada de cortes.

—Te perdono —dijo sin rodeos, con la voz quebrada—. Y créeme: si tú no lo hubieras hecho, habría sido yo.

Fer la miró con sorpresa primero, luego con una especie de alivio que le arrugó el gesto. Ailis apoyó la frente en su mano por un instante, como si buscara cerrar con el gesto la herida abierta por la verdad.

Al poco, cuando el curandero calmó el pulso y envolvió vendajes nuevos sobre su cuerpo, Alastor, que hasta ese momento había contenido cada emoción, llamó a Ailis en voz baja desde el extremo de la sala.

—Ven aquí —dijo, y aunque su cuerpo dolía, su mirada fue suave. —Por favor.

Ella se levantó y cruzó el lugar, todavía temblando por lo escuchado. Alastor la hizo sentar a su lado y la atrajo en un abrazo que fue primero protector y luego tierno, como si quisiera reparar

más cosas que la carne. Le apretó la mano y, con cuidado de no hacerse daño, acercó su rostro al de ella.

—¿Cómo estás? —preguntó.

Ella dejó que las lágrimas cayeran, por fin, sin vergüenza. Fue un llanto que no era solo de miedo, ni solo de rabia: era de alivio y de un cansancio antiguo que necesitaba salida. Alastor la estrechó contra sí y le acarició la mejilla.

—No tienes por qué hacerte la dura —murmuró él, con una ternura que la dejó sin palabras—. Llorar no te hace débil. La debilidad nos rompe para que luego podamos recomponernos y ser más fuertes. Está bien llorar, Ailis. Estoy aquí.

Ella levantó la cara y lo miró: el hombre herido, el *laird* que había jurado venganza, ahora mostrando esa fragilidad que la había derretido desde el principio. Sin pensar demasiado, lo besó. Fue un beso corto, contenido, lleno de gratitud y de una ternura nueva que comenzaba a poblarlos.

Al separarse, Alastor apoyó la frente en la suya un segundo más y sonrió con los ojos.

—Quédate —pidió—. Quédate conmigo.

Ella asintió, y mientras Fer respiraba con menos esfuerzo y la sala volvía a moverse con la rutina urgente del cuidado, Ailis se quedó ahí, entre el llanto y la promesa, sabiendo que algo definitivo había cambiado: la verdad había salido a la luz, la venganza había reclamado su precio, y en medio de todo eso, el amor empezaba a tomar forma, tierno y salvador, entre heridas que todavía sangraban.

# Capítulo 30

# Alastor

La primavera llegó tarde a las colinas que rodeaban Dunnottar, pero cuando lo hizo lo trajo todo con ella: lluvia limpia, hierba que reverdecía y la sensación, por primera vez en años, de que las cosas podían recomponerse del todo.

Los pergaminos nunca fueron entregados para quedarse en manos de quienes los destruirían. Bajo la promesa de una tregua forzada, Fer había hecho el intercambio que Alastor había dispuesto: los originales se quedaron en el castillo y más tarde salieron a la luz, pero no como había temido el *laird* Campbell. En vez de ser arrojados al fuego, los documentos fueron leídos públicamente en la plaza de Dunnottar por un escribano enviado desde la ciudad. Las copias oficiales quedaron registradas, y las versiones mutiladas que los Campbell querían imponer se descubrieron como lo que eran: mentiras construidas sobre sangre y miedo.

La noticia fue una explosión que barrió años de mentira. Fue allí donde el pueblo escuchó, por primera vez en voz alta, los nombres, las fechas y los hechos. Fue allí donde se supo que la esposa de Alastor no había muerto por un asalto casual, sino por una orden que provenía del corazón de la casa Campbell. La indignación fue grande —y necesaria—; la vergüenza también.

Los Campbell perdieron la posición que habían adquirido por parte del rey. Sin honor, sus aliados se volvieron vacilantes; sin la cara pública del poder, las viejas redes se deshicieron. No hubo linchamiento público porque la ley, por fin, tuvo tiempo de ponerse en marcha: las investigaciones y los juicios siguieron su curso; muchos hombres que habían ejecutado órdenes fueron juzgados; otros optaron por el exilio. El apellido Campbell quedó marcado, pero la mancha ahora era pública, y la gente dejó de vivir en la fábula que les habían vendido.

Fer pagó su precio: heridas que lo tuvieron al borde de la muerte, fantasmas que lo miraban por las noches. Pero también ganó algo que durante años creyó imposible: la limpieza de un nombre, y la posibilidad de vivir sin el pesar de esa venganza pendiente. Ailis le visitó mucho, le cuidó las noches más negras y celebró junto a él las pequeñas victorias conseguidas cuando comenzaba de nuevo a andar. Entre ambos quedó una deuda de respeto que ni la sangre ni la guerra podrían borrar.

Alastor se recuperó. La herida cerró y como *laird* volvió a su puesto con menos rabia y más mesura. El viejo *laird* McKinnon, que había sobrevivido a su propio ocaso, vivió los días que le quedaban con la certeza de haber visto la verdad salir a la luz. Antes de morir en paz —rodeado por los suyos y con la memoria en calma—, tendió la mano a Ailis y le dijo, con voz débil: Has hecho lo que nadie esperaba: curaste más de lo que rompiste.

Ailis actuó con la dignidad de quien ha amado y ha descubierto la sangre en los secretos de su sangre. Rechazó ocupar el trono de un clan cuya cumbre se había erigido sobre crimen. Renunció a la gloria heredada y, en público, pidió a los hombres de Dunnottar que buscaran otra forma de vida: que aprendieran a comerciar, a sembrar, a negociar. Fue una renuncia que dolió en lo más hondo de la familia, pero salvó a muchos inocentes de futuras cadenas.

Finlay creció protegido y educado entre ambos mundos. Aprendió a manejar la espada con Fer, a leer documentos con los escribas, y a caminar por la tierra de Dunnottar con la cabeza alta: era el niño que había plantado su mano sobre la herida de un hombre y no había retrocedido. No fue juzgado por lo que hizo; fue enseñado. Y esa enseñanza lo convirtió en un joven que, años después, sería ejemplo de lealtad y honor.

El final no fue simple, ni perfecto. Hubo pérdidas irrecuperables y noches en que la tristeza volvió a visitar a la gente. Pero también hubo reparación: tumbas erigidas con nombre propio, rituales de recuerdo donde se nombró a cada víctima, y un acuerdo público entre clanes que, si no borró la memoria de la guerra, sí dejó claro que la paz requería verdad.

Y en medio de todo eso—como dos rocas que por fin encuentran su sitio en la orilla—Ailis y Alastor encontraron la suya. No fue una rendición a la pasión sin sentido. Fue la elección consciente de dos personas que habían visto lo peor del mundo y, sin embargo, decidieron sostener algo bueno.

Una noche, cuando las puertas se cerraron y las velas ardieron en las sombras, Alastor llevó a Ailis a un lugar apartado del castillo: una habitación con la ventana abierta a las colinas, con sábanas limpias y la calidez de la chimenea. No es la intimidad de quien busca gozar sin más; era la intimidad de dos personas que, tras la tormenta, se permiten la ternura.

Se miraron mucho tiempo en silencio. Él le tocó la cara con cuidado, como quien respeta la fragilidad aún reciente. Ella apoyó la frente en la suya y sus manos buscaron las de Alastor con un temblor suave. No hubo prisa sino besos lentos, respiraciones que se buscan y se encuentran.

# Epílogo

## *Tres meses más tarde*

La noche era clara, con un cielo tan profundo que las estrellas parecían poder acariciarlos. Afuera, el viento de las Highlands soplaba entre los muros, pero dentro de la alcoba de Dunnottar todo estaba quieto, en calma.

Ailis se detuvo frente a la ventana, con el resplandor de la luna bañando su piel. Ya no había miedo en ella ni rencor. Solo una mezcla de deseo y ternura que no sabía si provenía de ella o de aquel hombre que la observaba desde la penumbra.

Alastor, apoyado en el marco de la puerta, la miró como si no creyera que fuese real.

—He pasado noches enteras luchando por no tocarte —murmuró con esa voz grave que a ella hacía estremecer—. Pero esta noche no pienso luchar más.

Ella se giró despacio, con una sonrisa que parecía desarmarlo.

—Tampoco quiero que luches. Te deseo.

Alastor cruzó la habitación en dos pasos y se detuvo frente a ella. Lo hizo con calma. Solo la cercanía ya la sacudió por dentro. La respiración de ambos era agitada, los dedos de él rozaron la mejilla de Ailis y luego bajaron hasta su cuello, donde el pulso le latía rápido.

—¿Tienes miedo? —preguntó.

—No. —La voz de Ailis fue suave—. Tengo ganas.

Él inclinó la cabeza, la besó primero con cuidado, lento, como si pidiera permiso a los dioses. Pero cuando ella respondió, todo el control que había contenido durante semanas se rompió. Sus labios

se encontraron con urgencia, con hambre de vida, con la certeza de que nada podía interponerse ya entre ellos.

Las manos de Alastor viajaron hasta su espalda, deslizándose sobre la tela que cedía poco a poco, dejando al descubierto la piel que tantas veces había imaginado. Ailis tembló bajo sus dedos. Envuelta por el deseo.

Él la alzó, y ella enredó las piernas en torno a su cintura, riendo entre susurros. Cayeron sobre la cama sin dejar de mirarse, como si hubiesen jurado no volver a apartar los ojos el uno del otro.

—Nunca pensé que llegaría este momento —dijo Ailis—. Que podría amarte sin sentirme traidora.

—Y yo —respondió él—, nunca imaginé que volvería a amar después de perderlo todo.

Las palabras se disolvieron. Lo que siguió fue el lenguaje antiguo del cuerpo: dedos que dibujan, labios que prometían, piel que recordaba y encendía. Todo lo que había sido negado durante tanto tiempo estalló en ese instante: ternura, deseo, redención.

La noche avanzó lenta, y el fuego de la chimenea fue bajando hasta convertirse en un resplandor tenue. Afuera, la lluvia empezó a caer, golpeando suavemente los cristales, como si el cielo mismo quisiera bendecirlos.

Cuando al fin quedaron tendidos uno junto al otro, Ailis apoyó la cabeza sobre el pecho de Alastor y escuchó el latido de su corazón.

—¿Lo sientes? —susurró él—. Así late cuando estás cerca.

Ella levantó la mirada y le sonrió con ternura.

—Prométeme que cuando llegue el día y los recuerdos duelan, no volverás a apartarte de mí.

Alastor acarició su mejilla, y la besó en la frente.

—Te lo prometo. Desde hoy, y mientras tenga aliento.

El amanecer los encontró aún abrazados, cubiertos por la luz suave del alba. Ailis durmió profundamente por primera vez en años, y Alastor, con ella entre sus brazos comprendió que el castillo, por fin, volvía a ser hogar.

FIN